

CARLOS ARTURO TRUQUE

-VALORACIÓN CRÍTICA-

FABIO MARTÍNEZ
COMPILADOR



Programa  Editorial

Algunos críticos como Cyrus Stanley en Estados Unidos y Peter Schultze-Kraft en Alemania, que se han encargado de traducirlo y divulgarlo en sus respectivos países, lo consideran un cuentista a la altura de Horacio Quiroga y Filiberto Hernández.

En Colombia sabemos de él, gracias al conocido crítico Eduardo Pachón Padilla, que en su tiempo lo incluyó en sus necesarias antologías literarias.

Truque, quien en la actualidad es más estudiado en la academia norteamericana que en la nuestra, fue víctima en su época de la exclusión, y en más de una ocasión, fue estigmatizado por ser pobre, negro y comunista.

Como un homenaje a uno de los cuentistas más importantes que ha dado el Pacífico colombiano, la Universidad del Valle, a través de su Programa Editorial, presenta, en el marco del 10º Encuentro Universitario de la Cultura, esta valoración crítica, escrita a varias voces, para que el lector vuelva sobre este autor olvidado, que nació en una región olvidada.



Universidad
del Valle

Programa ditorial

CARLOS ARTURO
TRUQUE

-VALORACIÓN CRÍTICA-



Colección Humanidades
Literatura

CARLOS ARTURO TRUQUE

Nació en Condoto, Chocó (1927), y murió en Buenaventura (1970). De madre afrocolombiana y padre de ancestro alemán. Estudió en Buenaventura, Cali y Popayán, donde por exigencia paterna cursó un año de Ingeniería. Abandonó esta especialidad movido por la pasión literaria. En esta ciudad publicó sus primeros escritos en revistas estudiantiles, bajo el seudónimo de “Charles Blaine”. En 1954 se traslada a Bogotá donde forja amistad con los escritores del célebre Café Automático. En aquellos años obtiene varios premios literarios nacionales e internacionales. En 1970 sufre una trombosis cerebral que lo lleva a la muerte a sus cuarenta y dos años.

En 1973, tres años después de su muerte, Colcultura publicó su libro de cuentos *El día que terminó el verano y otros cuentos*. En el año 2013, el Ministerio de Cultura realizó una segunda edición de su obra, incluyéndolo en la Biblioteca de Literatura Afrocolombiana.

CARLOS ARTURO
TRUQUE

-VALORACIÓN CRÍTICA-

FABIO MARTÍNEZ
COMPILADOR



Colección Humanidades
Literatura

MARTÍNEZ, FABIO, 1955-
CARLOS ARTURO TRUQUE: VALORACIÓN CRÍTICA / FABIO MARTÍNEZ.--
CALI : PROGRAMA EDITORIAL UNIVERSIDAD DEL VALLE, 2014.
140 PÁGINAS ; 22 CM.-- (COLECCIÓN ARTES Y HUMANIDADES)
INCLUYE ÍNDICE DE CONTENIDO
1. TRUQUE, CARLOS ARTURO, 1927-1970- CRÍTICA E INTERPRETACIÓN
2. POESÍA COLOMBIANA- HISTORIA Y CRÍTICA I. TÍT. II. SERIE.
Co863.6 CD 21 ED.
A1462665

CEP-BANCO DE LA REPÚBLICA-BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO

Universidad del Valle
Programa Editorial

Título: *Carlos Arturo Truque: Valoración crítica*
Autor: Fabio Martínez
ISBN: 978-958-765-124-9
ISBN PDF: 978-958-765-633-6
DOI: 10.25100/peu.69
Colección: Humanidades - Literatura
Primera Edición Impresa octubre 2014
Edición Digital junio 2017

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios
Vicerrector de Investigaciones: Javier Medina Vásquez
Director del Programa Editorial: Francisco Ramírez Potes

© Universidad del Valle
© Fabio Martínez

Diseño de carátula: Hugo H. Ordóñez Nievas

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, junio de 2017

CONTENIDO

Presentación -Iván Enrique Ramos Calderón	9
Prólogo	11
Capítulo 1 La vocación y el medio. Historia de un escritor. <i>Carlos Arturo Truque</i>	15
Capítulo 2 Un famoso escritor desconocido. <i>Enrique Cabezas Rher</i>	25
Capítulo 3 Un mundo implacable y desgarrado. <i>José Luis Díaz Granados</i>	29
Capítulo 4 Sonatina para dos tambores. <i>Medardo Arias Satizábal</i>	37
Capítulo 5 Entre la oscuridad y la luz. <i>Eduardo Delgado Ortiz</i>	55
Capítulo 6 Una elegía tardía. <i>Carlos A. Manrique M.</i>	61

Capítulo 7	
Las escrituras del fauno	
<i>José Martínez Sánchez</i>	67
Capítulo 8	
Las raíces de la estética de Carlos Arturo Truque	
<i>Álvaro Morales Aguilar</i>	73
Capítulo 9	
La fuerza del mestizaje	
<i>Omar Ortiz Forero</i>	83
Capítulo 10	
Carlos Arturo Truque y los premios literarios	
<i>Eduardo Pachón Padilla</i>	89
Capítulo 11	
La huella perenne de Carlos Arturo Truque	
<i>Carlos Orlando Pardo</i>	93
Capítulo 12	
Lo social en la cuentística de Carlos Arturo Truque	
<i>Edgar Sandino Velásquez</i>	97
Capítulo 13	
Colombia a corazón abierto	
<i>Sonia Nadezhda Truque</i>	103
Capítulo 14	
De la violencia como tema en la obra de Carlos Arturo Truque	
<i>Gustavo Adolfo Cabezas</i>	117
Capítulo 15	
Breve memoria de una lectura temprana	
<i>José Zuleta Ortiz</i>	125
Los autores	131

PRESENTACIÓN

En 1949 el escritor chocoano Arnoldo Palacios irrumpe en el mundo de la literatura colombiana con su novela, titulada: *Las estrellas son negras*. Una obra literaria de corte joyceana, que rompe con la literatura costumbrista de la época, renovando, de esta manera, la narrativa del país. A partir de este momento, que marca el comienzo de la ficción literaria del Pacífico colombiano, vendrán los cuentos de Carlos Arturo Truque, que se convertirán en referentes necesarios para las letras del país.

Aquí comienza la literatura escrita del Pacífico. A pesar de la fuerza y calidad literaria de Palacios y Truque, la literatura del Pacífico queda invisibilizada al no ser tenida en cuenta dentro del canon literario del país. Palacios decide exiliarse voluntariamente en Francia; Truque se instala en Bogotá, donde lucha denodadamente por ocupar un lugar destacado dentro de las letras nacionales.

En 1970, la muerte le juega una mala pasada, y su obra, que se perfilaba como una de las mejores escritas del país, queda truncada y en el olvido.

La Universidad del Valle, dentro de su compromiso con el Pacífico, presenta al lector en el marco del 10º Encuentro Universitario de la Cultura, esta selección crítica sobre la obra de Carlos Arturo Truque, donde se destacan importantes autores del país.

Con esta Valoración crítica publicada por el Programa Editorial de la Universidad del Valle, y compilada por el profesor Fabio Martínez, le hacemos un justo homenaje al escritor chocoano, y rescatamos del olvido a uno de los mejores cuentistas del país y del continente.

Iván Enrique Ramos Calderón
Rector 2011-2015
Universidad del Valle

PRÓLOGO

Algunos críticos como Cyrus Stanley en Estados Unidos y Peter Schultze-Kraft en Alemania, que se han encargado de traducirlo y divulgarlo en sus respectivos países, lo consideran un cuentista a la altura de Horacio Quiroga y Filiberto Hernández.

En Colombia sabemos de él, gracias al conocido crítico Eduardo Pachón Padilla, que en su tiempo lo incluyó en sus necesarias antologías literarias.

En 1973, tres años después de su muerte, Colcultura publicó su libro *El día que terminó el verano y otros cuentos*. En el año 2013 el Ministerio de Cultura realizó una segunda edición de su obra, incluyéndolo en la Biblioteca de Literatura Afrocolombiana.

Truque, quien en la actualidad es más estudiando en la academia norteamericana que en la nuestra, fue víctima en su época de la exclusión por parte del establecimiento literario bogotano, y en más de una ocasión, fue estigmatizado por ser pobre, negro y de pensamiento de izquierda.

Al hablar de Carlos Arturo Truque tenemos que empezar diciendo que estamos enfrentados a un excelente narrador. A un maestro del cuento.

LOS PRIMEROS AÑOS

Nacido en Condoto, Chocó, un año antes de que naciera Gabriel García Márquez y en el mismo año en que nació Álvaro Cepeda Samudio (1927), los cuentos de Carlos Arturo Truque están impregnados de aquella atmósfera especial inventada por el maestro William Faulkner, y que más adelante adoptarían otros escritores como Carson McCullers y el mismo García Márquez.

Desde sus primeros relatos, escritos entre los veinte y veinticinco años, es notoria su directa influencia de la narrativa norteamericana. La literatura de Truque se nutre de los fabulosos relatos del patriarca Mark Twain, pasando por O'Henry, Faulkner y Hemingway, éste último, de quien heredó el buen uso de la frase corta y los diálogos magistralmente elaborados.

Sus primeros veinte años transcurrieron entre Buenaventura, Cali y Popayán, donde realizó sus estudios, y con el seudónimo de "Charles Blaine" se inició literariamente, dejando truncada la carrera de Ingeniería que había comenzado en la Universidad del Cauca. Indudablemente son Buenaventura y la costa del Pacífico el marco central que le permite crear a Truque aquella atmósfera "húmeda y reverberante", que habíamos encontrado en sus primeros cuentos.

Pero es solo en 1953 que sus narraciones logran alcance nacional, al ganar en aquel año el Premio Espiral, con su libro *Granizada y otros cuentos*. Es importante señalar que para ese mismo año un desconocido escritor, como era el mexicano Juan Rulfo, publicaba su único libro de cuentos, titulado: *El llano en llamas*; y por su parte, el colombiano Álvaro Cepeda Samudio se iba a preparar al año siguiente con: *Todos estábamos a la espera*.

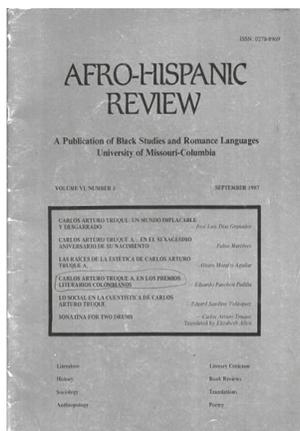
UNA BOTELLA LANZADA AL MAR

Con *Granizada y otros cuentos*, Carlos Arturo Truque empieza a ganar un peldaño dentro de la joven narrativa colombiana de la época. Sus relatos, que se sitúan en el ámbito de lo telúrico, comienzan a ser reconocidos no sólo por su temática, que es de un fuerte contenido social, sino por la forma como está tejido su dis-

curso narrativo. Si se quiere, *Granizada y otros cuentos* produce un efecto positivo, que posteriormente va a influir en la narrativa colombiana, como lo produjo también *La hojarasca* de García Márquez, aparecida dos años más tarde.

Pero las condiciones de difusión en aquella época no son las mejores. De *Granizada y otros cuentos* apenas se publican doscientos ejemplares, que se van a agotar rápidamente.

Truque, olfateando los años de censura que se avecinan, le da dos ejemplares de su libro a un amigo marino para que los ponga en el extranjero. El primer ejemplar se queda en Panamá y el otro va a caer en las manos de Cyrus Stanley, futuro editor de la revista *Afro-Hispanic Review*, que lo descubre un día en la Biblioteca del Congreso de Washington.



Es así como sus cuentos empiezan a traducirse a otros idiomas y a ser reconocidos internacionalmente. Vale la pena recordar que en 1951 Truque ya había conseguido un premio en el Festival de Berlín con su drama “Hay que vivir en paz”.

UNA DÉCADA DIFÍCIL

Los años cincuenta en Colombia se inician con el recrudecimiento de la violencia en el campo y la hegemonía de un gobierno que desde el punto de vista de la libre circulación de las ideas cierra periódicos y emisoras, limitando la libertad de

expresión. Son los años difíciles de la censura y la represión a sangre y fuego.

Sensibilizado por esta situación, Truque, al igual que muchos escritores de su generación, recoge en algunos cuentos esta cruda temática. De esa época son los cuentos “Vivan los compañeros” y “Sangre en el llano”. El primero, una pequeña obra maestra traducida al francés y al ruso, que obtuvo en 1954 el Tercer Premio en el Concurso de la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia. El primer Premio había sido otorgado al joven escritor García Márquez con su cuento, “Un día después del sábado”.

Esa temática, que obsesiona a más de un escritor, y que más tarde va a dar pie a lo que los críticos han llamado como “literatura de la violencia”, va a afectar la obra del escritor, pero sólo desde el punto de vista temático.

Es claro que a partir de “Vivan los compañeros” Truque será el escritor maduro, con un tono y una voz depurada, como se verá cuatro años más tarde con el cuento “Sonatina para dos tambores”, que mereció el Primer Premio en el Concurso Nacional de este género.

En este relato, así como en “El día que terminó el verano”, el escritor volverá a retomar aquellos ambientes cálidos y reverberantes propios del Pacífico Colombiano, donde los personajes marcados por el sino de la fatalidad y la desgracia seguirán caminando por aquel triángulo peligroso donde todo es alcohol, sexo y violencia.

Hasta hace poco en Colombia ser negro y al mismo tiempo escritor era un despropósito que se pagaba con el olvido. Carlos Arturo Truque, quien murió en Buenaventura a la edad de cuarenta y dos años, no fue ajeno a esta forma de exclusión.

Como un homenaje a uno de los cuentistas más importantes que ha dado el Pacífico colombiano, la Universidad del Valle, a través de su Programa Editorial, presenta, en el marco del 10º Encuentro Universitario de la Cultura, esta valoración crítica, escrita a varias voces, para que el lector vuelva sobre este autor olvidado, que nació en una región olvidada.

Fabio Martínez

LA VOCACIÓN Y EL MEDIO. HISTORIA DE UN ESCRITOR

Carlos Arturo Truque

Quien lea estas páginas, creo, no podrá atribuir las a la amargura o al resentimiento. Soy un hombre normal, o al menos lo hubiera sido si la sociedad, tan arbitrariamente construida, me hubiera brindado las oportunidades que siempre perseguí y jamás alcancé. No por eso soy un frustrado; aún tengo ánimos suficientes para seguir una lucha, que de antemano sé perdida.

Mi vida, aparte de los sufrimientos, carece de importancia. El común denominador del pueblo colombiano es la inseguridad, la inestabilidad; ese sentimiento horrible de no hallar el lugar que corresponde al hombre en un sistema determinado. La mayoría de las ocasiones nos vemos en la necesidad de reconocer que somos una pieza demasiado suelta del engranaje social. Giramos sin correspondencia alguna y nos sentimos víctimas de fuerzas oscuras que no estamos en capacidad de controlar.

No sé desde cuándo me posesioné de esta verdad. Tal vez desde muy temprano aprendí la diferencia que media entre los débiles y los poderosos y tuve la experiencia dolorosa de saberme colocado entre los que nada tienen que exigirle a la vida, porque ya les ha sido negado todo de antemano.

Quizá pueda lo anterior ser interpretado como el grito de un desesperado o como la prueba de una marcada desadaptación al medio. Si los que tal cosa piensan hubieran estado sometidos a las pruebas que me han tocado en suerte, pensarían de diversas maneras.

Desde temprano me asedió, como perro rabioso, la injusticia humana. Desde la escuela humilde de barriada donde me enseñaron las primeras letras tuve la impresión, la certeza, de que me había señalado con su dedo implacable.

Siempre fui, no peco de orgullo o vanidad al decirlo, un buen estudiante. Me apasionaban los libros, la tinta fresca, la aureola bohemia de los escritores de la época. Pronto me sentí atraído hacia ese campo que nunca pisan los llamados hombres prácticos: las letras. No sabía cuántas malas pasadas me estaba jugando la vida a llevarme por caminos que, de haberlo pensado, no habría transitado.

Allí empieza todo. De allí, de una urgencia extrema de dar a conocer mis sentimientos y mis reacciones, parte la disconformidad, tal como está constituida, y el modo diverso como yo creo que debe estarlo. Sin embargo, no soy un reformador ni un innovador en materia tan ardua. Puede ser que yo vea las cosas desde un punto de vista distinto a como las mira los demás y sea esa la causa de no pocos de mis sinsabores. Pero, juzgando los problemas con una lógica sana, no es posible imaginar al hombre perdido en tantas encrucijadas sin sentir por él un poco de compasión, un mínimo de humana solidaridad. ¿Solidaridad humana? ¿Participación en la angustia colectiva? ¡Quién sabe! (Aquí habrán de sonreír los hombres prácticos). Quién sabe si esa solidaridad humana, si esa coparticipación en la angustia contemporánea, sean solo modos de ocultar la propia impotencia y la propia vida fallida. Puede ser. Lo único que podría garantizar es que este testimonio lo he vivido y antes que yo lo vivieron otros, de los cuales no se conserva memoria. Por ellos doy a ustedes un poco de sus vidas y mucho de la mía.

Nací en la era mecánica, en un pueblo que la desconocía. Cualquier pueblo de Colombia, de esos que se quedan en un remanso de la civilización y que conservan como tesoro máspreciado lo

elemental de la existencia. Hasta mis ocho años no conocí la barrera que separaba a unos seres de otros. Como el pueblo era pobre, nadie pensó nunca que la riqueza era un factor para brillar y valer más que los que no la poseían. Siendo un pueblo de negros, nadie imaginó que las diferencias de pigmentación pudieran abrir abismos insalvables y ser usadas para establecer la dominación y el repudio sobre quienes se consideraron inferiores.

Vine, si así puede decirse, limpio a la vida. Esta me enseñó bien pronto la lección que el bueno de mi pueblo, no se había podido aprender; que el mundo está fundado sobre valores bien diversos y, como la vida no da nada sin arrancar un dolor, este conocimiento me desgarró y destruyó en lo más puro que puede tener un ser humano: la fe en la ajena bondad.

Sucedió de la manera más sencilla: desde el pueblo fui trasladado a Cali, que por entonces comenzaba a tener aires de gran ciudad, y matriculado en la escuela pública de San Nicolás. Como lo dije anteriormente, me gustaba estudiar y me destacué muy pronto como uno de los mejores alumnos de la escuela. Hacía, cuando sucedió lo inesperado, el tercer grado elemental.

Había estudiado mucho para rendir los exámenes finales y además, el mequetrefe de mi maestro, un caramelo de pedagogía religiosa, para usar una frase grata de Barba, había dividido el curso en dos grupos: griegos y romanos. Yo era el capitán de los griegos, honor que se dispensaba al alumno que mejores resultados diera.

Con todos estos antecedentes era natural que esperara mi aprobación como hecho cumplido y, a más de eso, ganar uno de los premios dispensados a los estudiantes destacados.

Si hubiera tenido un poco de conocimiento del corazón humano, no habría esperado tanto; porque mi santo maestro, ahora lo entiendo claramente, nos endilgaba, por quitarme allá estas pajas, sus buenos discursos sobre el nacionalsocialismo (España estaba en plena Guerra Civil), muy adobados con comprensibles capítulos de *Mi lucha*. Si, como digo, hubiera podido entender bien lo que ese hombre pensaba y hubiera estado en capacidad de sacar ciertas deducciones, no me hubiera forjado las ilusiones que me forjé.



Carlos A. Truque A. Buenaventura, a la edad de 5 años.

Tengo la convicción profunda de haber contestado acertadamente el ochenta por ciento de las preguntas que figuraban en el cuestionario y recuerdo haber salido de clase con el orgullo de quien siente que ha cumplido con su deber de la mejor forma posible. No puede engañarme el recuerdo. El día de la entrega de los informes finales me pusieron el vestido más presentable que tienen los chicos de barriada: el uniforme escolar. Desde temprano estuvimos con la buena señora que se había encargado de mí, rondando por el parquecito que había frente a la escuela, esperando la hora del comienzo de la ceremonia, que ella, en su ingenuidad y yo en la mía, creíamos de una importancia excepcional.

Al comenzar tocaron la campana y nos hicieron formar frente a una tarima, sobre la cual se hallaban los profesores (no les gustaba que los llamaran de manera distinta), con unas caras apropiadas para la ocasión. El mío me distinguió, porque me hallaba al principio de la fila, y me regaló una sonrisa completa. Todavía no he podido saber si me la brindó para consolarme anticipadamente o para burlarse simplemente de mí. El director hizo sonar una campanita y acabó, como de un golpe, con los murmullos que hacían los padres de familia y la chiquillería. Después de unas breves palabras, pronunciadas temblorosamente, se sentó aliviado y co-

menzó a llamar por sus nombres a los alumnos del primer grupo. Me sentía realmente cansado con tanto tiempo como llevaba en pie. A cada nombre, se adelantaba alguien de la fila y recibía su certificado. Algunos padres, furiosos por el resultado adverso, la emprendían a trompadas contra sus hijos. Compadecía sinceramente sus sufrimientos, pero me consolaba pensando que a mí no podía sucederme lo que a ellos estaba sucediendo.

El primero de mi grupo fue llamado. Era un tartamudo que nunca pudo encontrar la manera de dar una lección en forma correcta; porque, a más de tartamudear, nunca se las aprendía.

El padre se hallaba a un lado de la señora que iba en representación de mi familia. Le vi recibir el certificado del hijo, abrirlo y leerlo y hacer un gesto de satisfacción. Esto me extrañó un tanto, pero pronto me consolé, atribuyéndole al maestro una bondad que estaba lejos de poseer.

Cuando llegó mi turno, me adelanté, con cierta timidez, debo confesarlo, pero con una seguridad interior que tenía por qué ser justificada. Recibí el certificado y ni siquiera lo abrí. Tal como me fuera entregado lo llevé a quien me representaba. Ella no sabía leer y se quedó aturdida, sin saber qué hacer con un papel que, a lo mejor, le reservaba una alegría o una decepción. Porque me quería de una manera dulce y buena, como solo saben querer aquellos que no tienen sino eso para dar.

El padre del tartamudo comprendió la situación y se apresuró a decirle:

—¡Si usted quiere, señora..!

Ella le tendió el papel. El hombre lo abrió y dejó escapar este comentario:

—¡Negro sinvergüenza..!

Y dirigiéndose a ella:

—¡Ha perdido el año...! ¡Póngalo a trabajar, señora! ¡Esa porquería no va a servir para nada...!

De momento no entendí. Pensé que el hombre había leído mal y le pedí que me dejara ver el certificado. Era cierto. Allí estaba escrito, no había duda, yo mismo podía constatarlo. Me pregunté por qué, desconcertado. El maestro seguía en su sitio. Lo miré con rabia, con odio capaz de causarle la muerte, con una furia igual a la del hombre a quien dan una palmada que no se ha merecido. No recuerdo que hubiese sonreído. Me sostuvo la mirada, retándome, provocándome. Es una de las pocas veces que me he sentido capaz de arrancarle la vida a alguien con un sentimiento de felicidad. Nunca volví a ver a ese hombre en la vida. Pero sus ojos se han seguido repitiendo en otros que he conocido, como si fueran él mismo con rostro diferente.

De él aprendí, sin embargo, una cosa fundamental: que entre los infelices también hay diferencias profundas, que los humildes en ocasiones adoptan el mismo punto de vista de los poderosos y comienzan a levantar murallas entre ellos con la esperanza de tender un puente que los asimile a una clase social más alta. Debo aclarar que jamás sucede lo anterior en las capas incontaminadas de la sociedad, en el pueblo que tiene una conciencia de su insignificancia y al mismo tiempo de su fuerza. Es invisible el fenómeno sobre todo en la clase intermedia, la mal llamada pequeña burguesía, abyecto reducto de sustentación para las clases superiores y su única defensa de los justos anhelos de mejor estar de los desvalidos.

El incidente que he narrado trajo consecuencias irreparables. Yo era un introvertido y desde entonces lo fui más. Me acostumbré a hacer una vida para ser gozada solo por mí. Y fui desarrollando un crudo egoísmo que hubiera llegado a destrozarme, si no hubiera tenido la pasión de llenar cuartillas. Eso constituía una especie de compensación para mi anormal comunicación con el mundo exterior. Hallé una forma de volcarme sobre él, de hacerlo partícipe de mi mundo y participar a mi vez del suyo. Y nada fuera de lo común hubiera sucedido si la actividad literaria cuando se posesiona de un hombre no le restara la capacidad de actuar en otros campos; pero la creación exige la entrega absoluta, la rendición incondicional, el sometimiento a todas las contingencias, para brindar en cambio el breve placer de una nota laudatoria o el

perecedero resplandor de un triunfo que dura lo que una candelada en el verano.

Todas las pruebas que he soportado, en lucha contra el concepto imperante sobre el escritor, las debe haber pensado también todo aquel que se dedique o se haya dedicado a escribir en un país como el nuestro, donde el artista es tolerado apenas cuando la clase dirigente quiere olvidar por unos minutos la tragedia de los balances y las cotizaciones de la bolsa. Entonces esa clase rectora inepta pone sus condiciones y obliga al artista a hacer una obra alejada de la realidad, con materiales de segunda mano, pero que pueden servir si el objetivo es llenar los deseos enfermizos de una casta que ha vivido los sufrimientos ajenos y que no quiere un arte que pueda mostrarle su culpabilidad.

Para quienes quieran una forma artística, nutrida de las condiciones de vida de la masa del pueblo colombiano, el camino está vedado. Esta afirmación no es un capricho de teorizante, sino una verdad dolorosa. En el año de 1951, tuve necesidad, porque creía que lo hasta esa fecha escrito tenía un valor relativo y que era algo que se había hecho en el país, de trasladarme a la capital. Traía miles de ilusiones y pocos centavos. ¡Apenas un hatillo de peregrino, muchos, muchos, muchos sueños...!

¡Ignoraba la existencia de jefaturas de redacción y la insolencia de los pontífices!

¡Qué de nombres que no se correspondían al concepto que de ellos me había formado leyendo los suplementos literarios...! El derrumbe de unos cuantos ídolos y la certeza de que a la literatura nacional le estaba haciendo falta una inyección de honradez y un alejamiento de los burgueses vanidosillos, endiosados por elogios innmerecidos. Desde el conocimiento personal del mundillo literario capitalino, afirmé mi convicción sobre el destino futuro de nuestras letras y adquirí la fe profunda de su salvación por hombres que quieren acercarse al elemento popular y tratarlo de manera nueva, alejada del academicismo y del purismo, señalándome un derrotero, no confundiéndolo con las tediosas disquisiciones, dudas, problemas y soluciones copiadas de las lecturas de los clásicos modernos.

Pero asumir esta posición honrada tiene sus altibajos. Mientras los suplementos plantean a cada instante una supuesta crisis cultural, los elementos que pueden reconciliar el pueblo con el arte se pierden víctimas del hambre y la miseria.

Para sorpresa mía, pecaba entonces de ingenuo, fui viendo cómo se cerraban con una sonrisa sardónica las puertas a mis espaldas. Literatura sucia llamaban a mis escritos por el solo hecho de usar términos que la moral y las buenas costumbres consideraban lesivos. Todo un atentado constituye en el país el uso de palabras que figuran en diccionario y que las señoras, las buenas señoras, consultaron a hurtadillas cuando tenían doce años y no las olvidaron, a fuerza de repetir las, en el curso de sus vidas. Alguna vez tuve hasta un poco de compasión por un hombre a quien yo tenía en gran estima y era director de una revista publicada por una compañía de seguros. El hombre, nacido en un hogar que no se distinguió por la abundancia de bienes materiales, pidió uno de mis cuentos para, tal vez, así lo creía, darme el honor de incluirlo entre el material de su órgano de difusión. Lo leyó y, poco a poco, la jovialidad que exhibía se fue trocando en una mueca de fastidio, casi de rabia:

—Esto no se puede publicar —me dijo.

—¿Por qué? —le respondí.

—Muchas palabras feas...No propiamente feas; pero comprenda que nuestra revista llega a manos de muchas damas de la sociedad...

—¿Y?

—Pues que no aguantaríamos la cantidad de reclamos que se nos vendrían encima.

No le repuse nada. Me pareció inútil discutir con un hombre de ese temple, escritor él mismo, y que le tenía tanto horror al idioma como los gatos al agua. La palabra usada, repetidas veces, era... !Grancarajo!

Si este buen burgués se asustaba de un término como este, de uso corriente en la conversación familiar, ¿podría esperarse algo de los que como él marcaban la pauta en el arte colombiano? Y aún tenían el descaro de hablar de crisis, cuando la crisis no residía sino en ellos. Ocultaban las palabras para encubrir su propia podredumbre, la carroña anímica, su incapacidad creadora, disfrazada con el oropel de las frases pseudo-brillantes y sin contenido. Arte para minorías selectas, creo que lo llaman. Arte de distracción para ricachones neuróticos y jovenzuelos sin oficio, lo llamaría yo.

Sobre lo anterior alguien me recordaba la amarga queja de un crítico, si es que tenemos alguno, sobre el alejamiento de las masas. “La gente no quiere leer” decía. Y no quiere leer porque no comprende; porque no se ve reflejada en la obra, porque el pueblo, no teniendo cultura, sabe reconocerse y comprende, si alguien está bien intencionado respecto a él, los derroteros que se le señalan. No deben olvidar nuestros europeizantes que las épocas más floridas de la literatura universal han estado normadas por los pueblos y los escritores no han sido sino meros escribanos, artesanos por mejor decirlo, de la voluntad popular.

Ejemplos recientes hay a granel en la literatura moderna latinoamericana. La enseñanza de los ecuatorianos y su vigorosa novela, conocida ya universalmente, es digna de ser seguida. Ese pequeño pueblo ha tenido el valor de presentar a la faz del mundo sus problemas sin avergonzarse por ello. Eso le ha valido un sitio que los equivocados pontífices nuestros no han podido obtener en el concierto de las naciones cultas de la tierra. Porque para llegar a la universalidad hay que partir de los elementos que se tienen a mano y laborar con ellos para situarlos en planos elevados de la creación. Lo contrario, el sometimiento irrestricto a las culturas foráneas, sólo puede dar por resultado el arte intuitivo, sin base de sustentación y sin valor alguno. Puede ser que me haya alejado de mis propósitos iniciales al hacer tan larga serie de consideraciones; pero se justifican si se tiene en cuenta que el escritor está sometido a ellas, es una víctima del engranaje social que no lo tiene en cuenta en su desarrollo.

Creo que tengo la suficiente autoridad para hablar de problemas que he sufrido en carne viva; es más, creo que los hombres que se

inician y trabajan por hacer una gran obra que enorgullezca las letras patrias, me comprenden. Ninguno de ellos ha podido librarse del hambre, del sufrimiento, de la incompreensión de los dómines, de las críticas del clan, de la mirada sardónica de los reyezuelos de redacción y de los gritos de espanto de las viejas beatas que se ha apoderado de la cultura nacional.

Tengo, eso sí, una fe profunda en la fuerza de los humildes. Sé que vendrán otros hombres y harán accesible el camino a los que vengan detrás de nosotros con idénticos anhelos. A ellos les tocará la vida limpia que no hemos tenido la oportunidad de vivir. Mientras tanto, es nuestro deber sostenernos firmes para no hacernos acreedores a su desprecio.

*Tomado de: Revista Mito, año I, No. 6.
(Bogotá, febrero-marzo de 1956).*

UN FAMOSO ESCRITOR DESCONOCIDO

Enrique Cabezas Rher

Sabemos cómo fue su obra: brillante y vehemente, y corta, igual que el género literario que escogió: el cuento. Cuentos en los que trasuntó las deplorables condiciones sociales y económicas en que vivían en Colombia las clases menos favorecidas: campesinos, obreros desarraigados y personas de piel oscura, quienes además padecían los horrores de las Guerras Civiles y de la Violencia, que en el país se escribe con mayúscula. Cuentos a los que calificaba como “La descripción exhaustiva de un momento vital” y que prefería como medio de expresión y consideraba superior a otros géneros, incluso al de la poesía.

En estos cuentos no tenía pues cabida la diversión del arte por el arte; su objetivo claro era el de evidenciar la discriminación de todo tipo contra los grupos marginados de los cuales él creía hacer parte. El mejor de todos (por su profundidad y técnica) es, sin duda, “Vivan los compañeros”, que habla de la hermandad y solidaridad de los guerrilleros de los Llanos Orientales, en quienes estos sentimientos se expresaban hacia sus camaradas antes del combate, durante el combate y más allá de la muerte. En muchos de ellos los elementos naturales (el viento, la lluvia, el frío, el calor, el eco, y hasta los sudores del cuerpo humano) fungen como antagonistas ominosos y proactivos que en función de deus

ex machina resuelven la situación, pero eso sí en perjuicio de los protagonistas.

Sin embargo, lo que quiero señalar ahora es la etopeya de Carlos Arturo, pues a mi juicio su vida aparece contrariada, fue fuente de innumerables dificultades, paradojas e ironías. Nada le fue fácil, ni cómodo, ni plácido del todo. No gozó de ese mar de mermeladas al que alude Estanislao Zuleta. Sus pocos momentos felices siempre parecían estar contrariados por su hermana siamesa: lo aciago.

Desde la temprana infancia hasta la muerte un hado nefasto no hacía más que incordiarlo. Su vida transcurrió como si hubiese vuelto a escribir —esta vez solo para él— su cuento “Fucú”. En unos cuantos escritores (Cela, Vargas Llosa, Fuentes, por ejemplo) la suerte superó a su talento y aupó su renombre. En Truque, irremediablemente, tenía que suceder al contrario. En un texto que no era suyo, sino del destino, estaba escrito que no podía escapar a la condena de ser mudado.

Resultaría casi imposible enumerar las veces que su sino se miró en el envés del espejo o que tuvo que ir a contrapelo de las circunstancias.

Apenas un chiquillo, cursando en la escuela el tercer año elemental, pese a que era el mejor estudiante, el más aplicado e inteligente de la clase, perdió el año y los reconocimientos y felicitaciones que habría de merecer recayeron en el más torpe del salón. Este acontecimiento le dolió y lo marcó para siempre. No sólo porque se cometía una injusticia en su contra —la primera de las muchas que padecería— sino porque se le bautizaría de inepto e irresponsable. “Negro bruto”, le dijeron. Nunca lo olvidó. Jamás pudo superarlo. Dicen que hasta el momento de su muerte lo recordaría con frecuencia. Algunos creen ver en este episodio el origen de cierto resentimiento que le endilgan, equivocados, en mi concepto.

Pese a su inteligencia y brillante y rebelde personalidad, nunca pudo complacer completamente a su padre, un hombre autoritario y severo que siempre miró con malos ojos que su hijo deviniera escritor y no ingeniero como era su voluntad. Desde un principio se opuso a su vocación literaria, que no se compadecía con el des-

tino que quiso para él: un próspero hombre de negocios. Ese mismo hombre adusto e inconforme no dejaría de reconvenirlo por su decisión de abrazar ideas políticas que contradecían las suyas, un tanto retardatarias.

Muchos críticos sostienen que Truque estaba destinado a la fama y el prestigio que acapararon coetáneos suyos, como García Márquez, Cepeda y Palacios, pero, como no, éstos no dejaron de hacerle sombra. Hubiera tenido que seguir el consejo de Gombrowicz: “Maten a Borges”.

Conoció primero y mejor que aquellos tres escritores (porque los leía en su idioma original) a Faulkner, Dos Pasos, Hemingway y Saroyan, pero al revés de los tres colombianos no tuvo tiempo de recoger los frutos de su influencia y magisterio.

Hubiese tenido mejor fortuna si hubiese nacido en Rusia, Francia, Alemania o China, países en los que su obra fue traducida y gozaba de gran aceptación.

Estudió en Popayán por, ya sabemos, imposición de su padre. Más tarde trabajó en los Llanos Orientales, y en 1951 volvió a vivir, como lo hiciera de niño luego que su familia abandonara el Chocó, en Buenaventura. Aquí, en uno de los pocos momentos de dicha que le reparó la vida, se casa con una dulce mujer llamada Nelly Vélez. Trabaja en la Flota Mercante Grancolombiana, pero como quiera que no era “un embarcado” o “un vaporino”, su salario no da mucho para vivir con las comodidades que merece su esposa.

En 1954 se va a vivir a Bogotá. Por entonces el panorama social y político es el siguiente: Rojas Pinilla acaba de dar un golpe de estado, y su dictadura ha establecido una fuerte censura contra toda manifestación del pensamiento que no corresponda a sus ideas, que son, obviamente, contrarias a las democráticas, de izquierda y libertarias del escritor.

En el mismo año de 1954, la Asociación de Escritores y Artistas Colombianos le otorga el Tercer Premio por su cuento “Vivan los compañeros”, que en razón del control de las ideas que ha impuesto el General-Presidente no puede gozar del reconocimiento y difusión que debiera otorgársele. “Vivan los compañeros” es un canto a la libertad y a la justa rebelión. Otra vez su hado trágico

se hace presente, no ha tenido la delicadeza de no entrometerse de nuevo en la vida del autor, y el buen gusto de darle un respiro.

El azar vuelve a hacerle un guiño engañoso. En 1958 ocupa el Tercer lugar en el Concurso Folclórico de Manizales con su cuento “Sonatina para dos tambores”. Pero, ¿cómo así? ¿Otra vez el Tercer Puesto? ¿Por qué no el Primero, si en ambos casos sus cuentos eran mejores de los que obtuvieron el Primer Premio.? De esos cuentos suyos conocemos su calidad, el vigoroso estilo con que fueron escritos. ¿Qué sabemos de los que ganaron?.

En 1957, luego de la caída de Rojas Pinilla, su condición económica y su bienestar general y el de su familia mejoraron. Por fin un comunista pudo acceder a un cargo en el sector público. Es nombrado, primero, en el Ministerio de Educación Nacional, y, luego, hace parte de la delegación de la Embajada de Haití.

Pareciese que por fin la vida le sonrío a este hijo del “Litoral Recóndito, pero como está signada por la dificultad, la contradicción y la ironía, en 1964 se hace de nuevo presente la desgracia, que no andaba muy lejos, solo escondida. Una trombosis cerebral -acuciosa y altanera, como yo la llamo, se le adelanta a la Muerte, que –no faltaba más– llega prematura. A su deceso le sigue –presuroso e injusto, también paradójico y sarcástico– su olvido. No importa que haya estado predestinado a ser uno de los mejores escritores del país.

UN MUNDO IMPLACABLE Y DESGARRADO

José Luis Díaz Granados

El itinerario vital y literario de Carlos Arturo Truque, no fue ciertamente extenso. Tan solo cuarenta y dos años fue la edad de su residencia en la tierra. Sin embargo, nos legó una obra narrativa de tan profunda significación social y de tan deslumbrante belleza, que ahora, al editarse en forma definitiva con el título de *Vivan los compañeros* podremos disfrutarla, estudiarla y admirarla en su justa medida. Truque nació en la población chocoana de Condoto, el 28 de octubre de 1927. Muy joven contrajo matrimonio con doña Nelly Cecilia Vélez Benítez y fue padre de tres hijas: Sonia, Yvonne y Colombia. Las tres se dedican con ejemplar rigor al oficio de escribir. Desde niño, Carlos Arturo Truque residió en Buenaventura (Valle del Cauca), donde inició sus estudios primarios. Más adelante, en Cali, cursó los secundarios en el Colegio de Santa Librada, los cuales terminó en el Liceo de la Universidad del Cauca. En este centro docente realizó un año de ingeniería civil.

Fue precisamente en Popayán, al comienzo de su juventud, cuando sintió la necesidad de expresarse a través de la palabra escrita. Fue inicialmente colaborador de varias revistas estudiantiles, con poemas que publicaba bajo el seudónimo de “Charles Blaine”. Posteriormente publicó artículos literarios en diversos periódicos



Carlos Arturo Truque, su esposa Nelly con sus hijas Colombia, Sonia e Yvone.

del país a finales de 1951 fue galardonado con un premio especial en el Festival de Berlín (RDA) por su drama titulado *Hay que vivir en paz*. En 1953 ganó el premio Espiral con su libro *Granizada y otros cuentos*. Al año siguiente se le otorgó el Tercer Premio en el concurso organizado por la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia, con su cuento “Vivan los compañeros”. En esa oportunidad el Primer Premio lo obtuvo Gabriel García Márquez con “Un día después del sábado”, su primer relato ambientado en Macondo. En 1958, Truque recibió un galardón en el concurso folklórico de Manizales, ganó el Primer Premio de Cuento auspiciado por el diario “El Tiempo” con su obra “Sonatina para dos tambores” y en 1965 obtuvo Mención de Honor en el V Festival Nacional de Arte con su obra “El día que terminó el verano”.

A su breve pero fecunda y meritoria hoja de vida podríamos agregar los datos de su trabajo civil: laboró algún tiempo en la Flota Mercante Gran Colombiana, fue secretario del Instituto de Estudios Históricos del Ministerio de Educación Nacional: subdirector de Extensión Cultural del Departamento de Cundinamarca y agregado de Prensa de la Embajada de Haití en Colombia. Además, fue libretista de la Radiodifusora Nacional y de la televisión,

así también se desempeñó como traductor de textos en inglés y francés de varias revistas como el Boletín de la Radio Nacional y “Contemporánea.”

La obra de Truque, breve y maravillosa, es una de las pocas de la narrativa colombiana que ha captado la realidad con poderosa fuerza descriptiva y asombrosa fidelidad en la exaltación de las pasiones humanas de un mundo implacable y desgarrado. De ahí que a pesar del parco reconocimiento que la sociedad colombiana demuestra a sus auténticos valores culturales, los cuentos de este notable narrador chocono se abren paso contra viento y marea, echando puertas abajo, derribando insondables muros críticos y cruzando fronteras y océanos hasta lograr enraizarse en la conciencia de innumerables lectores tanto en español como en otras lenguas.

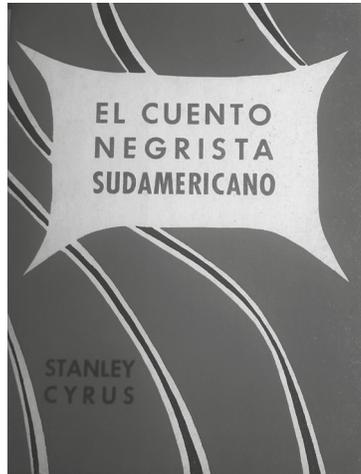
Textos suyos se han compilado en: Antología del cuento colombiano (1959), Cuentos colombianos (tomo III, 1973) y Cuentos colombianos (tomo II, 1980) con estudio analítico e histórico de Eduardo Pachón Padilla; en *Tres cuentos colombianos*, publicación del Ministerio de Educación Nacional (1954); *26 cuentos colombianos* editados por “El Tiempo” (1959); Colombia literaria, entrevistas de J.M. Álvarez D’Orsonville (vol. III, 1960); *Los mejores cuentos colombianos*, selección de Daniel Arango (tomo II, 1960); *Nuevos narradores colombianos*, de Fernando Arbeláez (1968); *Cuento negrista suramericano*, selección de Cyrus Stanley (1973), y *Crónica imaginaria de la violencia colombiana*, selección de Roberto Ruiz Rojas y César Valencia Solanilla (1977).

A otros idiomas han sido vertidos: Vivan los compañeros (ruso): Laly (Moscú, 1963); al francés, Revista Europe (París, 1964); alemán en: *Das Duell und Andere Kolombianische Erzählungen*, por Peter Shultze-Kraff (1969), y al inglés en una antología preparada por Cyrus Stanley, auspiciada por la Universidad de Howard.

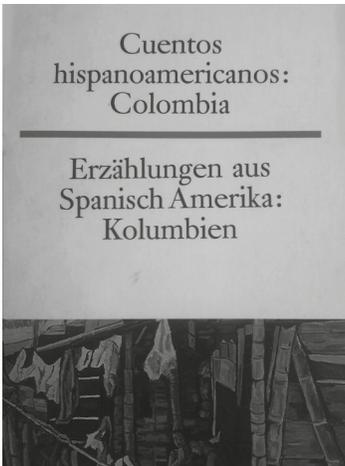
Las ediciones originales de la obra de Truque son: *Granizada y otros cuentos*, Bogotá, Editorial Iqueima, 1953, *El día que terminó el verano y otros relatos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura (Colección Popular, 99), 1973. *Vivan los compañeros, Cuentos completos*, Programa editorial Universidad del Valle, Cali, 2004, *Vivan los compañeros. Cuentos completos*, Biblioteca de Litera-



Vivan los compañeros en esta selección de cuentos realizada por Roberto Ruiz y César Valencia en 1977.



Publicado en Quito en 1973. El autor seleccionó los cuentos Granizada y Sonatina para dos tambores.



Para esta edición de 1997, se tradujo al alemán su cuento Fucú.



Volumen publicado en 1963, que contiene la traducción al ruso de Viva los compañeros.

constante de renovadas técnicas que enriquecieran el relato y la exploración permanente por las junglas prodigiosas del lenguaje forjaron una obra que, ahora, después de varias décadas de producirla, irradia un auténtico espíritu americanista porque retrata certeramente, recreándolas las profundas grietas que sumergen a nuestras sociedades en la más alarmante caverna de descomposición moral. Los cuentos de Carlos Arturo Truque describen, en el lenguaje más sencillo y del modo más directo, las pasiones humanas que envolvieron en climas de violencia fratricida a los colombianos en los años cuarenta y cincuenta. Sus temas predilectos para la narración son los de la crítica social, aquellos donde se ve y se sufre la mala distribución de la riqueza en una nación donde abunda el analfabetismo, la miseria, el hambre, el vicio, y, lógicamente, la violencia en todas sus categorías.

Pero esto no quiere decir que Truque incurra en el pecado de lesa literatura —que cometieron muchos de sus contemporáneos—, de pretender convertir en cuentos algunos sumarios y expedientes de los juzgados o de enumerar las quejumbres cotidianas de las víctimas o de describir vanamente las sequías, los inviernos y demás fenómenos de la naturaleza.



**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

SONATINA PARA DOS TAMBORES

Medardo Arias Satizábal

Hay que entender lo que significaba nacer en el Chocó 3 años antes de la primera gran Depresión económica de los Estados Unidos, cuando las compañías mineras de esta nación, entre las que se contaba la Chocó Pacific, se alistaban también para peores tiempos.

Carlos Arturo Truque, uno de los pioneros de la cuentística en esta parte del país, vino al mundo en 1927, en la población de Condoto, donde no solamente las compañías del norte de América habían sentado sus reales, sino también, en tiempos anteriores, el burgo aristocrático de Popayán, con sus Casas de Moneda, sus encomenderos y tasadores de impuestos.

Truque, al igual que Arnolando Palacios, nacido en 1924 en el mismo departamento, en Cértegui, y Oscar Collazos, nativo de Bahía Solano, con una fecha de nacimiento casi 20 años después de Palacios, observaron detenidamente los procesos de explotación, la música y la miseria, elementos que trasladarían, respectivamente, a sus obras literarias.

Para Truque, como para Collazos, el encuentro con un mundo cosmopolita de marineros que hablaban en otras lenguas, la vida bohemia de los bares, la existencia entre soles fugaces y lluvias perennes y la visión del mar, esa que Guillén definiera como “an-

cha y democrática”, ocurrió en Buenaventura, donde transcurrió parte de sus vidas.

Me parece ver a mi padre caminando con toda su prole hasta la tienda de Don Sergio Isaacs Truque, padre de Carlos Arturo, para comprarnos el estreno de Navidad. “La tienda de Don Sergio”, como las llamábamos era no solamente ese lugar donde nos probábamos los vaqueros de marca “El Roble”, sino también la camisa de cuadros que imaginábamos “exclusiva” y encontrábamos después alegremente repetida en los condiscípulos de la escuela y el colegio. Don Sergio miraba atentamente desde el mostrador de madera y vidrio donde Dora, su esposa, había alineado tubinos con hilos de colores. Llevaba siempre un metro alrededor del cuello y habla en una lengua castiza, un español reposado, culto, que inspiró no pocas historias en la Buenaventura de entonces. Los giros verbales, la retórica exquisita de Sergio Isaacs Truque, obedecían, qué duda cabe, a largas y juiciosas lecturas, las mismas que debió emular en su infancia y juventud su hijo Carlos Arturo.

Tenían los Truque la apostura de los condoteños, una andadura que caracterizó a esta población como una pequeña Atenas del Chocó. Carlos Arturo realizó estudios primarios en Buenaventura, y en Cali ingresó al Santa Librada, el viejo colegio fundado por el General Santander. Culminó estudios secundarios en el Liceo de la Universidad del Cauca en Popayán. Según se sabe, alcanzó a cursar un año de ingeniería en el claustro caucano. El ambiente de la Popayán de entonces, avanzados los 30, hervía de revistas literarias, ya en el campus universitario, en los parques rodeados de robles, en los pequeños cafés de intelectuales y poetas. Carlos Arturo Truque empezó a escribir en esas pequeñas revistas, unos textos de acentos políticos, que firmaba con el seudónimo de “Charles Blaine”. Como todo escritor en ciernes, enviaba sus historias y artículos a diarios de circulación nacional. Envío la el drama “Hay que vivir en paz” al Festival de Berlín, Alemania, en 1951, y obtuvo un honroso reconocimiento. Pero, en 1953 recibí un palmarés literario que lo catapultaría a otros honores. Ganó el “Espiral” con un libro que tituló “Granizada y otros cuentos. Al año siguiente, la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia, organizó un premio literario, en el cual el autor obtuvo el Tercer

reconocimiento con la obra “Que vivan los compañeros”, una de sus más certeras creaciones, en la opinión de los críticos. En 1958 alcanzó otro galardón en el Concurso Folclórico de Manizales. Otro evento que lo dio a conocer nacionalmente, fue el primer premio del Concurso Literario de El Tiempo, en ese mismo año, con una historia que incorpora, por primera vez, el ritmo de currulao a las formas literarias: “Sonatina para dos tambores...”

“No era cosa para dormir esa noche. Allí en el mismo cuarto, a tres metros, tal vez menos, estaba Damiana con los fuelles, como dos hilacha. Lo malo era que el viejo vagabundo de Míster Sterns, llevaba ya tres días de andar como una “cuba”, de una orilla a otra del río, engarzado en cuanto “currulao” sonaba. Con él, no valía nada: mientras hubiera una “juga, ya las patas se le iban alistando solas.

Y las fiestas de la patrona de la Santa Bárbara del Rayo, vinieron a caer a tan mala hora; precisamente cuando la Damiana ya no podía con el aire.

Ese era el asunto; que a la mujer le dolía el aire y lo cogía por la nariz, para que le saliera otra vez por los fuelles, con un sonido de “conuno” retemplado. ¡Qué carajo!, ¡Y ya tenía tres años de estar en las mismas!

¡El ahogado, Santiago...’!, ¡el ahogado! Y luego era el frío. Siempre tenía que tener frío, con ese sol de candela que mi Dios le había dado a Santa Bárbara de Timbiquí. Y por la noche, frío también”.

El V Festival Nacional de Arte de 1965, premió su talento por el cuento “El día que terminó el verano”. La Universidad del Valle publicó en 2004 sus cuentos completos, dentro de su serie editorial “Clásicos regionales”. Truque aparece antologado en el volumen “Un siglo de erotismo en el cuento colombiano”, compilación que realizara Oscar Castro García para la Universidad de Antioquia en 2004, y en “Cuentos y relatos de la literatura colombiana”, de Luz Mary Giraldo, editado en 2005, por el Fondo de Cultura Económica. Arturo Alape estudió profusamente la obra de este autor chocoano, considerado un pionero de lo que hoy se denomina “Literatura de la violencia”. Carlos Arturo Truque fue uno de los primeros escritores colombianos que se interesó en los conflictos

generados por las guerras civiles; en su obra apareció ya la semilla de esas historias que, en su momento, tocaban la realidad, y también la ficción, de las guerrillas de los Llanos Orientales, en esos años 50 donde el nombre de un Guadalupe Salcedo repicaba en las nacientes ciudades con visos de leyenda.

Entre sus cuentos más conocidos figuran también “El Encuentro”, “Fucú”, “La diana”, “Martin encuentra dos razones”, “La fuga”, “El misterio”, “Dos hombres”, “La noche de San Silvestre, dedicado a su hija Sonia Nadezhda, “Lo triste de vivir así”, “Las gafas oscuras” y “Porque así era la gente”.

Venía de un mundo donde los panaderos hacían figuras domésticas con el pan; tortugas, peces, muñecas, y donde el oro se pesaba en castellanos. Castellano es la cincuentava parte del marco de oro; equivale a 4 gramos y una fracción; como es sabido, el “quinto” era un impuesto a la producción bruta de oro que se cobraba durante el siglo XVIII a una tasa del 5%, al que se añadía un 1.5% con el nombre de “cobos”. Este último impuesto fue reducido al 1% en 1759 y a partir de 1777 ambos gravámenes se consolidaron en un solo tributo del 3%¹¹. Conociendo la tasa y el valor del impuesto, es fácil determinar el valor total de la producción, medida en “castellanos”, unidad en la cual se computaban los quintos, medida de peso equivalente a 1/100 de libra (es decir, unos 4.6 gramos). Tenemos así que, para efectos contables, el castellano se evaluaba en dos pesos de plata (o “patacones”) pero su precio oscilaba entre dos pesos y dos pesos con 5/8, según la región del país y la situación del mercado. Para todos los efectos, el oro debía reducirse a la ley de 22 quilates y toda cifra en marcos o castellanos.

Al acuñar el castellano, se hacían 1.36 monedas denominadas escudos, cada uno de los cuales valía dos pesos; por lo tanto de un castellano se acuñaban 2.72 pesos.

Yozan, un español de estos tiempos que se adentró en el Chocó y en Condoto, escribió con asombro en su blog: “No conozco a nadie que me lleve a las minas y pruebo en una tienda; tienen bateas expuestas en la acera y una mesa con una balanza de precisión. La señora vende otros útiles de minería y compra oro y platino. Le cuento mis intenciones y me dice que es fácil, hay

muchas minas en los alrededores y solo tengo que aparecer por allí. Al rato se acerca un minero con botas de plástico embarradas y un sombrero de paja. Viene directamente de una de ellas y saca unos papelillos blancos con arenilla plateada mezclada con algunos granos más gruesos dorados. Es oro y platino. La señora los pesa juntos, en un lado de la balanza pone el metal y, en el otro, granos de maíz, una medida de peso antigua que sobrevive desde el tiempo de la esclavitud. Le entrega 8000 pesos (casi 3 euros) por cada uno, todo ha pesado 5, ha tenido suerte hoy. Pero se paga bajo, me dice, la caída de las bolsas ha bajado el precio del oro y se ha llevado al platino detrás, hace dos semanas se pagaba a 20 mil pesos/grano. Con lo que ha traído hoy se lleva una batea nueva. Le pregunto si lo puedo acompañar que quiero probar suerte y hacer unas fotos, pero descansa mañana. Me dice que cualquier moto-taxi me lleva y seguro que alguien me presta alguna batea. Estos mineros trabajan para ellos mismos. Ellos artesanalmente lavando tierra con el agua estancada, y la compañía, con maquinaria pesada y bombas hidráulicas. Son minas de aluvión, minas excavadas en el suelo formado por materiales que arrastraron los ríos durante miles de años desde las montañas y donde se encuentra el metal: entre tierra, barro y cantos rodados. A la mañana siguiente el moto-taxista me lleva cantando himnos pentecostales todo el camino, son unos 20 minutos por una carretera de tierra y charcos, a la salida de Condoto. Desaparece la selva y aparecen paisajes irregulares de montículos de tierra y allanamientos artificiales donde se ven arbustos y hierbas de diferentes alturas, restos de maquinaria oxidada, plásticos y chabolas de metal abandonadas. Luego van apareciendo tierras planas y limpias de vegetación donde trabajan máquinas excavadoras y bulldozers. El dueño de la mina me autoriza a bajar y uno de sus empleados me lleva al “hueco”: al inmenso y profundo agujero anegado de agua. Allí están los mineros independientes y los operadores de la empresa. Los mineros se meten en el fondo del agujero y van sacando tierra de las paredes haciendo pequeñas cuevas con picas y palas. Llenan las bateas y van lavando y quitando las piedras hasta que queda solo el metal. El oro y el platino es lo que más pesa y se queda abajo de todo. La empresa lo hace

a gran escala, las excavadoras remueven y sacan tierra que meten en una gran criba que va separando la tierra y deja el metal en el fondo. Todo está embarradísimo y una señora me presta sus botas de caucho para bajar por el fango blando. Me dirijo hacia un grupo de mineros en la parte derecha que están excavando en las paredes, hay varias mujeres también y trabajan en grupo. Una de ellas es la primera vez que viene, me dice que a ver si consigue suficiente como para sacarse una muela. Otro me dice que lo que consiguen todos los días apenas les da para la comida. Hay varios que están metidos casi dos metros tierra adentro y es peligroso, la pared está abombada hacia afuera y parece que se va a desplomar en cualquier momento. Ellos me lo confirman, dicen que todos los días pasa. Al rato la parte de la derecha se desploma en dos tiempos pero afortunadamente no ha cogido a nadie dentro, los huecos estaban vacíos. Hay algunas personas que se asustan y paran de trabajar, no quieren acercarse otra vez, otros le dan menos importancia y siguen trabajando. Es el tipo de mina que más predomina en la zona: pequeñas, peligrosas y perjudiciales al medio ambiente. Las grandes explotaciones las tienen empresas extranjeras con mayor maquinaria y uso de métodos químicos más contaminantes aun (mercurio, cianuro) que además dan menos trabajo y pagan un impuesto ridículo. Antes, bajo la colonia española la corona se quedaba con un quinto (20%) de los metales extraídos; hoy Uribe los regala: las empresas extranjeras se quedan con un 96%, pagan un 4% de impuestos al gobierno colombiano. Aunque el platino se tiraba en los primeros tiempos de la corona luego fue valorándose como metal precioso. En el Chocó es de los más puros y tiene pocas impurezas de iridio, osmio, paladio, rodio y rutenio que son los metales que lo acompañan y que se aprovechan con otros fines industriales. La zona con más oro está más al norte y es otro de los lugares donde intentaron los españoles buscar el mito de el Dorado. Y otro español, cientos de años después, bajó a las profundidades de la tierra a buscar el polvillo mágico. Me cogí una batea y empecé a trabajar. Y me fui con lo mismo que vine..”.

Quizá este español jamás supo que por ahí nació Carlos Arturo Truque, voz pionera de la cuentística social colombiana, el mismo que se permitía esta opinión acerca del género del cuento en Colombia:

“El género cuento no ha tenido en nuestro país el cultivo necesario. Una modalidad tan exigente impone ciertas cualidades de observación, agudeza psicológica y capacidad de síntesis que no todos poseen. La demasiada afición de nuestros literatos por la poesía ha ayudado a que el cuento, la novela y el ensayo, para no decir nada del teatro, se hayan quedado sin recibir el impulso deseable. El cuento, ya en la segunda parte de la pregunta, es brevedad, es la síntesis de un momento vital. El buen cultivador del género sabe darle siempre la hondura necesaria, en unos cuantos trazos, a los caracteres que describe y la intensidad suficiente a cualquier episodio de la vida, por sencillo y vulgar que sea. Hay una tendencia, heredada de los modernos cuentistas norteamericanos, a rodearlo de cierto resplandor poético-simbólico, que por cierto no corresponde al punto de mayor grandeza en la modalidad. En los escritores de la última generación de los Estados Unidos se ha operado...”.

Los cuentos de Carlos Arturo Truque han sido objeto de estudio en la Universidad de Missouri.

Su hija Sonia Nadezdha Truque, recuperó para la historia de la literatura nacional este reportaje que cobra hoy mucha actualidad. La escritora bonaverense e hija de CAT señala que existe una clara intención racial en los cuentos de su padre, al poner de manifiesto el tema de la negritud. En sus cuentos «Sonatina para dos tambores»; «La aventura de Tío Conejo»; «Fucú»; «El Piguíta» y «De cómo Jim empezó a olvidar» abordó el tema racial como un ajuste de cuentas con su origen mestizo: hijo de padre blanco y madre negra. También se nota la intención de reivindicar a todos los sectores marginados de una sociedad como la colombiana, de mentalidad oligárquica, racista y excluyente. En «Sonatina para dos tambores», la presencia africana es evidente; la historia transcurre a la orilla del río Timbiquí, en un sitio denominado Santa Bárbara de Timbiquí, durante las fiestas en honor a Santa Bárbara del Rayo, la versión sincrética de la cosmogonía yoruba del dios-Changó. Están de fiesta, y el tema de la tradición, de los bailes, los sonidos, la música, las costumbres que el autor enumera y mezcla con el relato de la tragedia de Damiana quien agoniza de enfermedad pulmonar”.

La panadería, por ser en el Chocó un oficio que se recrea en las formas, como lo hace el escultor o el ceramista, es en esta región otra expresión de las Bellas Artes; de ahí, proviene el ritmo del *Maquerule*, dedicado originalmente a un inmigrante afro de lengua inglesa, *Míster Mc Duller*, quien fue famoso por sus *mogollas*, en *Andagoya*, otro día base del mayor campamento minero del Chocó. En el Pacífico se le llama “*chombo*” al afroamericano que habla inglés, al que bajó de los barcos, proveniente de San Andrés, Providencia, Trinidad o Jamaica. La canción hecha popular entre nosotros por el Grupo Bahía, dice así:

*Maquerule era un Chombo
Panadero en Andagoya—
Lo llamaban Maquerule,
Se arruinó fiando mogolla.*

*Coro: Póngale la mano al pan, Maquerule,
Póngale la mano al pan, pa que sude
Pin, pon, pan, Maquerule,
pin, pan, pun, Pa que sude,*

*Maquerule no está aquí,
Maquerule está en Condoto
Cuando vuelva Maquerule
Su mujer se fue con otro.
(Coro) ^[P]_[SEP]Maquerule amasa el pan
Y lo vende de contado;
Maquerule ya no quiere
Que su pan sea fiado.
(Coro)*

Condoto fue en sus inicios la tierra de los indios Iroés y Cimarrones. A esta tierra se le llamó también *Lombricero* o *Campo Alegre*; en su escudo se inscribe el lema de “*amor, paz y progreso*”, y en su himno, escrito por Juan Pablo Pretelt Paz, se pondera esta tierra rica en oro y platino, y la cercanía de sus tres ríos tutelares:

*Por si acaso me impide la muerte
ver tu gloria inmortal yo seré
el Condoto, el Iró y el Tajuato
por sus aguas feliz surcaré...*

El municipio fue fundado en 1758 por Luis Lozano Scipion; en 1892, la Asamblea Departamental del Cauca determinó que fuera cabecera municipal. Su nombre, en lengua Catía, traduce “río turbio”. Localizado en la parte sur oriental del departamento del Chocó, en la subregión del San Juan, la segunda zona en importancia política, económica y administrativa del departamento, a una distancia aproximada de 90 kilómetros de Quibdó, tiene al norte a la localidad de Tadó, y al sur los municipios de Nóvita y San José del Palmar.

Su monografía, anota que “la vegetación del Municipio de Condoto y en general del Departamento del Chocó, se caracteriza por altas temperaturas y las constantes lluvias. La vegetación de Condoto es de frecuentes bosques y selvas donde se encuentran finas maderas que tienen mucha aplicación en la Industria, la medicina y la alimentación. Maderas como el Lirio, el Cedro, Chachajo, Dormilón, Jigua, Yarumo, Guácimo, Guayacán, Pacó, Incive y otros. Además se encuentra gran variedad de árboles frutales como: árbol del Pan, Guamos, Caimitos, Marañón y especies de Palmas. La agricultura de esta región se encuentra un poco atrasada, además la falta de incentivos en el campesino condoteño para desarrollar dicha faena, pero a pesar de lo anterior empieza a crearse la proyección hacia el desenvolvimiento de la actividad agrícola.

El río Condoto es de regular caudal es navegable en lancha de calado aceptable, motores fuera de borda, chalupas, etc., a la margen izquierda de este río se ubica la población de Condoto. El lecho del río Condoto como todos sus afluentes es rico en Platino más que en oro, la mayor cantidad de platino del Departamento del Chocó se extrae de este río y en los alrededores del Municipio del mismo nombre. El río Condoto en su cabecera presenta fuertes corrientes, rápidos o cabezones que impiden o dificultan la navegación normal.

La base de la economía del Municipio se soporta en el aprovechamiento de los recursos naturales renovables y no renovables, tales como el aprovechamiento forestal, la minería del oro y platino; la agricultura, con los productos maíz, yuca. Plátano, ñame, chontaduro, borojó, achín y caña de azúcar y en menor escala la ganadería, en especial ganado vacuno, porcino, cría de peces y aves de corral.

El Municipio cuenta hoy con una comunidad religiosa mayoritariamente católica, aunque existen otras religiones como los Menonitas, Testigos de Jehová, Pentecostales, entre otros, La Iglesia y la Alcaldía realizan cada año, actividades de fiestas de devoción en fechas como la Semana Santa, La celebración de San Pedro y San Pablo a finales del mes de junio, y las Fiestas Patronales a Nuestra Señora del Rosario que van desde el 27 de septiembre al 7 de octubre, día en el cual se celebra dicha fiesta católica a la Patrona del Municipio. Es una fiesta en la que todos sus habitantes rinden honores en los principales barrios, turnándose uno por día, y cada uno hace actividades diversas como comparsas, pasacalles, carnavales, y en la noche: Verbena barrial. El 6 de setiembre es la víspera del día clásico, en donde se hace un evento general para dar clausura a las fiestas en honor a la Virgen.

Aparte del escritor Carlos Arturo Truque, son condoteños el General en retiro José Laureano Sánchez Guerrero, la cantante Nubia del Carmen Arias, más conocida como Támara, así como Gloria “Goyo” Martínez y Miguel Slow, integrantes del grupo Chocquibtown”.

Fabio Martínez, escritor y profesor titular de la Universidad del Valle, sitúa al escritor en la misma generación de Gabriel García Márquez, quien nació en 1928, un año después de Truque, y de Álvaro Cepeda Zamudio, su contemporáneo de natalicio. Pachón Padilla, por su parte, anota que Truque, además de su labor literaria, fue subdirector de Extensión Cultural de Cundinamarca, y Secretario del Instituto de Estudios Históricos. Su cuento “Sonatina para dos tambores”, fue antologado en el libro “De la Hostia y la Bombilla, el Pacífico en prosa”, (Medardo Arias Satizábal) dado a conocer en 1992 por la Universidad del Valle.

Fabio Martínez expresa, con respecto a su obra: “Granizada y otros cuentos” produce un efecto sorpresivo en la recepción, pues los 200 números publicados fueron agotados muy rápidamente. Según Martínez, su producción influyó a otros autores: “Si se quiere, Granizada y otros cuentos produce un efecto positivo que posteriormente va a influir en la narrativa colombiana, como lo produjo también *La hojarasca* de García Márquez aparecida en 1955”.

Agrega que “Sus cuentos fueron conocidos en el extranjero porque Truque encargó a un amigo para que los pusiera en el extranjero. Dice Fabio Martínez que el primer ejemplar fue a Panamá y el otro llegó a la Biblioteca Nacional de Washington, donde lo descubrió Cyrus Stanley, futuro editor de la revista “Afro-HispanicReview”. Posteriormente fueron traducidos a otros idiomas”.

En “Papel de Luna”, Fabio Martínez anota que pueden encontrarse tres tipos de crítica con respecto a la obra de Carlos Arturo Truque: “La primera, son los criterios del editor para agrupar a un grupo de escritores. En el libro Cuentos colombianos, antología III, cuya editorial es la Biblioteca Colombiana de cultura, colección popular, de Colcultura, y cuyo editor es Pachón Padilla, encontramos en la página 121 a la justificación de la selección. El autor de esa anotación, posiblemente Pachón Padilla, posiblemente un anónimo, indica que en esa antología se buscaron criterios de homogeneidad en el grupo, quienes lograron romper con la tradición estructural del cuento colombiano, distinguiéndose por su conocimiento erudito, su intelectualidad, y técnica literaria. Ahondaron en los problemas nacionales y universales. Ahondaron en la interioridad del hombre por medio del psicoanálisis, para atraparlos en una atmósfera de misterio, magia, realidad y extraños reversos. El autor señala en especial los cuentos de Laguado, Franco Ruiz, Airó Enrique Buenaventura y Mejía Vallejo. Pero no señalan a Truque. Si suponemos que esta antología fue publicada en 1974, y que Truque hubiera muerto en el año de 1970, podemos deducir una vigencia de la narrativa de los años cincuenta en los setenta. O tal vez sea la recopilación de un grupo de escritores de los años cincuenta que pasaron sin gloria ni pena en la literatura nacional. Habría que investigar en este tópico.

El segundo grupo de críticos son quienes han publicado artículos y reseñas en revistas, antologías y prólogos. Ya mencionamos a Fabio Martínez, cuando nos referimos sobre la vida y la obra de Truque. Pues bien, anota en el artículo publicado en la revista *Papel de luna* que los cuentos están impregnados de una “atmósfera especial” inventada por Faulkner, y que más adelante otros escritores adoptarían, como Carson Mc Cullers y “Gabriel García Márquez de la hojarasca”. Que todos sus escritos tienen una influencia de la narrativa norteamericana, de autores como Mark Twain, O’Henry, Faulkner y Hemingway, este último timo de quien heredó el “uso de la frase corta y los diálogos magistralmente elaborados. Además Martínez relaciona la producción de Truque con la violencia de los años cincuenta en Colombia, cuando se recrudece la violencia en el campo, se cierran periódicos y se limita la libertad de expresión. En los mismos años, nacen las guerrillas del llano. En los mismo años, Truque escribe “Vivan los compañeros”. Martínez señala que por el mismo periodo, otros escritores estarán interesados por misma temática, inaugurando así la literatura de la violencia en Colombia. Por otro lado, rescata que después de la publicación de “Vivan los compañeros”, Carlos Truque adquiere un “tono y una voz propia y depurada”. Otro cuento, “El día que terminó el verano”, es un cuento plagado de trópico, de ambientes cálidos y reverberantes, donde los personajes están marcados con el destino de la fatalidad.

En lo que respecta al cuento “El día que terminó el verano”, Pachón Padilla, uno de los primeros críticos que se interesó en la obra del autor chochoano, realizó un estudio de “Granizada y otros cuentos”. Así quedó consignado: “Según él, la narrativa de Truque refleja la corriente del realismo social, pues muestra la problemática que se somete el campesino y el obrero en un mundo estuoso, de sexo y miseria. Es por lo tanto, según Padilla “un patente alegato de crítica social contra la forma como está distribuida la riqueza, al corresponderle a unos, la mayoría, los tributos y las obligaciones; y a los otros, los afortunados, el disfrute pacífico y sosegado de su patrimonio, con el aprovechamiento de su beneficiada posición, de absorber todo con singular avidez, hasta oprimir a los asalariados a la condición de menesterosos; pero éstos jamás podrán eludir su

inquebrantable destino y vivirán azotados siempre por el estigma del infortunio, y terminará en la fatalidad.

En cambio, según Padilla, el cuento “El día que terminó el verano”, se aleja de su temática social, y regionalista, para adentrarse en el cuento neorrealista. El estilo del cuento es “conciso y fúlgido”, narración de tercera persona por un narrador–ausente, con diálogos de primera persona del protagonista, de acuerdo al dialecto y al grado cultural”.

Le correspondió al crítico y escritor Arturo Alape, la escritura del prólogo de los cuentos “Vivan los compañeros”, publicados por la Biblioteca del Darién. Alape manifestó que Truque tenía una obsesión por la calidad de sus textos; que lo que podía parecer un material “burdo”, se transformaba en su talento, en algo paradigmático, con un mensaje social claro, distante los visos de propaganda, producto de un trabajo sistemático y concentrado. Truque debió tomar distancia de las “modas” literarias, y se edificó así mismo como un escritor colombiano que miró en derredor, de manera crítica, sin desdeñar el conocimiento de otros autores del mundo. Sus temáticas, locales, son hoy muy universales, apreciadas en varias lenguas. El mismo desconfiaba de estos creadores que se empeñan en ser cosmopolitas, ciudadanos, sin voltear a mirar la realidad de sus pueblos, fuente de gran riqueza literaria.

Según Alape, “En Truque la narrativa pretende romper con el lenguaje que tenía por literario en ese momento, para usar el lenguaje regional, de cada región. Esto es un alejamiento de las normas de la ciudad, para buscar acercarse más a las expresiones individuales tanto en campo como en la ciudad.

Para el escritor, el descubrimiento del Denominado Grupo Guayaquil, en el cual se ponderan el lenguaje poblano, temáticas locales y regionales, fue una manera de estar de lado de una estética afincada en lo popular; el trabajo de Truque viene a representar, entonces, en sí mismo, una crítica a los contextos “costumbristas”, literariamente hablando, tan en boga por un tiempo en Colombia. Es claro que desde la montaña, Don Tomás Carrasquilla había mostrado una manera de hacer humor y de recrear usos y costumbres desde la literatura, dentro de un campo de paisaje y divertimento, en el que no faltaron las descripciones obsesivas de las ma-

neras del campo, mitos y leyendas. Truque toma una distancia de esa propuesta, e inspirado por la escuela moderna estadounidense, nos regala unas historias que están escritas con impecable factura, donde la retórica permanece a prudente distancia. Algo que él fue premeditado, una búsqueda de otro lenguaje, de una nueva excelencia dentro de la literatura colombiana.

Alape conceptuó también: “Los cuentos de Carlos Arturo Truque, algunos magistrales, son un permanente entrecruce de situaciones en que los sueños de los hombres transfiere a otros las fantasmales ilusiones, única muralla para sobrevivir la dureza de la cotidianidad; los hombres viven la desesperanza entre los límites de la duda y los dientes de la rabia, mientras bajo la luz de una sola mirada, el odio continúa empotrado en sus almas. (Alape, “Prólogo y selección de textos”). Sonia Nadezdha Truque, también escritora, nació en Buenaventura en 1953; parte de su labor intelectual la ha dedicado a la crítica literaria. Residió por un tiempo en España. La Editorial Pijao de Ibagué, publicó en 1986 su libro de cuentos “La otra ventana”. Entre sus obras más conocidas se cuentan “País de versos. Antología de la poesía infantil”, publicado en Bogotá en 1991, por Tres Culturas Editores, con la coautoría de Carlos Nicolás Hernández. Historias Anómalas, publicado por Cooperativa Editorial Magisterio, en 1996, Los perros prefieren el sol y otros cuentos, publicado en 2006, Bordes, poesía, Colección Viernes de poesía No. 13, Departamento de Literatura, Universidad Nacional de Colombia en 2002. Había publicado ya en 1988 la selección “Elisa Mujica en sus escritos”, además de antologías como Las travesuras del pícaro tío conejo, editorial tiempo de leer, Fábulas colombianas, fábulas extranjeras en editorial Tiempo de Leer.

“Estos tres autores, tienen una crítica benévola a Truque, tanto como Martínez como Alape, escriben a favor de la narrativa de Truque, señalándola como innovadora, y equiparable a los grandes cuentistas internacionales. Mientras Pachón Padilla, es imparcial. No existen otros estudios de la obra de Truque, publicadas en este momento debido a que hay un interés general por la obra de Truque. Eso se debe, a su muerte temprana, que impidió asentarse en las letras nacionales, al poco apoyo de las grandes editoriales, que no arriesgaban editar a los nuevos escritores, a que fue muy pronto

eclipsado por grandes cuentistas y a los pocos estudios que puedan acercar los lectores a su obra. Así que quedó reducido a ingresar en antología de cuentos colombianos, generalmente eclipsado por Gabriel García Márquez. El tercer grupo se refiere a los estudios en el exterior a actualidad, hay varios estudios sobre Truque. La tesis doctoral radicada en la Universidad de Complutense de Madrid titulada *Las modalidades expresivas en cuatro novelas colombianas negras de Ni Vunda Zola*. Desafortunadamente no tengo acceso al documento porque no hay alguna copia en Colombia. Sin embargo se puede leer el resumen. Se trata de un estudio de cuatro novelistas de ascendencia africana. Entre ellos son Arnoldo Palacios, Arturo Truque, y M. Zapata Olivella. La intención de la tesis doctoral es examinar las obras intrínsecamente, en “sus modalidades expresivas”, y de esta forma, crear un “suplemento de información sobre su verdader[o] status como obras de arte. Otro libro, es el de Lewis, Marvin A. titulado “*Treading the Ebony Path: Ideology and Violence in Contemporary Afro-Colombian Prose Fiction*”.

Además de este interés de investigar las propuestas de escritores afrohispanos, creo que Arturo Truque es un escritor universal, porque propuso una nueva estructura del relato en Colombia, basándose en las narrativas norteamericanas. Vio que la única forma para construir la nación era rescatando esas otras voces marginadas que no se escuchaban anteriormente, usando sus lenguaje diario, retratando sus vidas, y poniendo en situaciones de diario vivir. Como escritor que vivió en la época de violencia de los años cincuenta, publicó los primeros relatos de la llamada literatura de la violencia en Colombia. Que es temerario, si nos percatamos la censura, y el cierre de varios periódicos por parte de los gobiernos de Rojas Pinilla. La audacia de Truque en escribir cuentos sobre las guerrillas del llano, y de la violencia del inicio de siglo XX, se puede explicar su poca difusión, pero también su preocupación por el orden social y las injusticias entre las diferentes capas sociales. Aunque posteriormente fue eclipsado por otros escritores, y por ser escritor regional. En el exterior fue traducido algunos cuentos, y se realiza varios estudios sobre su obra, desde sus temáticas de violencia, de afrohispanidad, y formas intrínsecas de su obra”.

Si tuviéramos que seguir un rastro cronológico al trabajo creativo de Truque, tendríamos que definirlo de acuerdo al croquis vital definido por su hija:

“Aparece inicialmente, en Bogotá, entre los contertulios del Café Automático, en su primera sede contigua al Parque Santander, lugar frecuentado, entre otros, por el poeta León de Greiff.

Una vez en Bogotá, en 1954, y durante los años de represión, la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia le otorga el tercer premio por su cuento «Vivan los compañeros». Luego en 1958 ocupa el tercer lugar en el Concurso Folclórico de Manizales con su cuento «Sonatina para dos tambores» y en 1965, en el v Festival de Arte de Cali recibe una mención por el cuento «El día que terminó el verano».

Después de estos años, al finalizar la dictadura de Rojas Pinilla en 1957, ocupa el cargo de secretario del Instituto de Investigaciones Históricas del Ministerio de Educación Nacional; y luego, siendo embajador de Haití en Colombia Hubert Carré, el de agregado de prensa en esa delegación.

En 1963 aparecieron en la revista *Cromos* biografías escritas por él, sin firmar, y que su esposa guardó celosamente como un importante trabajo. Con Carlos López Narváez trabajó como traductor del inglés y del francés, al tiempo que hacía libretos para televisión.

En 1964 se rompe definitivamente la vida del escritor, al sufrir una trombosis cerebral que lo dejó incapacitado para trabajar y escribir. Durante su enfermedad estuvo rodeado de amigos como Manuel Zapata Olivella, quien logró encontrarle un cupo en el Hospital de la Hortúa; el ex magistrado Jairo Maya Betacourt, quien demostró una preocupación de hermano; y de Otto Morales Benítez, Matilde Espinosa y Luis Carlos Pérez, entre otros. Hasta su deceso, su esposa Nelly lo animó para que siguiera escribiendo. Se contrataron varias secretarias, y con terapias y gran esfuerzo logró escribir algunos cuentos, pero el estado de ánimo decaía; no obstante, dejó varios escritos a mano, que su esposa rescataría. Muere en Buenaventura, Valle del Cauca, el 8 de enero de 1970, a la edad de cuarenta y dos años”.

Mi visión del Chocó está unida a Condoto, el lugar de nacimiento de Carlos Arturo Truque, y al viejo campamento minero de Andagoya, donde otro día la compañía “Chocó Pacific” sentó sus reales. Volví a recordar mi paso por esta bella región, al tenor del concierto de Juanes, frente al ancho río:

Fue bonito ver a más de cinco mil chocoanos en el coro de Juanes, junto al Atrato, un río que evoca riqueza y dolor al tiempo. Con Juanes, cantaron las maestricas que navegan diariamente para ir a enseñar a unos niños que Colombia no conoce, corearon con él las cantadoras de Andagoya, las panaderas de Tadó y Condoto, las mismas que amasan bizcochos en forma de tortugas; los bogas del San Juan frente a Andagoyita, donde la compañía minera Chocó Pacific imaginó una vez una aldea de California, con casas de techos cónicos construidas con pino canadiense.

Viendo a Juanes de frente a las palmeras y el río, me pregunté adónde fueron aquellos buenos profesores chocoanos que una vez pertenecieron a todas las escuelas de Colombia y que enseñaban con mística de misioneros. Del olvido y la negación de Patria, las escuelas Normales enviaban a estos educadores. Pienso en Víctor Tomás Urrutia, quinto de primaria, una mañana en el puerto, y su petición de un minuto de silencio por la muerte de ‘Bob’ Kennedy. Luego lo entendería en las fotos de ‘Life’. Este Kennedy, como Clinton hoy, gustaba de vivir entre la gente negra de los ghettos y se desabrochaba la corbata en el platón de camionetas que recorrían el Bronx, con las Panteras como escolta.

Y, claro, este concierto de Juanes me recordó también a uno de los chocoanos más cultos y mejor hablados que ha vivido en Buenaventura; Sergio Isaacs Truque, padre de Carlos Arturo Truque, autor de ‘Sonatina para dos tambores’, abuelo de Sonia Nadezhda y sus hermanas Yvonne América y Leticia Colombia. El Atrato es Jairo Varela, el músico colombiano con mayor reconocimiento en el exterior, Alexis Lozano, Nino Caicedo. Atrato son las Fiestas de San Pacho, Euclides Lozano, los clarinetistas de las bandas de bombo y platillo que recorrían las fiestas de la infancia. Sin clarinete chocoano no había alegría y esto lo sabía Peregoyo, quien vinculó al sonido de su Combo Vacaná el sonido dulce, femenino, del clarinete.

Hubo un tiempo en que salir de Cali en una avioneta Piper, para caer en el aeropuerto ‘Mandinga’, de Condoto, tenía los visos de una aventura. Quería escribir acerca de las compañías mineras en el Chocó y ahí me esperaba Manuel Pereiro, hermano de ‘Anuncia’, más conocida en la televisión colombiana como ‘Carmen de Lugo’, padre de Nhora Perfecta y de una familia maravillosa, con la que pude navegar río abajo, con paraguas y hablando a voces, forma de atenuar el ruido del temporal. Los Pereiro me mostraron ese Chocó desconocido que otro día había querido enseñar Bernardo Romero con ‘Candó’, su precoz telenovela.

De las cosas que se aprecian en la condición humana, la originalidad ocupa un lugar visible. Bautizar un niño en el Chocó tiene una gracia infinita. Alguna vez le pregunté a Nhora Valdés de Pereiro, por qué había nombrado ‘Perfecta’ a su hija, una de las más bellas reinas del Chocó, y me dio una respuesta sencilla: “Cuando nació, me pareció perfecta...”.

Llovía en Andagoya, todos los días, y cuando amainaba el palo de agua, en las tardes, empezaban a repicar las guitarras en los solares. En el viejo casino de la Choco Pacific todavía se oía entrechocar bolas en el ‘Billar Pool’, alguien destapaba una botella de ‘Platino’ y con el sabor anisado del licor, venían las canciones, “chocoanita, chocoanita encantadora...”.

Con este concierto a río abierto en Quibdó, Juanes nos acaba de recordar algo que sabemos, pero que es necesario reafirmar en Colombia, después de 200 años de historia: que todos somos atrañeos.

ENTRE LA OSCURIDAD Y LA LUZ

Eduardo Delgado Ortiz

Carlos Arturo Truque es uno de los más extraños y paradójicos casos de la literatura colombiana. Nace como una luz en el ocaso (1927) en Condoto, Chocó, un pueblo encallado en el mar Pacífico, donde el cielo fulgurante y ceniciento deja ver unas casuchas pobladas de gente de color con pasiones y sueños que despierta ese mar turbulento. Y muere a los 42 años en la sombra del recuerdo, como un glorioso desconocido.

Su niñez transcurre en el puerto de Buenaventura, aquí realiza sus primeros estudios y luego, junto con sus padres, se traslada a la Ciudad de Cali donde termina la secundaria. Ya casado y atrapado por la pasión de la escritura, se traslada a la capital de Bogotá en 1954, donde fija su residencia, ciudad donde estaban sintonizadas las revistas culturales y las corrientes poéticas que emergían en el momento. La verdad era otra. En la década del cincuenta, el analfabetismo abarcaba un 60% de la población y no había una empresa editorial interesada en publicar literatura. Tampoco había autores en prosa en abundancia. Habían, eso sí, una corriente de poetas identificado como la generación de Los Nuevos, surgida en 1925, con importantes poetas como León de Greiff, Luis Vidales, Rafael Maya, Jorge Zalamea Borda, entre otros, que rompían estatus establecidos hasta el momento y marcan la vanguardia, contra

corrientes que habían dominado el siglo XIX, es decir, contra el romanticismo y el realismo-naturalismo. Aun el modernismo. Sin embargo, le toca en suerte a Carlos Arturo Truque ver el florecimiento de ese otro grupo que componen Piedra y Cielo, que conlleva en sus entrañas diferentes postulados críticos, a la que Rafael Gutiérrez Girardot, calificó de “Revolución en la tradición... introdujo —dice— una nueva concepción de la literatura en Colombia”. En esta parte vale la pena destacar el nombre de Aurelio Arturo quien, igual que Truque logran un tono peculiar que los identifica. Obras que se van a destacar, cada uno en su campo, de una particular renovación, el uno en la prosa y el otro en la poesía. Obras en las cuales, lenguaje y geografía conlleva la sustancia de la patria, con una profundidad universal.

Sin embargo, es con *Mito* y con su fundador y alma de la revista Jorge Gaitán Durán, donde Truque va a tener un juego para hacer conocer su trabajo. A pesar de que había obtenido algunos premios, era un desconocido, en una ciudad azotada por el racismo. Truque era un mulato con ideas revolucionarias, lo cual, en un país bipartidista, era un peligro, para los obtusos conservadores. En 1956, Jorge Gaitán Durán, que sabía el valor de una obra literaria, publica el texto *La vocación y el Medio. Historia de un escritor*. Este texto que se tiene como un ensayo, bien puede ser un cuento, por la misma intensidad y esa ambigua correspondencia entre la intriga y el drama, que hacen de la tensión narrativa una expresión típica del cuento.

En *La vocación y el medio. Historia de un escritor* se prefigura ese creador Truque, que en la sombra y en la soledad, enfrenta desde la niñez el tortuoso preámbulo que se da entre la ficción y la realidad, realidad que entronca la vida que rodea a cada escritor en su mundo creativo. Para ese entonces Buenaventura, donde pasa parte de su niñez, era un pueblo, con una exigua cultura, con la mínima probabilidad de llegar a un libro. En esa zona del Valle, en 1934, el analfabetismo era de un 80%. Por otra parte, en Cali, donde cursa el bachillerato, era una ciudad con pobres bibliotecas y librerías. ¿Cómo hace, este joven aspirante a escritor, para nutrir su imaginación y enriquecerse con la ficción y con otros idiomas como el francés y el inglés? Sin duda, solo la pa-

sión y el ansia de conocimiento, lo llevaron por los vericuetos de la búsqueda del amado libro. Lee con pasión a los clásicos rusos, a los franceses, a los ingleses y a los norteamericanos. Exprime el jugo, de esas lecturas y, aprende su lengua. Nada de esto le es fácil.

La vida y obra de Carlos Arturo Truque, se va a mover, durante su corta existencia, en esa tierra movediza, preñada de acontecimientos sombríos, en un país en el cual la educación está regida por la iglesia católica. Frente a lo cual, el futuro escritor, va demarcando, desde su niñez, una posición lucida y crítica frente al acontecer histórico de un país atrapado por la injusticia social. Si bien su formación política está regida por la filosofía marxista, por la dialéctica, no es esta la que condicione su trabajo narrativo. En sus cuentos prima la objetividad literaria, más que sus convicciones políticas. Se avisa, en su estética, la temprana lectura de los autores clásicos, y ya en sus primeros textos va decantando el manejo acertado del cuento en su forma y en su tono. *En La vocación y el medio. Historia de un escritor* expresa con claridad las dificultades y la lucha que enfrenta cualquier escritor en su formación. Y, en una entrevista que en 1960 J.M Álvarez D'Orsonville, le hace para la revista *Colombia literaria*, Truque, decanta con claridad la certeza de un buen cuentista: El cuento, dice, "es la descripción exhaustiva de un momento vital"... Y, más adelante, "en su brevedad debe llevarlo todo y agotarlo todo", de esta manera ejemplifica, la sustancia de un buen cuento.

Los textos que componen el libro *Vivan los compañeros*, si bien reflejan una época turbulenta de los acontecimientos en Colombia, también asistimos a un juego de la imaginación, donde realidad y ficción se entremezclan para brindarnos una metáfora mítica de unos personajes que bajo la sombra del follaje, sugieren una intensa luz en zonas olvidadas por Dios y los hombres. Y, con escepticismo propio de Truque, o Nietzsche, diríamos: Dios ha muerto. Entonces, ¿qué pueden esperar estas mujeres con sus hombres y sus hijos en esas tierras inhóspitas, más que una narración que los redima? Por similares rutas temáticas viajaron los textos de Rulfo.

En el texto “Vivan los compañeros” más que la anécdota prima la forma particular que tiene Truque de narrar y de vendernos la historia y hacémosla creer. La magia de “Laverde, Osorio, Díaz, gamboa, Rivas, y tantos otros caídos en noches sin estrellas, con las pupilas quietas en la oscuridad”, nos llevan por el camino de la insurgencia en una época oscura de nuestro país.

Escritores importante como Hernán Téllez, G.G Márquez entre otros de la época, abordaron los conflictos sociales con la misma altura literaria, sin menos cabo de la misma. Por ello dice el narrador, para hacer historia del recuerdo y los acontecimientos: “sálvate vos, pa’ que algún día contés lo que hemos sufrido nosotros”. No comparto el criterio de algunos lectores de la obra de Truque, que dicen que este texto y otros que tienen la misma corriente, estén influenciados por las ideas marxistas del autor. El escritor sabía diferenciar una cosa de otra. Su responsabilidad creativa no estaba ceñida a dogmas políticos; otra cosa distinta es que el mundo que aborda, el mundo que lo rodea hacía honor a esa escritura donde el lenguaje cifra el destino narrativo; preocupación que el escritor esgrime, saliendo airoso y, que para mi concepto, logra una más depurada forma en cuentos como: “Granizada, El día que terminó el verano y Sonatina para dos tambores”.

Sin lugar a dudas, la influencia de Chejov y Maupassant, y, de los escritores norteamericanos Hemingway, John Don Pasos, Truman Capote, a los que lee en el idioma, es notoria. Los lee con cuidado, en detalle y desentierra su valiosa forma narrativa que conlleva el cuento en su particularidad. El cuento, en su esencia, es lo que más apasiona al escritor que en su acopio por depurar su estilo, se apropia de su forma, que en últimas, es lo que más preocupa a Truque. Por ello echa mano de los escritores norteamericanos. Los lee y los estudia en detalle. Estas nuevas corrientes que entremezclan el periodismo y quitan peso a la narración barroca, aligerando la lectura sin quitar fuerza al contenido, subyugan al escritor, que en parte pone a fusionar en su obra con acierto.

“Granizada” hace acopio de ese dominio narrativo. Aquí y, en los cuentos que le preceden, economía verbal y tensión narrativa, están sintonizados con un lenguaje particular sin caer en el color

local. Jerga y diálogos se desarrollan con fluidez en el mejor estilo de los norteamericanos.

“Granizada” es la lucha que enfrenta el hombre contra la naturaleza y, esta lucha, se vierte en el alma de sus personajes con sus pasiones y anhelos. Son personajes campesinos, quienes frente a la granizada que se avecina, ven con terror, el peligro de perder la cosecha de papa. El arraigo a la tierra, sus costumbres, su religión y sus mitos, se muestra en profundidad, con una fluidez narrativa y con cierta dosis de tensión, que el autor adosa con esa jerga típica, sin caer en el costumbrismo.

“El día que terminó el verano” es un lúcido relato de dos hermanos que esperando la lluvia para el sembrado, encallan en la soledad y en la nostalgia, para al fin terminar con la marcha del hermano mayor, José María y, después, con el paso de los meses, con la llegada de una mujer, la cual trae la noticia de que el hermano ha sido asesinado. Entonces, la mujer ocupa ese lugar y, con ella, llega un anhelo de pasiones contenidas.

Este bello acertijo de amor, hombre, tierra, mujer y cielo simplifica la visión del mundo que rodea a Truque. Habría que agregar, en correspondencia con lo anterior: amar, sufrir, luchar y vencer. Lo paradójico sería: Sufrimos, amando y vencemos, luchando.

En este texto, si bien la historia es de un fuerte contenido humano, lo que la engrandece es su tratamiento literario. El rigor descriptivo, punzado por una fuerza narrativa que, en la soledad y en esa quietud, los hilos que teje la historia se van tensando, manteniendo al lector en suspenso, en una intriga que al fin, el autor logra terminar en punta, con el acierto de su generosa pluma.

“Sonatina para dos tambores”, es el prelude diáfano de tánatos y eros. En un pueblo lujurioso del pacífico, donde la mar y la tambora enervan los sentidos de Santiago, quien, frente a la muerte, el placer erótico lo subyuga alimentado, por el golpe del tambor y el licor que lo llama, como pez al agua. Entonces, una apasionada noche Santiago, prefiere que su mujer muera a reprimir su deseo oculto, deseo que aflora con la fiesta. Pareciera que la fiesta en la costa pacífica, invitara a hombres y mujeres, a despertar esos deseos ocultos. “Tate, vos, con tu arrechera! ¡Barujo, con el lambido éste...! ¡Se lo voy a decí Damiana!”, le recrimina Guillermina a

Santiago, quién en el preámbulo de la muerte de su mujer, persigue con ansias a la negra Guillermina. Este cuento, no solo es interesante por su estructura narrativa moderna y de ruptura, que ya en la época en que se escribiera, el oscurantismo era total frente a la literatura erótica. *Sonatina para dos tambores* se perfila, también, como un texto de avanzada, que rompe los condicionamiento clericales de la época, ya que aborda sin tapujos la literatura erótica, con fuerza imaginaria y rigor lúdico. El léxico, acompasado por una jerga típica de la costa, da al texto esa convincente lujuria, digna de un gran narrador de literatura erótica, que para esa época oscura, era una luz, luz que se apaga a los 42 años, ¿dejando en las tinieblas ese país obtuso? No. No creo. Hay otro cuento que contar. En una feliz alcoba, juegan tres chiquillas como luceros en la oscuridad; son ellas Yvonne, Colombia y Sonia, retoños de Truque que, sin saberlo el escritor, había dado a la luz a tres cuentistas y poetas, dignas de su estirpe que continúan alumbrado ese camino de la buena literatura Colombiana.

UNA ELEGÍA TARDÍA

Carlos A. Manrique M.

Hay autores cuya obra suele pasar desapercibida para sus contemporáneos y quizá algunas generaciones siguientes al menos por dos motivos principales: el primero, que su trabajo les haya resultado ininteligible, ya sea por temática o estilo, o porque ha sido un marginal del sistema, un outsider, bien sea por motivos étnicos, ideológicos, socioculturales y/o políticos., inclusive todos los anteriores.

Sin embargo, cuando una obra breve logra sobrevivir el olvido del tiempo y a la desidia ominosa de los hombres: y su semántica se impone a los prejuicios, y logra anidar en cierto nicho, aunque sea el de la *intelligentsia*, podemos considerar que tal vez este autor haya dejado algo de relativo interés para la posteridad y la memoria colectiva. Aunque al día sea un ilustre desconocido para el vulgo.

Carlos Arturo Truque (1927–1970) es uno de esos autores. Aunque sus escasos exégetas (locales y del exterior) no se cansen de coincidir en que su narrativa era, o es, contundente, impecable; de mucha elegancia estilística y con el rigor estricto de quien domina un género (el cuento, para el caso suyo); además de caracterizarse por una temática que pasados casi 60 años conserva una absoluta pertinencia y actualidad sobresalientes, amén de una

sensibilidad humana y social inigualables. Sin embargo, a pesar, o a causa, de los estudios críticos hechos a su obra (que, insisto, son escasos y dispersos) no es fácil tratar de conocer y comprender al hombre y su obra sin caer en tópicos comunes que se repiten muy faltos de originalidad en el único lugar que hoy parece condensarlo todo, la inefable internet.

Es indudable que en una semblanza biográfica es importante consignar el ethos étnico del sujeto, contextualizar su ambiente de crianza, su ámbito sociocultural; su formación académica e intelectual, etc. Por ello, es usual que se comience hablando de la condición de afrodescendiente de Truque, una expresión hoy ‘políticamente correcta’ que, —estoy seguro—, en los años en que él llega a la capital colombiana (años 50), un bizarro pueblo andino pacato y excluyente, no conocía y en la que a individuos de su estereotipia física simplemente llamaban ‘negro’, y si era un poco más pálido, ‘morocho’, con la inherente carga de prejuicios raciales y socioculturales propios de una sociedad que desde sus albores ha sido racista y marcadamente clasista.

Pero, curiosa singularidad, si bien Truque sabía muy bien quién era y aceptaba con orgullo su condición étnica eso no fue determinante en su visión del mundo; no al menos de la manera tan marcada, y sesgada, como se ha dado en otros autores de condición étnica minoritaria (ver un Zapata Olivella, por ejemplo). Tras repasar su relativamente breve obra (encontré que no hay certeza si fueron 25 o 26 cuentos y uno o algunos ensayos...) colegí que era muy notoria su avezada visión crítica de un mundo inequitativo: pronto se mostró muy capaz de reseñar un inventario del oprobioso sistema negador y expoliatorio que unos hombres hacían de otros...de la perpetua miseria, desdén y olvido, que acosaban desde siempre la vida de los desposeídos, de los parias, de los olvidados de la tierra, ya fuesen indios, negros, campesinos u obreros...aunque conviene aclarar, no toda su obra estuvo signada de este cariz, pues, admirable, fue capaz de interiorizar en el alma humana y hablar con propiedad de sus sempiternas contradicciones, sus caras expectativas y sueños fallidos. Todo con un sentido de la realidad loable, aunque expreso a través de un rico y muy destacable manejo del lenguaje.

Antes de proseguir debo aclarar que este no es un análisis crítico de corte literario de su obra, afán, por demás, muy alejado de mi especialidad. Aunque a mi modo de ver es insuficiente, har-to precario si se quiere, ya existe un modesto dossier de ello en ese orden. No, aquí lo que me interesa es tratar de comprender y explicar muy sucintamente la naturaleza espiritual y perspectiva socio cultural de un autor que por sus quilates merece una mayor y mejor revisión de su obra y el reconocimiento incuestionable de sus compatriotas, sin recurrir al manido tema de la condición étnica como excusa..

Una vez leído buena parte de su trabajo literario y a pesar de lo poco que se conoce de su idiosincrasia individual y de su corta obra, es indudable, que Truque es uno de los grandes de las letras colombianas, continentales y universales. A esa indiscutible calidad intelectual debemos agregar una humanidad de innegables virtudes entre las que destacaban una profunda sensibilidad espiritual y un genuino sentimiento de solidaridad orgánica con los más débiles y abusados de la tierra. Pero sin caer en extremismos, ni expresiones melodramáticas o grandilocuentes; sin permitirnos adscribirle o matricularle en una de las corrientes ideológicas tradicionales, tan en boga por los años de su saga (1950-1970) llámese socialismo o comunismo. Nada de lo que escribió nos advierte que podría haber sido un hombre de izquierda, sino más bien un humanista cabal, consecuente, muy concienzudo.

En este orden de ideas, podemos pensar que Truque fue lo que Gramsci llamó un *intelectual orgánico*, alguien comprometido con su sino, capaz de renunciar a una vida acomodaticia para emprender el arduo camino del pensador solitario, a expensas de una vida llena de privaciones y sacrificios. Por lo que sabemos, Truque, desde una muy temprana edad sintió ese llamado especial que le reclamaba una voz particular dentro de sí para expresar al mundo que sentía y como lo sentía.

Tal vocación lo llevo a abandonar, apenas comenzada, una carrera de ingeniería que la voluntad de su padre le había previsto, para dedicarse de lleno a ese llamado imponderable que le impulsaba a decirle al mundo a través de las letras “este soy yo y así pienso”; a enunciar (o denunciar, si se quiere) una realidad

que arremetía cruelmente con su torva esquizofrenia. Por demás, no sobra recordar que él fue uno de los nuestros que vivió, si no en carne propia si muy de cerca, la aciaga época de los comienzos de una irracional violencia política que casi acaba con nuestro país. Un espectro que no dejaría de impregnar su obra, de una u otra manera. El fue testigo lúcido de los rotundos desgarramientos de una frágil sociedad que trágicamente se volcaba del campo a la ciudad a causa de forzados desplazamientos. Vio y oyó llorar de angustia y dolor al pobre, al indio, al negro, al campesino, al obrero; vio una generación de colombianos yacente sobre la tierra estéril de los mustios campos arrasados a cal y canto en una guerra fratricida que sólo dejaba ver la más grande iniquidad del espíritu humano. Por su curiosidad también se enteró de la gesta por los Derechos Civiles que Martín Luther King y Malcom X lideraban en la tierra del Tío Sam, entre muchos otros detalles de la vida universal.

Pero, a pesar de ese nivel de conciencia y compromiso, tampoco podemos decir, habida cuenta de sus orígenes (hijo de un descendiente de alemanes, funcionario acomodado, y de una mulata chocoana), que Truque fue un típico hijo del pueblo raso. No. El, como muchos otros grandes pensadores revolucionarios de la historia (porque él a su manera lo fue, a través de su denuncia literaria), tuvo una infancia relativamente feliz y holgada; tuvo la oportunidad de educarse en colegios de pago (Santa Librada, Cali) y asistir a una de las mejores universidades de su región (Universidad del Cauca). Tuvo la oportunidad de educarse y aprender, así haya sido, —gran parte de ese proceso formativo—, de manera autodidacta, leyendo mucho sobre la realidad del mundo y su proterva historia. Es de destacar su conocimiento de las principales influencias literarias de su época así como de los grandes maestros del cuento como Faulkner, O’Henry, Hemingway, entre otros, de quienes aprendió con suma destreza el oficio.

Si bien es cierto que desde muy joven experimentó el rechazo y la negación a cuenta del color de su piel (en su ensayo “La Vocación y el medio – Historia de un escritor”, nos comenta un evento de tal naturaleza que a muy tierna edad le afectó significativamente) también muy pronto sublimó, como muestra de su pre-

clara inteligencia, esos sentimientos de frustración producto de la exclusión por un genuino interés en conocer y explicar el mundo y desde su perspectiva artística contribuir a mejorarlo. Ese es el verdadero ethos de un intelectual orgánico. En Truque, su actitud personal frente al fenómeno del racismo lo acerca a grandes figuras de la historia como Mahatma Gandhi y Nelson Mandela, hombres que por encima de su condición étnica lograron transformar la realidad de sí mismos y la de los pueblos que los cobijaron. Porque en ninguna parte de la obra de Truque, al menos en los cuentos que aparecen en su obra cumbre *Vivan los compañeros*, aparece una solicitud, siquiera mínima, de reivindicación por su condición racial. El sólo habló de los hombres, de los seres humanos en general. De simples hombres, mujeres y niños, en condición de desventaja y de su búsqueda de oportunidades para realizarse en la vida. De los sueños fallidos, de las esperanzas truncas; del trabajo perdido por la implacable fuerza telúrica de la naturaleza; de la fragilidad del ser humano ante los avatares del oscuro sino.

Y con eso, Truque fue un hombre universal y atempóreo. De ahí la grandeza de su obra que rebasa las fronteras de lo regional y coloquial, y aún más de lo racial o étnico, para inscribirse en las páginas inmortales de la literatura que en cierta forma debe ser un fiel reflejo de las vicisitudes humanas y retrato fiel de nuestra necesidad inmanente por entendernos y darle un sentido a nuestra vida.

Sin pretenderlo originariamente, a estas alturas me doy cuenta que este breve ensayo se ha convertido en una especie de elegía a la vida y obra de Carlos A. Truque. Asumo que no faltara quien critique eso. Pero, eso no es gratuito, ni un exceso de ingenuidad o encandilamiento. Para quien haya leído atenta y críticamente, aunque sea una parte ínfima de su obra, la sensación que nos queda es que Truque expresó la manera de pensar que tienen los prohombres, esos seres superiores a su época y poseedores de una sensibilidad espiritual y de una estructura intelectual *sui generis*. Sin grandilocuencias, ni formas lingüísticas rebuscadas, porque fue capaz de reproducir literalmente los modismos del hombre del común, del habla popular y de su jerga cotidiana; además de mostrarnos, con retrato casi etnográfico, su realidad inmediata, sin

sofisticaciones esnobistas; una descripción básica, fundamental, telúrica. Leyéndole se siente el dolor y se huele el sudor de quien lo padece.

Por todo lo expuesto, concluyo e insisto que Truque está llamado a ocupar un lugar de relevancia en el Parnaso de las letras colombianas y universales; sin considerar su condición étnica, aunque, paradójicamente, ello se constituya en el reconocimiento indirecto a una minoría postergada que reclama su lugar legítimo en el mundo y en la historia.

LAS ESCRITURAS DEL FAUNO

José Martínez Sánchez

Comencemos por reconocer dos momentos decisivos en la trayectoria vital y estética de Carlos Arturo Truque: el primero es la herida marcada por una educación basada en la injusticia, encarnación individual de un exclusivismo cuyos estragos se anunciaban ya a finales del siglo XIX, llevada a la nota biográfica o a la narrativa de ocasión, en ardorosas páginas escritas por autores como Porfirio Barba Jacob, Tomás Carrasquilla o Fernando González, tres de los cultores cimeros de las letras nacionales. Este país de constantes guerras civiles, afianzado en estructuras medievales con una fuerte presencia de expresiones partidistas cimentadas en el dogma y la intolerancia, antes que ofrecer un camino expedito a la modernidad, a comienzos de la segunda mitad del siglo XX había perpetrado los peores crímenes contra sus dirigentes. Ultimado con el mismo instrumento que todavía es orgullo de la sociedad antioqueña, Rafael Uribe Uribe pasaría a convertirse en la estatua que hoy reposa intranquila sobre el pedestal capitalino, extraña a la mirada de los transeúntes intoxicados por la porno-cocaína y los mundiales de fútbol. Sus ideas, relegadas por los patriarcas en sucesivos gobiernos, nunca arraigaron de modo contundente en academias y ministerios consagrados a la preparación para la guerra,

la corruptela y las medidas impopulares que darían al traste con la creación y posterior arremetida del Frente Nacional. Inmolado por la misma institucionalidad que lo vio nacer, Jorge Eliécer Gaitán ingresaría a la historia y a la novela por la doble calzada de la contienda pública y la ficción literaria, en ambos casos como epifanía de la sangre que, hasta el ocaso del centenario inmediatamente anterior, enlutó los hogares de miles de contradictores del régimen bipartidista.

Ese cuadro pintado por el autor en su texto “La vocación y el medio. Historia de un escritor”, publicado en la revista Mito en 1955, más de medio siglo después corrobora la pertinacia de una educación de signo empresarial, abierta a la deshumanización y a la competencia de nuevo estilo en la esfera de lo social. Segregados por un medio hostil al ascenso de los desposeídos, entre la censura y la autocensura, los escritores sobrevivientes al período 1948–1956, tras lograr mantener su sensibilidad a raya de la componenda, deberán desarrollar un proyecto de resistencia de indudable repercusión durante los años de expansión de las ideas proletarias y la consecuente controversia estética propiciada desde los círculos intelectuales europeos.

Atento a la coyuntura, como lector y cuentista consagrado, Carlos Arturo Truque parece flotar en un universo propio, tanto en la concepción y ampliación de su ideario como en la realización de un género de pocas nueces en el preludio de la narrativa colombiana. Este segundo momento, anclado en la realidad literaria de la capital, denuncia la tendencia rectora en que se debaten los medios culturales, indispensables para el cumplimiento del ciclo creador: “Literatura sucia llamaban a mis escritos por el solo hecho de usar términos que la moral y las buenas costumbres consideraban lesivos. Todo un atentado constituye en el país el uso de palabras que figuran en los diccionarios y que las señoras, las buenas señoras, consultaron a hurtadillas cuando tenían doce años y no las olvidaron, a fuerza de repetirlas, en el curso de sus vidas”. La palabra fea, motivo de la censura, continúa Truque, era “Grancarajo”.

Igual cosa le sucede a Gabriel García Márquez con la recepción del Premio Nobel, casi tres décadas más tarde. No eran señoras las

más encarnizadas críticas del escritor costeño, desentendido de la carga emotiva de los lectores, sino los señores, los muy ostentosos y aguerridos representantes de las ideas tradicionales. Inferimos que aún deberán cruzar muchos puentes sobre los ríos para que Colombia, nuestra querida y siempre criticada Colombia, acuda al diccionario como la segunda fuente de riqueza lingüística, ello amparados en la irritabilidad de un tiempo que avanza con rapidez hacia la consolidación del primer cuarto del siglo XXI. Aquí podríamos hallar una de las causas para que la literatura —aquella que se produce en diversas ciudades con un sentido ético contrario al gran mercado persa de la industria— se niegue a ese estrecho núcleo de lectores esmerados. Pese a las circunstancias mencionadas, distinto al caso de otros escritores de su época, el autor de “Vivan los compañeros” goza hoy de un prestigio evidente, producto de esa vocación que ha hecho inconfundibles a escritores de procedencia diversa.

Convertido en una especie de fauno por la sociedad de su tiempo, Carlos Arturo Truque es otro más en esa larga lista compuesta por artistas, pensadores, poetas y narradores que conforman una minoría de elegidos (siguiendo el término de Gracián), tocados por el florecimiento artístico en pleno auge de su juventud. En Colombia, casos como el de Andrés Caicedo y Gonzalo Arango, símbolos juveniles de una escritura suburbana, con sus tempestades y modelos, constituyen excepciones cercanas al derrotero trazado por el desasosiego, frecuente en el modo de vida instaurado en las clases medias de la población. En Truque, dicho desajuste proviene de la infancia temprana como comprobación de las diferencias sociales sobreentendidas, más allá de los derechos, en la posesión de bienes materiales y en los conflictos raciales. Las comunidades afrodescendientes, dispersas en regiones afines de las costas Atlántica y Pacífica del continente, durante siglos han debido enfrentar el rechazo a sus creencias, a sus costumbres y manifestaciones culturales no incorporadas al orden establecido.

En la justa línea del “compromiso”, en que ser y deber comparten una vía ineludible, el escritor asigna al cuento literario el espacio de singularidad sonado en el ámbito del ensayo. En la breve entrevista concedida a J. M. Álvarez d’ Orsonville en 1960

para el libro “Colombia literaria” se deslizan, con el denuedo y la penetración de quien conoce los límites del género, apreciaciones premonitorias sobre la artificiosidad a la hora de puntualizar el sistema de escritura: “No creo que sea deber abrir el camino a los planteamientos sociales en la literatura. Ellos existen independientemente de ese deseo. Están allí, no pueden ser negados. Me atrevería a decir que dada la gran cantidad de problemas de esa índole que nos agobian, es una tradición que los escritores se dediquen a hacer incursiones desafortunadas en el mundo conturbado de Franz Kafka o hagan perfectísimos pastiches de William Faulkner”. Dos enunciados que parecen incompatibles y que, si nos atenemos a la experiencia literaria transcurrida entre finales de la década de los setentas y el comienzo del nuevo milenio en nuestro país (salvo la de García Márquez, más propicia para la indagación crítica) ambos desembocan en una problemática superada, de hecho, en los estudios teóricos.

En esa dirección, de conceder un elemento significativo a la obra narrativa de Carlos Arturo Truque, nada más apropiado que la “autenticidad”. Los cultores del realismo en sus múltiples derivaciones privilegian, en terrenos más ambiciosos, el contacto con la aldea por sobre el costumbrismo a ultranza. Al incorporar la expresión poética, el modismo y el conflicto social se tornan teóricos, portavoces de un tiempo y una realidad que está siempre ahí, por encima de la voluntad del creador. Con el cuento “Vivan los compañeros” damos cabida a un escrutinio por los vericuetos de la violencia en los Llanos Orientales. La oposición entre cultura y violencia sostiene la gradación del relato, un retablo donde el poder descriptivo se adentra en la psicología de personajes *in situ*. Lectura y escritura —hábitos propios de la enseñanza— son medios facilitadores del conocimiento. En la frase del moribundo, belleza y conocimiento se disputan el triunfo sobre la muerte.

“Sangre en el llano” extiende la atmósfera en simultaneidad esterilizada por acción de las huestes. Por el terreno polvoriento y la presencia de ejércitos en pugna, ciertos textos de Faulkner y de Rulfo se revelan a la conciencia del lector. La violencia política en diferentes zonas del continente americano reporta rasgos comunes, lenguajes y sentimientos consubstanciales al sufrimiento

de las gentes incorporadas al peligro. Una crítica necesaria a la literatura escrita y publicada en los años de la guerra fratricida, inspirada en la crueldad de los acontecimientos históricos, destaca el predominio del documento en menoscabo del carácter artístico de la obra. Con certeza podemos afirmar que, en la visión de Carlos Arturo, lo estético gana la partida al simple testimonio, soporte único en una vasta producción de textos aun en épocas recientes.

La efectividad del proverbio se pone a prueba en “Granizada”, tratamiento de la fe cristiana según la contienda del hombre y la naturaleza, interferido por la religiosidad primaria de una de las protagonistas, resuelto con el sacrilegio de la víctima. El temor a la pérdida del producto, objetivo éste de toda subsistencia, busca el equilibrio en la bondad del fenómeno atmosférico que amenaza la estabilidad de la familia. Recreado por autores cercanos al verismo, el tema se muestra recurrente en asentamientos campesinos y periféricos de las grandes ciudades. Se repite en el cuento “La noche de San Silvestre”, más claramente en las palabras de la vecina como expresión de solidaridad hacia la madre del enfermo. También aquí es derrotada la superstición por la intensidad del momento. La vida huye de los cuerpos sometidos al abandono oficial, al descuido de las instituciones de salubridad, anticipo de lo que vendría a ser, al cabo de unas décadas, el derecho permutado en negocio rentable.

No todos los cuentos de Carlos Arturo Truque abordan la problemática del hombre del campo, acosado por la sequía y la muerte. El amor esperanzado, la vida fabril, la locura, las músicas ancestrales, el olvido y el azar recorren estas escrituras decantadas por la poesía y el epítome de la forma. En estas narraciones contundentes, vivaces, encontramos una de las manifestaciones literarias más afortunadas de la segunda mitad del siglo XX en Colombia.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LAS RAÍCES DE LA ESTÉTICA DE CARLOS ARTURO TRUQUE

Álvaro Morales Aguilar

El año de 1953 es significativo en la vida del escritor y dramaturgo Carlos Arturo Truque, pues en esta fecha el país se entera de la importancia de este intelectual chocoano, nacido en Condoto el 28 de octubre de 1927.

En la fecha que mencionamos, el escritor obtuvo el Premio Espiral con su libro *Granizada y otros cuentos*. A partir de esta raya de la buena fortuna (justa compensación a la calidad de su escritura literaria), los éxitos se acumulan en el corazón de quien merece un lugar destacado en la literatura nacional: en 1954 obtiene el tercer premio de la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia por su obra *Vivan los compañeros*. Cuatro años después, repite el tercer lugar en el Concurso Folklórico de Manizales y corona el primero de El Tiempo para su cuento “Sonatina para dos tambores”. En el año de 1965 su cuento “El día que terminó el verano” recibe mención en el Quinto Festival Nacional de Arte. En el extranjero, porque su obra trascendió la patria, recibe un premio por su drama “Hay que vivir en paz”, en el Festival de Berlín (RDA).

LOS AÑOS DUROS

Aquella confesión que Carlos Arturo Truque A. hiciera para la revista *Teorema*, (número 1, septiembre de 1975), es un testimonio vital, atormentado y esperanzado. Allí se encuentra uno inmerso en los hechos más protuberantes de su vida horneada a peso de injusticias y atropello propinados por una sociedad cuyo signo predominante es el azote y el garrote para quienes tienen la desfortuna de no venir al mundo apadrinados por el privilegio de la riqueza y del apellido, incluso por la piel desteñida. El testimonio propulsado desde las apetencias de un Yo, que se desahoga en un amplio espacio de voz y de papel, tiene la especial estructura de un estilete que llega hasta el alma del lector para herirla con su espiga trémula de una pesadumbre con arrugas anclada en las aguas interiores del escritor.

Allí nos enteramos de su infancia, de su aplicación como excelente alumno y la injusta exclusión del maestro que lo priva del reconocimiento a que se ha hecho merecedor por su dedicación, por aquel tesón del niño que, sabiéndose habitante de un mundo lleno de crueldades y de miramientos despreciativos, se propone conquistar el mundo adverso con las armas siempre en ristre del saber, de la virtud. De aquella experiencia amarga, dice el escritor: “El maestro seguía en su sitio. Lo miré con rabia, con un odio capaz de causarle la muerte, con una furia igual a la del hombre a quien dan una palmada que no se ha merecido.” Aquello fue en Cali, a donde llega a estudiar, (abandonando su Condoto raizal), en la Escuela Pública de San Nicolás.

Aquello que un adulto puede juzgar a la ligera como un pasajero incidente, no tiene en el niño la misma dimensión. De allí que el escritor hubiese recibido la afrenta con la misma significación de una herida sin posibilidad de cierre ni de cicatrización. Él comenta al respecto: “El incidente que he narrado trajo consecuencias irreparables. Yo era un introvertido y desde entonces lo fui más. Me acostumbré a hacer una vida para ser gozada sólo por mí. Y fui desarrollando un crudo egoísmo que hubiera llegado a destrozarme, si no hubiera tenido la pasión de llenar cuartillas. Eso constituía

una especie de compensación para mi anormal comunicación con el mundo exterior. Hallé una forma de volcarme sobre él, de hacerlo partícipe de mi mundo y participar a mi vez del suyo.”

Las amargas de Carlos Arturo Truque no acabarán allí en la infancia. Como miembro adulto de una sociedad rajada en antagonismos de clase, saturada de prejuicios de toda índole, sufrirá los golpes de la censura a sus cuentos que no podían caber en los periódicos y revistas, en donde se tropieza con aquella traba de las “jefaturas de redacción y la insolencia de los pontífices” que, rectores del gusto del momento, consideran sus trabajos literarios impúblicables porque contenían muchas “palabras feas” que podían lesionar oídos y ojos que califican la escritura literaria del escritor Truque la llaman “literatura sucia”.

Quiero acabar este aspecto con una cita bien larga del escritor que me sirva de pie de apoyo para plantear el asunto de su estética particular y de sus raíces, como sigue

Creo que tengo la suficiente autoridad para hablar de los problemas que he sufrido en carne viva; es más, creo que los hombres que se inician y trabajan por hacer una gran obra que enorgullezca las letras patrias, me comprenden. Ninguno de ellos ha podido librarse del hambre, del sufrimiento, de la incomprensión de los dómines, de las críticas del clan, de la mirada sardónica de los reyezuelos de redacción y de los gritos de espanto de las viejas beatas que se han apoderado de la cultura nacional... (Truque 2004)

EL HORNEAMIENTO DE UNA ESTÉTICA EN TRUQUE

Cuando nos acercamos a la vida de un escritor y buceamos en las circunstancias internas y externas que lo contextúan en su vida social, descubrimos, a veces con una lucidez apabullante, las causas que resortan su postura estética, que es el resultado de muchas fuerzas regidas por la ley universal de la dialéctica con sus componentes de tesis, antítesis y síntesis.

Explicitemos esta formulación general de alguna manera como sigue para el caso de Carlos Arturo Truque: el escritor nació en una

región colombiana *sui generis*, el Chocó, paradójicamente rica y miserable a la vez; olvidada y menospreciada por el Estado y por los gobiernos pese a su riqueza, pero por ello mismo expoliada y saqueada por extranjeros ávidos de riqueza. De esa circunstancia natal dice el escritor:

Nací en la era mecánica, en un pueblo que la desconocía. Cualquier pueblo de Colombia, de esos que se quedan en un remanso de la civilización y que conservan como tesoro máspreciado lo elemental en la existencia. Hasta mis ocho años no conocía las barreras que separaban a unos de otros. Como el pueblo era pobre, nadie pensó nunca que la riqueza era un factor para brillar y valer más que los que no la poseían. Siendo un pueblo de negros, nadie imaginó que las diferencias de pigmentación pudieran abrir abismos insalvables y ser usadas para establecer la dominación y el repudio de quienes se consideraron inferiores... (Truque 2004.)

Luego viene, en la nostalgia desgarrada de Truque, aquel nefando y nefasto suceso de la humillación, de la vejación a que lo somete la ácida experiencia en la Escuela Pública de Cali y que signa el alma del niño Truque en forma dramática y traumática. Yo no quisiera hacer pasar como asunto mío la hondura de la herida y por ello consigno estas palabras del escritor que dan la dimensión exacta de lo que significó para él ese hecho de menosprecio:

Vine, si puede decirse, limpio a la vida. Esta me enseñó bien pronto la lección que el bueno de mi pueblo no se había podido aprender: que el mundo está fundado sobre valores bien diversos y, como la vida no da nada sin arrancar un dolor, este conocimiento me desgarró y destruyó lo más puro que puede tener un ser humano: la fe en la ajena bondad.

Sucedió de la manera más sencilla. Desde el pueblo fui trasladado a Cali, que por entonces empezaba a tener aires de gran ciudad, y matriculado en la escuela pública de San Nicolás... (Truque 1993.)

Después, el doloroso relato de la depredación a que fue sometida su virtud, su mérito como estudiante consciente del menosprecio, de la repulsa a que, por su condición de negro, era sometido

y dispuesto a frentear esa supuestas inferioridad con el ejercicio de la inteligencia como forma de darle la batalla a la exclusión sin recibir la justa recompensa a su valía, pero si menos el menos-cabo aumentado por la ironía, pues, en lugar suyo, fue premiado, ensalzado, el primero de su grupo, “un tartamudo que nunca pudo encontrar la manera de dar una lección en forma correcta; porque, a más de tartamudear, nunca se las aprendía.” Los incidentes posteriores que están relacionados con las actitudes excluyentes de la sociedad colombiana, en especial la andina, a donde el escritor Truque arriba (como hemos hecho casi todos los provincianos que hemos gozado del privilegio del estudio en la capital del país, o que hemos bajado anclas momentáneamente en ella) y a la cual pretende ofrecer los frutos de su ejercicio creativo, se constituyen en otros ingredientes que van a dar como resultado el reforzamiento de sus frustraciones que ya tenían largas raíces. En suma; la inacabable lista de experiencias desgarrantes que vulneran sin tregua ni cuartel la sensibilidad de un artista que es Truque, su condición de persona, de ser humano cuya mentalidad trasciende los miramientos estrechos y vergonzantes de la sociedad colombiana-andina de su momento, se sintetiza en él en la búsqueda afanosa, en la exploración afanosa de su talento para revertir tanta soledad, tanta pesadumbre, en un acrisolado temple estético, artístico con que dar cuenta de ese horripilante mundo de atropellos, de ultrajes a los humildes entre los cuales se encuentra él. Otros han escogido diferentes caminos. Otros negros, quiero decir. Cuántos de ellos, ampliamente conocidos, han transitado por los senderos tortuosos del arribismo, de la servidumbre a los poderosos opulentos; cuántos no han aceptado andar a la zaga de los manejadores de la sociedad colombiana en todos los órdenes. Muchos han repetido, en la época actual, el pasado histórico que los hizo parte integrante de la trietnia cultural que es la razón de ser de nuestro país y de América Latina.

Truque, siempre erguido, íntegro, moralmente limpio, afiló su poderoso talento literario, nutrido de lo más granado de la literatura universal (porque era una hombre culto, porque para escribir bien hay que leer bien y bastante), y con una voluntad fabricada de hierro persistió hasta lograr romper la espesa cáscara de la me-

diocridad, de la cursilería que dominaba la literatura colombiana de su época, arbitrada por los pontífices retardatarios que siempre ha tenido la literatura colombiana, especialmente en la supuesta “Atenas Suramericana.” Y Truque se hizo oír y respetar. Peleó a letra partida y a letra entera para ocupar un puesto meritorio en la literatura colombiana, así su reconocimiento pueda resultar tardío. Eso no importa, que esa es la recompensa de los verdaderamente grandes.

Pero regresemos al asunto de la conformación de la estética en Carlos Arturo Truque: si nos remitimos al aparte en donde hicimos referencia al resultado a que conduce al escritor el incidente de la infancia en Cali, hayamos unas huellas frescas que vale la pena revisar para llegar hasta el nacimiento de una vocación, del desarrollo del talento literario del autor:

Él dice del recrudescimiento de su introversión como efecto de la injusticia cometida, habla del recrudescimiento de su egoísmo atemperado, neutralizado por la “pasión de llenar cuartillas,” lo que equivale a considerar el hecho como una forma de sublimar aquella tendencia del yo a encerrarse peligrosamente en sí mismo, en el resentimiento represado a punto de estallar en actos destructivos. El Yo de Carlos Arturo Truque condensa el dolor, la ansiedad, la angustia en la creación literaria, con lo cual Freud nos asiste en la cabecera del origen de la obra de arte, o del arte a secas. Truque confiesa:

[...] Y fui desarrollando un crudo egoísmo que hubiera llegado a destrozarme, si no hubiera tenido la pasión de llenar cuartillas. Eso constituía una especie de compensación para mi anormal comunicación con el mudo exterior. Hallé una forma de volcarme sobre él, de hacerlo partícipe de mi mundo y participar a mi vez del suyo. Y nada fuera de lo común habría sucedido, si la actividad literaria cuando se posesiona de un hombre no le restara capacidad de actuar en otros campos; pero la creación exige la entrega absoluta, la rendición incondicional, el sometimiento a todas las contingencias...

Ya hay aquí una pauta, una guía que nos sirve para detectar el criterio estético que movía la creación del escritor Truque: el trabajo constante, persistente como forma de reducir el lenguaje discolorado

y refractario a la calidad de artístico. Igualmente, sus palabras sirven para confirmar la base general del ejercicio literaria en todos los escritores de calidad. (Truque 1993.)

Otro aspecto que está en la raíz de la estética literaria de Carlos Arturo Truque es la adopción de una línea política de una toma de partido en pro de los desfavorecidos, de los oprimidos; es la exacta consideración de que el problema del negro en Colombia o el mundo entero no es un asunto de pigmentación, sino que es un asunto político, es un asunto de la división de la sociedad en opresores y oprimidos, en explotadores y explotados. Ello lo llevó a ubicarse políticamente en la margen izquierda, en la vereda de los pobres, de los proletarios, de los miserables. Por ello sus cuentos se alimentan, en lo social, de los problemas del proletariado tanto urbano como rural. Truque era enfático en señalar ese contenido social de sus obras y tenía claridad sobre el rechazo a sus cuentos en razón de esa solidaridad social con los oprimidos:

Para quienes quieran una forma artística, nutrida de las condiciones de vida de la gran masa del pueblo colombiano, el camino está vedado. Truque, pues, pertenece a esa serie de escritores latinoamericanos que afincan la creación literaria en la vida popular (rivera, Icaza, Azuela, etc...) para ofrecer a los lectores los horrores, las gestas, las tristezas y las esperanzas de las musas subyugadas por clases sociales que generan su bienestar y esplendor de la miseria de los grupos sociales que en Colombia medran por las razones señaladas y denunciadas en sus cuentos y dramas. La estética del escritor chocono vislumbra la responsabilidad del escritor con estas palabras:

No deben olvidar nuestros europeizantes que las épocas más floridas de la literatura universal han estado normadas por los pueblos y los escritores no han sido meros escribanos, artesanos por mejor decirlo, de la voluntad popular. (Truque 1993.)

Y bien, si Carlos Arturo Truque se nutre socialmente, para construir sus universos literarios, en la vida de los oprimidos y explotados del campo y de la sociedad, necesariamente tenía que

romper con el lenguaje que en el país se tenía por literario en su momento. Por ello él afirma:

Desde el conocimiento personal del mundillo literario capitalino, afirmé mi convicción sobre el destino futuro de nuestras letras y adquirí la fe profunda de su salvación por hombres que pudieran acercarse al elemento popular y tratarlo de una manera nueva, alejada del academicismo y del purismo señalándole un derrotero, no confundiéndolo con las tediosas disquisiciones, dudas, problemas y soluciones copiadas de las lecturas de los clásicos modernos. (Truque 1993.)

Entonces uno disfruta en los cuentos de Truque del lenguaje vernacular, de giros y expresiones utilizadas por el pueblo para reflejar el mundo y su mundo. Es un lenguaje musculoso, lleno de vida, que aún hoy se mantiene con un verdor que asombra. Y no cae en localismos ni regionalismos intraducibles, sino que logra, a través del manejo de la polisignificación del lenguaje mismo, hacerlo comprensible contextualmente. Truque es un pionero en el país en el tratamiento de lo popular sin los lastres del costumbrismo tan propio de nuestra literatura del siglo XVIII y XIX. ¿Y cómo ha logrado el condoteño esto que afirmamos? Incuestionablemente a partir de un análisis erudito de lo que es más que meridiano. Oigámoslo:

[...] La enseñanza de los ecuatorianos y su vigorosa novela, conocida y universalmente, es digna de ser seguida. Ese pequeño pueblo ha tenido el valor de presentar a la faz del mundo sus problemas sin avergonzarse por ello. Eso le ha valido un sitio que los equivocados pontífices nuestros no han podido obtener en el concierto de las naciones cultas de la tierra. Porque para llegar a la universalidad hay que partir de los elementos que se tienen a la mano y laborar con ellos en planos elevados de la creación. Lo contrario, el sometimiento irrestricto a las culturas foráneas, sólo puede dar por resultado el arte imitativo, sin base de sustentación y sin valor alguno. (Truque 1993.)

Es ésta una brillante enseñanza para los escritores que no han podido rebasar los límites estrechos del corral, del patio cuando han querido (cuando han tenido el loable propósito de hablar de sus asuntos) darle validez universal a los acontecimientos locales, regionales.

Y, por último, debo recabar en que la estética de Truque siempre tuvo como soporte la certeza de que su tarea como escritor estaba bien encaminada, de que no debía claudicar ante el gusto por la cursilería y la mediocridad impuesta, manipulado por los “pontífices” interiores, andinos: de que haciendo literatura por y para los humildes, para el pueblo y no para las damas encopetadas de la burguesía colombiana, cumplía con honestidad con su magnífico oficio de escritor. He aquí una nota de optimismo que ayuda a escribir y a vivir:

Tengo, eso sí, una fe profunda en la fuerza de los humildes. Sé que vendrán otros hombres y harán accesible el camino a los que vengán detrás de nosotros con idénticos anhelo. A ellos tocará la vida limpia que no hemos tenido oportunidad de vivir. Mientras tanto, es nuestro deber sostenernos firmes para no hacernos acreedores a su desprecio.(Truque 1993.)

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LA FUERZA DEL MESTIZAJE

Omar Ortiz Forero

Carlos Arturo Truque (Condoto, Chocó, 1927– Buenaventura, 1970), publicó en 1955 una declaración de principios vitales que tituló: “La vocación y el medio. Historia de un escritor”, donde plasmó su lucha con la adversidad, su toma de partido frente a la gran tragedia nacional, que como bien lo anotara Jorge Gaitán Durán comenzaba por la carencia absoluta de principios éticos. Desde su más tierna infancia entendió que el ser negro y pobre era una circunstancia que lo condenaba a la exclusión y al atropello. Mas, dueño de un férreo carácter labrado por su aguda inteligencia y a la temprana comprensión de un sistema social y económico que no solo lo condenaba a él sino a la mayoría del pueblo colombiano, se dispuso a dar la pelea con la única arma que le era posible, el don de la palabra. Fue así como se entregó de manera absoluta a la creación por medio de la actividad literaria. Actividad que lo llevaría a alejarse de los mundillos literarios de entonces, permeados por una poesía llena de buenas costumbres, estableciendo en su vocación de escritor una relación profunda con la poética de Vallejo y con los autores latinoamericanos que comenzaban a cuestionar, desde sus particularidades, la tendencia eurocentrista del oficialismo gacetero. Y señala: “No deben olvidar nuestros europeizantes que las épocas más floridas de la literatura universal han estado normadas

por los pueblos y los escritores no han sido meros escribanos, artesanos por mejor decirlo, de la voluntad popular”.

Este arraigado compromiso con su entorno y con su época lo llevaron a definir el cuento como: “la descripción exhaustiva de un momento vital”, que para su verdadera finalidad literaria debe dejar atrás el mero relato de costumbres o los habilidosos artificios que enmascaran el lugar común, para, mediante la personalidad y la independencia del escritor, dar una síntesis intensa y suficiente del instante en que se vive. Anota Truque, “El escritor en Colombia, país de los derechos humanos y del civilismo, no tiene la libertad requerida para el cumplimiento de su misión; porque cuando no es el apéndice mendicante de un partido, se le hace imposible el acceso a los medios de divulgación, única manera de salir del anonimato en nuestro medio carente de una industria editorial bien orientada”. Sí a estas palabras pronunciadas en una entrevista de 1960, cambiamos partido por ideología o institución oficial, encontramos que se encuentran plenas de vigencia.

Carlos Arturo Truque se da a conocer nacionalmente en 1953 cuando su libro *Granizada y otros cuentos* gana el premio Espiral de ese año. Posteriormente su cuento “Vivan los compañeros” obtiene el tercer premio en el concurso de la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia en 1958, y en 1965 su cuento “El día que terminó el verano” obtuvo mención honorífica en el V Festival Nacional de Arte.

Leer los cuentos del autor chocono que se recogieron recién en el libro *Vivan los compañeros. Cuentos completos*, editado por el Ministerio de Cultura, en su Biblioteca Afrocolombiana, es reafirmar esa sensación que hace rato nos ronda en el sentido de que la historia de este país se encuentra no en sus libros de texto sino en su literatura. Cada uno de los cuentos de Truque contiene situaciones propias de la interminable cadena de tropelías, de violencias con que una minoría privilegiada carga y abrumba a la gran mayoría de la población, manteniéndola de generación en generación en la más abyecta ignorancia y en la peor de las supersticiones. La “Granizada”, por ejemplo, repite el drama de los cultivadores de papa que muy recurrentemente ven sus cultivos arrasados por la inclemencia de las plagas o del tiempo, perdiendo en ello su tierra,

su trabajo y su sustento. El cuento nos sitúa en un amanecer que amenaza granizo poniendo en peligro la cosecha ya perdida antes por una plaga de gusano. Para sembrar de nuevo Eulalia, Bernardo y Anselmo, la familia campesina que ilustra la historia, recurren a una hipoteca bancaria que en su momento se presenta como la salvación, “Gracias a Dios y al Banco...”, exclama Eulalia, pero que con la llegada de la nueva catástrofe los condena a perder la finquita, según lo anunciado por el doctor Mendieta. Lo interesante de lo planteado, es que Truque hábilmente relaciona divinidad y dinero como las imágenes, las creencias, que pudiendo ser el remedio de los males que afectan a los protagonistas son realmente la causa de sus desgracias. Hace poco leí en alguna parte que un filósofo europeo afirmaba que Dios no ha muerto, que ha sido remplazado por el Dinero, lo que nuestro autor demuestra desde 1953 es que siempre han sido la misma y perversa cosa.

Otro ejemplo de esta condición de sumisión supersticiosa con que nos esclavizan la da el autor en su cuento “El Collar”, donde narra de forma concisa y magistral la muerte por hambre de una anciana luego de colocar un collar de gruesas pepas oro en la imagen de la Virgen mientras era sacada en procesión de la iglesia.

Razón tiene Eduardo Pachón Padilla, cuando en su libro “Antología del Cuento colombiano”, afirma: “*Granizada y otros cuentos* es un palpable alegato de crítica social a la forma como ha sido distribuida la riqueza, correspondiéndole a unos, la mayoría, todas las cargas y obligaciones, y a los otros, el pequeño grupo de los favorecidos, el disfrute pacífico y sosegado de sus haberes, que se aprovechará de esta posición con singular avidez haciendo más dura y mísera la suerte de los asalariados”.

La violencia, el conflicto armado que nos desgarran desde los inicios de la República también es para Truque objeto de sus preocupaciones y ocupaciones narrativas. En varios de sus cuentos están detallados episodios coyunturales en la saga de confrontaciones armadas que con diversos camuflados se repiten año tras año. En “Vivan los compañeros”, un título de claras connotaciones vallejianas, recordemos que el poeta peruano en “España, aparta de mí este cáliz”, dice: “Solía escribir con su dedo grande en el aire:/ ‘¡Vivan los compañeros! Pedro Rojas’,/de Miranda de

Ebro, padre y hombre,/marido y hombre, ferroviario y hombre,/ padre y más hombre. Pedro y sus dos muertes”, se recrea la guerra del llano, lo mismo que en el cuento “Sangre en el llano”. Pero es en “Lo triste de vivir así”, una historia de conflicto conyugal provocado por el desempleo crónico del marido donde aparece una reflexión del protagonista que bien podría servir para ilustrar de la mejor manera la situación actual de muchos de nuestros compatriotas. Dice el personaje principal que curiosamente no tiene nombre:

—El Presidente promete la paz y el trabajo para todos—¡Qué desfachatez! —grito a mi consorte—. ¡Qué paz ni que trabajo! ¿Qué me va dar este marrano a mí? Acaso su paz no sea la de un balazo en la sien, urgido por el arriendo, la luz y el agua cortadas, si no los pago. En fin, por rodo esto que estamos viviendo. Que no me metan a mí tanto cuento. Sé que son unos mierdas y ninguna declaración me va a hacer cambiar de opinión. Desde que tuve uso de razón están diciendo lo mismo. Y todavía no he visto el primero que haya cumplido. Estos engañan a los pueblos, les roban sus votos y después los ametrallan en las calles, los encarcelan y, lo que es peor, los matan por el hambre y la miseria. Prometen, prometen y uno se queda esperando. Lo que no comprendo es cómo hay tantos pendejos que aún creen en ellos. (Truque 2004.)

Naturalmente su condición de hombre del litoral, del hermoso y trágico Pacífico colombiano, también es objeto de su observación ficcional, “Sonatina para dos tambores” es un escrito que está concebido desde la cadenciosa música de la costa Pacífica, el currulao, la juga, el movimiento de los cuerpos que se mecen provocadores al son de los cununos y los guasá, el sudor, los tragos de biche, el reclamo de las coplas sirven de fondo erótico a una muerte implacable. Sin embargo para mi gusto es en “El Pigüita”, donde mejor se expresa la desgarradora realidad que desde la llegada de los barcos esclavistas marca a Buenaventura con la herencia de no tener asidero en el mundo.

Y, no puede faltar en la pequeña gran obra del condoteño lugar para el amor y el desamor, son varios los cuentos que abordan desde diversas miradas la problemática de los afectos, como “La

muerte tuvo cara y sello”, cuento con características narrativas al mejor estilo de Rubén Fonseca. De otro lado, en “Martín encuentra dos razones” nos mete en una historia con trasfondo moral. Pero quiero detenerme en el cuento “El día que terminó el verano”, por la manera como aborda el recurrente tema del amor de dos hermanos por una mujer. En este caso, un hermano ha muerto dejándole al sobreviviente su amante que la recibe en medio de un verano tan calcinante que el agua no alcanza para suplir las decorosas necesidades del baño, apremiante para calmar los humores producidos por el calor que hacía que el sudor bajara “de la cabeza al vientre y del vientre a los genitales; y, sobre todo, con ese vaho agrio que subía por caminos misteriosos hasta la nariz”. Hay un manejo magistral entre la resequedad y la humedad del deseo sexual que va deslizándose por la narración hasta copar todos los objetos de la casa, incluidos los cuerpos del hombre y la mujer atrapados en el verano y en espera de la lluvia redentora, que cuando cae explota nutricia como las piernas gruesas de Mercedes que desnuda llena el campo de vida, dando fin a un inclemente verano.

No cabe duda que Carlos Arturo Truque, junto a Hernando Téllez, son los precursores de la vigencia del cuento como fuerza narrativa, muestra y vigencia incomparable de una poética que hasta en lo atroz, es lacerantemente bella.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

**CARLOS ARTURO TRUQUE Y
LOS PREMIOS LITERARIOS**

Eduardo Pachón Padilla

A mí me complace hablar sobre un gran amigo, una persona que yo quise mucho, que respeté bastante y que es uno de los grandes valores colombianos al que todavía no se le ha hecho justicia en el lugar que le debe corresponder en la literatura colombiana: Carlos Arturo Truque.

Él era una persona muy responsable en literatura, era culto y sobre todo, él hizo descubrir una región que en el folklore era conocida pero en la literatura era inédita. Me refiero al departamento del Chocó. Además, Carlos Arturo Truque fue el primero que escribió en sus cuentos algo que el puritanismo colombiano no se había atrevido a principios de la década del cincuenta a expresar literariamente: el sexo.

En sus primeros cuentos del año 53, en “Granizada”, él expone allí la música del Chocó, que como ustedes saben, tiene un gran ancestro africano, esa manera de ser del hombre chocoano, de vivir el diario, lo cotidiano, sin pensar en el mañana. Y él es para mí el primer representante del “Realismo social en Colombia”. El realismo social en Colombia tiene su primer autor en Antonio García quien era un intérprete de la literatura ecuatoriana y escribía más sobre la literatura ecuatoriana que sobre la literatura colombiana.

Escribió en 1934 (Antonio García) un libro muy importante: “Colombia S.A.” Ahí reprodujo él, los primeros cuentos de protesta social o sea el Realismo Social en Colombia. Pero los cuentos de Antonio García, escritos entre los veinte y veintidós años de edad y con una técnica un poco primitiva, fueron frustrados; pero vale por lo importante de ser el primero en haber denunciado la jornada máxima en Colombia que era de 14 a 15 horas; se adelantó al Código Laboral Colombiano y a las leyes laborales que vinieron a partir del año 44 y el libro, como ya les dije, fue publicado en el 34. Después vino José Francisco Socarrás. Eran unos cuentos más estructurados que los de Antonio García, pero menos espontáneos y menos originales... y ahí fue cuando vino Carlos Arturo Truque. Un poco después de Socarrás, pero lo cuentos de Carlos Arturo Truque le llevan a los de Socarrás y a los de Antonio García en que son más espontáneos, más importantes, más originales y con más raigambre en nuestro suelo colombiano.

Las tres modalidades de Carlos Arturo Truque, son el realismo social y el regionalismo, que son la mayoría de los cuentos de *Granizada* y uno de los mejores cuentos que fueron escritos después de publicado el libro es *Vivan los compañeros*, que para mí es uno de los grandes cuentos colombianos, antológico por su pureza, por su ternura, por tantos motivos que tienen los cuentos bien logrados y que habla de un personaje del que no se había hablado en los cuentos de la violencia, ni antes ni después: El estudiante incorporado a la guerrilla.

Carlos Arturo fue muy de malas: porque cuando concursó por primera vez con “Vivan los compañeros” ocupó el tercer lugar, porque el primer lugar tenía que ser para García Márquez, porque García Márquez nunca había sido inédito en Colombia. Es decir, que empezó desde el año cuarenta y siete cuando él tenía veinte años y ya era una persona de quien todo el mundo decía iba a ser muy importante. Y él nunca se exponía en un concurso colombiano a no ser por el primer premio. Yo lo digo públicamente; que siempre que él iba a un concurso, sabía que se ganaba el Primer Premio y uno de sus grandes difusores era Álvaro Mutis, su jefe de propaganda. Pero Álvaro Mutis decía, ustedes son tan ignorantes, le decía nada menos que a Hernando Téllez, el hombre que ha tenido el mejor

gusto literario colombiano; le decía (dentro del jurado): si tu no premias a Daniel Arango que es muy inteligente pero no tiene nada que ver con la literatura colombiana, nada más que dos ensayos, uno que ha escrito sobre Porfirio Barba Jacob, muy equivocado, y otro sobre Silva, también muy equivocado, pero muy brillante, (a ese lo ponían de jurado en todos los concursos y no leía); entonces le dieron el premio a García Márquez. El otro jurado, era el maestro Amaya, que tampoco leía, y José Hurtado, que también era un bohemio que no leía. Entonces, prácticamente el único que medio leía, era Téllez, (el único); entonces tenían que dar el premio y quizás pasó inadvertido “Vivan los compañeros.” Es muy duro que “Un día después del sábado”, a pesar de ser un gran cuento Faulkneriano, es muy discutible cuál es primer premio: si el de Carlos Arturo o el de García Márquez. Por lo menos ha debido ser segundo premio y el segundo se lo dieron a un señor de Santander que era un maestro casi ya para jubilarse, un señor que nadie reconocerá.

En el segundo concurso que fue el de la Primera Feria de Manizales en el año 58, ocupó otra vez el Tercer Premio con otro de sus grandes cuentos, “Sonatina para dos tambores”, y le dieron el premio a Manuel Mejía Vallejo, que también es otro de los favoritos de los concursos, pero que ya últimamente está agotado y lo ponen entre los que figuran por su prestigio, pero que ya no debe estar nunca entre los primeros, pues por lo menos su última novela, “A la sombra de tus pasos” es muy mala. Malísima y prácticamente no sé porque Planeta se la publicó. Entonces en el concurso de Manizales del año 58 le dieron el premio a Manuel Mejía Vallejo y el tercer premio desgraciadamente a Carlos Arturo, siendo el suyo el mejor cuento de los tres. Ahí sí, indudablemente no había García Márquez; el mejor cuento sin lugar a dudas era “Sonatina para dos tambores”

El mejor cuento de Carlos Arturo, en mi concepto, es “El día que terminó el verano.” Es un cuento muy bello, muy realista, se sale ya del regionalismo y del cuento protesta. Ese cuento, yo luché, yo fui jurado en el V Festival de Cali en 1955, para que fuera entre los premiados, el primero, y Manuel Mejía Vallejo me dijo: ¡No!, ese cuento está copiado de uno mío...ese cuento no, y le dije no, ese cuento es de Carlos Arturo, yo le conozco el estilo, es de

Carlos Arturo. Después un día me llamó y me dijo: ¿Sabes que el cuento de Carlos Arturo era muy bueno y yo cometí el error de no apoyarte? El otro jurado era el loco Bejarano, que nada tiene que ver con la literatura sino con otras cosas importantes, entonces no se le dio siquiera el segundo premio, ocupó el décimo lugar. Carlos Arturo ocupó uno de los últimos lugares en ese concurso, contra el dolor mío. Yo he hecho varias antologías del cuento colombiano. El primer cuento suyo que incluí fue “Granizada,” pero después siempre en las dos antologías, en la del 80 y en la del 85, el mismo cuento de Carlos Arturo, “El día que terminó el verano”. En cambio, de los otros nueve cuentos no puedo incluir ninguno, ninguno de esos cuentos son antológicos, ninguno de los que ganaron al de Carlos Arturo.

Entonces, Carlos Arturo nunca ha tenido suerte en los premios. Pero por el valor vales, lo que se impone es la persona que vale y la posteridad es lo único importante. Así, que hoy es un día muy importante. Hoy debiera cumplir Carlos Arturo 60 años y vuelvo a repetir, yo me siento muy complacido con la familia Truque de que recuerden a ese hombre tan importante en la literatura colombiana y a ese buen amigo.

(Palabras de Eduardo Pachón Padilla, el 28 de octubre de 1987, en la casa de la Amistad Colombo Checoslovaca, con motivo del 60 aniversario del nacimiento de Carlos Arturo Truque.)

**LA HUELLA PERENNE DE
CARLOS ARTURO TRUQUE**

Carlos Orlando Pardo

Por los años setenta del siglo pasado, quienes empezábamos a publicar nuestros primeros cuentos teníamos sed por conocer a quienes lo hacían en Colombia y no fue difícil tropezarnos con las referencias a Carlos Arturo Truque. La primera la tuvimos mi hermano Jorge Eliécer y yo a través de Roberto Ruiz conversando con admiración por su trabajo y su militancia en las filas de la rebeldía. Nosotros veníamos de la discriminación política en el Líbano y nos gustaba que existiera un cuentista encarnando lo que deseábamos ser por aquel entonces. Leímos sus primeros relatos que aún despiertan emociones y cuando por las noticias nos enteramos que había muerto tan joven, tan sólo unos 42 años, una honda tristeza, de las que tanto tuvimos años después, se quedó instalada en la mesa de conversación en el café y en el calor de la memoria.

Al aparecer su libro en la colección de literatura colombiana que hiciera el poeta Jorge Rojas y adquiríamos a tres pesos en cualquier esquina, la ocasión no ya de leerlo aislado sino en un solo volumen, por pequeño que se enjuiciara, nos dejó verlo más de cuerpo entero. Desde entonces Carlos Arturo Truque ha permanecido entre nuestras devociones y fue acrecentándose el conocimiento sobre su vida y obra con los análisis de admira-

dos amigos y maestros como Germán Vargas Cantillo y Eduardo Pachón Padilla, cuyos juicios sobre el relato en el país siempre fueron certeros. Después tuvimos la fortuna de la estrecha amistad con la excelente escritora Sonia Truque, una de sus tres hijas y el fresco sobre el desaparecido autor del Chocó nos quedó más cabal, pero los detalles finales pudimos saborearlos con la salida de sus Cuentos Completos cumplida por el Ministerio de Cultura en el 2010.

Rumbo a cumplir más de cuatro décadas de su partida, el nombre y la obra de este autor luminoso sigue siendo una referencia obligada para quienes quieran conocer de verdad el desarrollo del género en Colombia. No se trató de un escritor que buscara la celebridad ni convertirse en una pequeña vedette de las que tanto vemos desfilar por los periódicos y los cocteles, sino de alguien auténtico, sin falsas poses ni afectaciones en lo que hacía ni lo que escribía. Por eso logró hacerse a un estilo que es fácil de identificar tanto en su temática como en la forma de abordarla. Toda la intensidad del drama de vivir en medio de las dificultades y la injusticia, trátase del llano o la montaña, mírese desde la interioridad de sus personajes, conducido por la sencillez y las palabras que no tienen máscara, instalan para siempre una impresión inolvidable alrededor de sus relatos.

La forma en que van conduciéndose sus diálogos concisos y breves, lejos de aquella retórica falsamente poética de aquellos años, el mundo que va logrando crear y la atmósfera que queda en el lector después de leerlo, jamás nos deja indiferentes. Algo ha cambiado en nosotros y aquí está parte de la magia de un seductor literario que logra maestría.

Precisamente por hallar tantas cualidades en su prosa que han sido para hoy motivo de estudio en no pocas partes del mundo y aquí en el país lo ha hecho con tanta propiedad el escritor y crítico Fabio Martínez, no puede uno menos que recomendar su difusión. Recuerdo que en mis tiempos de maestro leía a los estudiantes cuentos de Truque y daban lugar a discusiones mostrando el impacto y causando reflexión en los muchachos. Lo que se entendía claramente era cómo, si bien es cierto nos refería un mundo que conocíamos o si no intuíamos a nuestro alrededor, se trataba de

un autor que nos mostraba las diversas caras de la realidad social y política de una comunidad o de unos personajes y se iba a bucear en sus pensamientos y delirios, sus angustias y sus inquietudes frente a la desmesura de la injusticia y el desequilibrio. En cualquier lugar que se desarrollaran sus historias era la condición humana lo que primaba porque al fin y al cabo es la esencia de la literatura. Y para ello no se requería estar clasificado didácticamente en lo que llamaron en un época el realismo o la narrativa de la violencia, por ejemplo, sino la forma en que iba conduciendo sus textos con economía de lenguaje, con precisión en el señalamiento, con brevedad de relámpago pero sonoros como un trueno. Era en esencia la gran literatura.

Me cuenta Jackie, mi esposa, profesora de literatura en secundaria, que ha leído con sus alumnos algunos de los cuentos de Carlos Arturo Truque y para los días que corren el impacto sigue siendo importante. Lo que significa de manera simple que estamos frente a un clásico del género, a uno que corre parejo con el tiempo y queda en la memoria.

Ya se olvidaron los diversos concursos que ganó, su vida trashumante y hasta sus ejemplarizantes textos periodísticos y el ensayo sobre el cuento en Colombia que tanto nos enseñó en su momento, pero no su obra que sigue caminando a pesar de la indiferencia editorial y la falta de comentarios que equilibren la balanza sobre su trascendencia. De allí que la edición homenaje que cumpliera el Ministerio de Cultura y la tarea que sigue desarrollándose para no dejar en la indiferencia su labor creativa, sea digna de encomio. Nosotros, entre tanto, seguiremos con su nombre en los labios pronunciándolo con sentido orgullo.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LO SOCIAL EN LA CUENTÍSTICA DE CARLOS ARTURO TRUQUE

Edgar Sandino Velásquez

La libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, a pensar y hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar; ni hablar.

Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa no es un hombre honrado.

José Martí.

Temblando, descubijó al pequeño, tocó su manita, escurrida como muerta: oyó su corazón que ya se moría, y le midió la fiebre altísima con el dorso de la mano. Luego volvió a la puerta, para ver llegar a su hombre, con el saco al hombro, su figura inconfundible. Lo esperó.” Este es apenas un párrafo de “La noche de San Silvestre. (Truque 2004).

Como lector, como hombre que leo, me confundo frente a toda esta carga de ternura y desolación. No hay palabras que atinen a capturar esa sensación que se vive frente a un hecho, que entre nosotros, de puro cotidiano, ha perdido vigencia. Todo desposeído, todo hombre que ha sentido la soledad, el frío, el miedo y la angustia del hecho de existir y que necesariamente tiene que en-

contrarse aliado con quien lo exprese, no solo en su pena, sino en su esperanza.

Hay hombres, dice Martí, que viven contentos aunque vivan sin decoro, hay otros, sigue diciendo, que padecen agonía cuando no hay decoro a su alrededor. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Y el decoro es el derecho a la libertad y el derecho a la libertad es como el derecho a la luz. Hay hombres en quienes reposa la conciencia de muchos hombres y hombres para quienes vivir a veces resulta un acto duro y cruel, pero que siempre aspiran a la dignidad.

Lu Sin decía haber escogido la pluma para intentar curar los profundos males de la sociedad. De haber cambiado la medicina por las letras, porque siendo médico podía curar un hombre, siendo escritor, ayudaría a curar todos los males del hombre.

Hay hombres que por su condición nunca descansan de denunciar todo lo que atenta contra la vida y contra la dignidad. Que piensan que es mejor morir que vivir sin dignidad y que como ocurre tantas veces siempre se ven relegados al olvido, sobre todo cuando las condiciones son adversas al hombre y como dice Martí, este ha perdido su libertad.

En Carlos Arturo Truque, el hecho social es la razón de su existencia como escritor. Dueño de una profunda sensibilidad y de un claro conocimiento de su realidad, supo plasmar en sus cuentos una imagen dolorida y franca del hombre colombiano.

Truque comenzó a escribir empezando la década de los cincuenta. El país en ese momento se debatía en la guerra civil que comienza con el nueve de abril. Esto años fueron años difíciles. Años de arrasamiento que significaron la ruptura de todo el orden precedente y configuraron nuestra fisonomía. Estos años de guerra han dejado una secuela imborrable. Todavía son años que no han sido suficientemente escritos. También por estos años aparece la generación de *Mito* que fuera tan importante en el desarrollo de las letras colombianas.

El país, el país artístico y el país literario a partir de entonces nunca volverá a ser el mismo.

Truque nació en Condoto, Chocó, en el año de 1927. Se dio a conocer en el año cincuenta y tres con su libro *“Granizada y otros cuentos”*. Al año siguiente consigue el Tercer Premio de la Asociación de Escritores con su obra *“Vivan los compañeros”*. Después sucesivamente recibe: el Tercer Premio en el Concurso Folklórico de Manizales, el Primer Premio de El Tiempo con su cuento *“Sonatina para dos tambores”*, y en el año 65, su último cuento, *“El díaque terminó el verano”*, fue mencionado en el Quinto Festival de Arte de Cali. Un drama suyo, *“Hay que vivir en Paz”*, del que infortunadamente no hay copia, había sido premiado ya en Berlín.

Según datos de doña Nelly, su viuda, escribió en total veintiséis cuentos, de los cuales he logrado conocer quince. La mayor parte de su obra está dispersa y resulta sumamente difícil conseguir ejemplares. Sin embargo, está incluido en las más importantes antologías del cuento colombiano y cuentos suyos han sido traducidos a las más importantes lenguas contemporáneas.

Sus personajes parecen reflejar las duras condiciones que vivió el escritor y algunos de sus cuentos parecen ser testimonios de la dura realidad de los años en que fueron escritos, realidad que valga la pena anotar, en vez de mejorar, acentúa cada vez más su violencia y desprecio por la vida y por los valores consustanciales de la existencia.

Los probables signos que marcan el seudo-olvido y el marginamiento en que se ha mantenido su obra hasta este momento son: su condición de negro cuarentón, como Puskin (abuelo blanco, abuela blanca, padre blanco, madre negra) y su condición de escritor social implacable.

Nuestra literatura permanentemente se ha visto dominada en tema y expresión por una estética realista marcada por una relación moral e intelectual del mundo, que incluye el testimonio, pero dentro de una visión muy personal del escritor frente a su entorno. Es una literatura que toca los más diversos temas, pero que pasa siempre por sobre lo fundamental.

El hombre frente a su historia, frente a su condición, sumergido en una realidad atroz y alienante con todas las taras que el coloniaje aporta en todos estos siglos de sometimiento es tema muy reciente en nuestras letras y con Carlos Arturo Truque muy

posiblemente logra su primera plena coherencia, (excepción hecha de *La vorágine*, la novela costumbrista, etc.).

El cuento colombiano y en general la literatura colombiana, es a partir de los años cincuenta que verdaderamente se transforma. Con *Mito* irrumpe un conjunto de trabajadores que aislada o mancomunadamente constituyen el núcleo de este nuevo orden, pero es a partir de los años sesenta que logra expresión y tiene cabida con los nuevos narradores, no solo con los cuentistas, sino novelistas. Pachón Padilla e Isaías Peña Gutiérrez, tienen una lista larga de cuentistas y escritores los que vale la pena mencionar: Néstor Madrid Malo, Pedro Gómez Valderrama, Manuel Mejía Vallejo, Álvaro Cepeda Samudio, Arturo Alape, Antonio García, Antonio Montaña, Germán Espinosa, Eutiquio Leal, Benhur Sánchez, Humberto Tafur, etc. Isaías, que lleva la cuenta, tiene setenta y dos cuentistas y narradores hasta cuando publica su libro *La Generación de Frente Nacional en 1982*, todos ellos, dentro de lo que podríamos llamar un cuento colombiano donde lo social tiene plena vigencia y este hombre se expresa y siente de una manera diferente. Aunque la temática pueda variar, el mundo contemporáneo tiene más definición y se expresa de manera más rotunda en estos autores que en los precedentes, sin desconocer, lógicamente allí a García Márquez.

“*Granizada y otros cuentos*” fue publicado en 1953, como ya está dicho. El cuento que le da título al libro nos muestra la relación y dependencia del hombre con los elementos, con toda la carga de religiosidad, fe, como un arma ante lo desconocido, pero fundamentalmente la miseria, la desprotección y la frágil estructura económica del pequeño minifundista. Este cuento muestra la endeble estructura de los desposeídos y aún más, el sometimiento frente al capital, a la gran maquinaria. Como cuento es prototípico como podrían serlo todos los otros cuentos de la cuentística de Carlos Arturo Truque. Es igual, aunque varíe el motivo, a “*El día que terminó el verano*”, “*Sonatina para dos tambores*”, “*Las gafas oscuras*”.

El día que terminó el verano es la historia de la sequía. Pero también es la Mujer, la mujer como el agua, como el mañana, como la tierra fecunda y generosa. El símbolo final. Como en to-

dos los cuentos de Truque, es la esperanza llegada esta con la lluvia. La triple simbiosis se logra allí. El hermano muerto, la mujer que llega, la sequía y finalmente la lluvia, como un acto generoso e irremediable.

Sonatina para dos tambores, dolorosa metáfora de danza y vida, ocurre en el Pacífico. Es el tambor y la vida de una mujer agónica, otrora bella y sometida por una extraña enfermedad. (¿La miseria que como un tambor que agoniza, sucumbe en la noche de jolgorio y olvido?), que como un tambor que agoniza sucumbe en la noche de jolgorio y olvido. *Las gafas oscuras*. El hombre de nuestra sociedad que aunque robe, lo hace por razones bien distintas al hecho de hacerlo por el placer de hacerlo; es la necesidad. Hay un intento de explicación y de vislumbre de toda la realidad como un todo asfixiante. La ironía final, de las gafas oscuras del ciego que impide el hurto al pasajero dormido.

Pero, de todos los cuentos, de los quince que he leído, los más conmovedores, por lo menos frente a mi sensibilidad individual, son: “*Vivan los compañeros*” y “*La noche de San Silvestre*.” El primero de estos dos últimos, *Vivan los compañeros*, nos muestra un momento en una célula guerrillera en los llanos. Guerrilla liberal. El hombre agónico, el guerrillero, herido a muerte en combate, y el estudiante, el de afuera, que cuenta el cuento y la diezmada célula reducida a su mínima expresión que huye del enemigo, buscando aliarse con otro grupo. El hombre que anheloso de saber compromete al estudiante a enseñarle a leer y escribir y que en su agonía, lee en la pizarra lo que el estudiante escribe, como confirmación de su aplicación, *Vivan los compañeros*.

La noche de San Silvestre, de donde tomé el párrafo que introduce esta nota, es sin embargo a mi manera de ver, el cuento que mejor muestra la característica fundamental de la obra de Truque y la configuración de nuestra sociedad, el desamparo y el abandono.

Un padre que en la noche de San Silvestre recorre todos los lugares buscando al médico que irá a salvar a su hijo, mientras todo el mundo ríe y se divierte ajeno a su dolor, a su angustia. El médico que le dice —¿Cuarenta pesos?— Toma, yo te doy diez si te vas... Los únicos miserables ahorros totales, dinero salvador, que

el padre ofrece, la vuelta a casa solo y abatido, el vestido dominiguero como último recurso para ir al club a buscar a los “doctores” y su vuelta nuevamente solo, para encontrar al hijo muerto en los brazos de la madre que sólo atina en el dolor a pronunciar las palabras desgarradoras en esas circunstancias, inexplicables: FELIZ AÑO, QUERIDO.

La obra de Carlos Arturo Truque conmueve y estremece. Nos muestra la violencia que se adueñó de este país desde siempre y la miseria que vive el 94 por ciento de los colombianos que no tienen techo, carro ni medios de subsistencia.

Estos cuentos fueron escritos desde 1952 hasta 1955, año en que escribió el último. Nuestra realidad no ha cambiado. Cada día está peor. El mundo atroz de estos personajes que deambulan por las calles, pernoctan en la soledad de los campos baldíos, en los pequeños minifundios, es el mismo de ahora, es el mismo donde unos hombres poderosos, dueños de vidas y de bienes usufructúan todo lo que la tierra da, como dice el mismo Truque; un mundo donde ya todo está repartido. Mientras la gran mayoría sucumbe, vive y muere en medio de la más pavorosa indiferencia.

(Conferencia pronunciada en la Alianza Colombo-Checoslovaca, el 28 de Octubre en los sesenta años que cumpliría el escritor).

COLOMBIA A CORAZÓN ABIERTO

Sonia Nadezhda Truque

Carlos Arturo Truque nació el 28 de octubre de 1927 en Condoito, departamento del Chocó. Hijo de Sergio Isaac Truque Müller y Luisa Asprilla; su madre era afrodescendiente del Pacífico colombiano, mientras su padre era hijo de alemanes que habían llegado al Chocó como mineros para la explotación de platino.

Cuando tenía un año su familia se trasladó a Buenaventura, lugar de residencia transitorio, donde su padre se dedicó al comercio, llegó a ser un hombre próspero y se convirtió en líder político conservador. Es allí donde el mundo del autor comienza a tomar forma, y empieza a constituirse en real y simbólico, a partir de lo que observa en este puerto, de gran importancia comercial en la ruta del Pacífico.

Comienza sus estudios de bachillerato en Cali, en el Colegio de Santa Librada, con el apoyo de su tío Elcías Truque. En esta ciudad tiene algunas experiencias que acrecientan su carácter rebelde y afirman su mirada sobre la discriminación social y racial, lo cual consignaría años después en un texto publicado con el título de “La vocación o el medio. Historia de un escritor.”

Vivió en Popayán donde terminó el bachillerato y comenzó la carrera de ingeniería, de la que solo cursó un año dado que no era su vocación sino la decisión de su padre. Su determinación de no

terminar sus estudios lo condujo a un largo rompimiento con su progenitor, que era bastante rígido y autoritario con sus hijos. En esa ciudad da a conocer sus primeros trabajos literarios en revistas estudiantiles y en el periódico *El Liberal*; además, escribe comentarios de libros, biografías breves, y poesía bajo el seudónimo de “Charles Blaine”, o su apellido invertido, “Euqurt”. Entabla relaciones con varios líderes del Partido Comunista, al cual pertenecería por varios años, entre ellos Matilde Espinosa de Pérez y Luis Carlos Pérez.

Muy joven entró a trabajar en un juzgado en San Martín, en los Llanos orientales, cargo que desempeñó de 1947 a 1951, año en que regresó a Buenaventura. Conoce a Nelly Vélez Benítez, joven oriunda de Palmira, cuando trabajaba como locutora en una emisora en Cali. Luego de casarse el 4 de octubre de 1952, deciden vivir en Buenaventura donde trabajaba con la Flota Mercante Gran Colombiana, como registrador de carga en el muelle. Se relaciona con Cicerón Flórez y Ángela Góngora, y junto con el chileno Crovo Amont inician proyectos periodísticos los cuales desestimó al intuir que su norte estaba en Bogotá, ciudad donde fijó su residencia en 1954.

Colombia atravesaba un difícil momento histórico luego de la segunda administración de López Pumarejo, seguida del *Bogotazo*, y la llegada a la Presidencia del general Gustavo Rojas Pinilla en 1953, quien ejerció una dictadura que golpeó seriamente la producción intelectual al imponer una severa censura a la prensa y al pensamiento crítico, el cual fue amordazado (Donadío, 1998).

Esta pretendía limitar la información sobre orden público que estaba directamente relacionada con la pacificación de los grupos guerrilleros que se habían acogido a la amnistía propuesta por el Gobierno, y que operaban en el Tolima, los Llanos orientales y Santander y se estaban reorganizando.

A propósito de la relación entre violencia y literatura, Oscar Torres Duque ubica el quincenario *Crítica* como uno de los referentes de la oposición y la represión de la dictadura. Fue fundado por Jorge Zalamea días después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y dirigido por él mismo,

[...] con el firme propósito de difundir las más recientes manifestaciones culturales del país y del mundo, pero al amparo de un no vedado sectarismo de partido. Zalamea había montado allí su artillería contra los gobiernos conservadores, y ese hecho impidió que lo cultural fuera en su quincenario una actitud de conjunto frente a la realidad del país (Torres, 1998).

En la misma línea, en 1955, el poeta Jorge Gaitán Durán funda la revista *Mito*, otra publicación que daría una sacudida a la mentalidad colombiana, como lo interpretó Hernando Téllez:

En estas condiciones, que como todas las condiciones sociales tienen su explicación, su interpretación y su justificación, *Mito* aparece como un conjunto de magníficas extravagancias, la primera de las cuales es su inconformidad con el medio. *Mito* ha querido ser el antinomio nacional. Cuanto en estas páginas se ha impreso ha resultado fastidioso e intranquilizador o incomprendible para la opinión vulgar y corriente...Pero a la masa común, la gran clase media de lectores que se alimentan espiritualmente en los noticieros culturales de los periódicos y en la sección de crónicas y comentarios de los mismos les debió parecer *Mito* un pedante crucigrama hecho por gentes ociosas e insolentes, amigas de escandalizar a los buenos burgueses (Téllez, 1975).

Esta revista publica por primera vez, en 1956, el testimonio de Carlos Arturo Truque, “La vocación y el medio. Historia de un escritor.”, hecho que tiene que ver con las circunstancias vitales del autor, quien además recibió el apoyo económico de Gaitán Durán y de Juan Lozano y Lozano. Dada su posición intelectual, el momento político lo dejaba marginado de cualquier posibilidad laboral. No obstante, en 1951 obtuvo un premio especial en el Festival de Berlín (RDA) por su obra dramática “*Hay que vivir en paz*”, que fuera publicada en el quincenario *Crítica* y que marcaría el inicio de sus años de reconocimiento. En 1953 ganó el Premio Espiral —que se otorgaba gracias al esfuerzo solitario del editor español Clemente Airó— con el libro *Granizada y otros cuentos*, lo que motivó al escritor, como ya se mencionó, a trasladarse con su familia a Bogotá al año siguiente. La primera temporada en la fría capital fue dura:

llegó con su hija mayor –después vendrían dos más-, el matrimonio no encontraba trabajo y contaba con pocos conocidos. Colaboró entonces en revistas con artículos que no podía firmar debido a su conocida posición en contra del Gobierno. Por otra parte, en 1952, Manuel Zapata Olivella da inicio a su gran proyecto *Letras Nacionales*, publicación de la Fundación Colombiana de Investigaciones Folklóricas, que se encargaría de difundir los nuevos valores de las letras colombianas, con números monográficos y cuya circulación llegó hasta finales de los setenta. El encuentro Truque con Zapata Olivella es uno de los más afortunados de su vida. No solo por la complicidad literaria, sino por los vínculos que establecieron las dos familias. Por esta época se cuenta entre los contertulios del famoso Café Automático en su primera sede, contigua al parque Santander, frecuentada entre otros por el poeta León de Greiff.

Una vez en Bogotá, en 1954, y durante los años de represión, la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia le otorga el tercer premio por su cuento “Vivan loscompañeros”. Luego en 1958 ocupa el tercer lugar en el Concurso Folklórico de Manizales con su cuento “Sonatina para dos tambores” y en 1956, en el V Festival de Arte de Cali recibe una mención por el cuento “El día que terminó el verano”.

Después de estos años difíciles, al finalizar la dictadura de Rojas Pinilla, encuentra un alivio a su situación económica, al ocupar el cargo de Secretario del Instituto de Investigaciones Históricas del Ministerio de Educación Nacional; y luego, siendo embajador de Haití en Colombia HubertCarré, el de agregado de prensa en esa delegación. En 1963 aparecieron en la revista *Cromos* biografías escritas por él, sin firmar, y que su esposa guardó celosamente como un importante trabajo. Con Carlos López Narváez trabajo como traductor del inglés y del francés, al tiempo que hacía libretos para televisión.

En 1964 se rompe definitivamente la vida del escritor, al sufrir una trombosis cerebral que lo dejó incapacitado para trabajar y escribir. Durante su enfermedad estuvo rodeado de amigos como Manuel Zapata Olivella, quien logró encontrarle un cupo en el Hospital de la Hortúa; el ex magistrado Jairo Maya Betancourt, quien le demostró una preocupación de hermano; y de Otto Morales Benítez,

Matilde Espinosa y Luis Carlos Pérez, entre otros. Hasta su deceso, su esposa Nelly lo animó para que siguiera escribiendo. Se contrataron varias secretarías, y con terapias y gran esfuerzo logró escribir algunos cuentos, pero el estado de ánimo decaía; no obstante, dejó varios escritos a mano que su esposa rescataría. Muere en Buenaventura, Valle del Cauca, el 8 de enero de 1970 a la edad de cuarenta y dos años.

EL CUENTO, VOCACIÓN IRREFUTABLE

Para poner en contexto su obra literaria, reproduzco una entrevista donde define sin ambages su preferencia por el cuento como género literario, y responde a varias preguntas. Esta es una de las entrevistas que en 1960 J.M. Álvarez d'Orsonville publica en un libro llamado *Colombia literaria*, el cual reproduce conversaciones acerca de distintos temas con diferentes personajes de la cultura.

En lo que se refiere al género cuento en Colombia, ¿cuál es su opinión?

El género cuento no ha tenido en nuestro país el cultivo necesario. Una modalidad tan exigente impone ciertas cualidades de observación, agudeza psicológica y capacidad de síntesis que no todos poseen. La demasiada afición de nuestros literatos por la poesía ha ayudado a que el cuento, la novela y el ensayo, para no decir nada del teatro, se hayan quedado sin recibir el impulso deseable. El cuento, ya en la segunda parte de la pregunta, es brevedad, es la síntesis de un momento vital. El buen cultivador del género sabe darle siempre la hondura necesaria, en unos cuantos trazos, a los caracteres que describe y la intensidad suficiente a cualquier episodio de la vida por sencillo y vulgar que sea. Hay una tendencia heredada de los modernos cuentistas norteamericanos, a rodearlo de cierto resplandor poético- simbólico, que por cierto no corresponde al punto de mayor grandeza en la modalidad. En los escritores de la última generación de Estados Unidos se ha operado esa desviación como un réplica y manifestación de inconformidad juvenil contra las grandes figuras del año 1930, cuando la literatura protesta, reflejo de la crisis económica que azota al mundo capitalista, llegó a su cúspide con Dos Pasos, Hemingway, Sinclair Lewis, O'Henry y otros.

¿Cree usted, entonces, que los escritores colombianos deben tomar el camino de lo social?

No creo que sea deber abrir el camino a los planteamientos sociales en la literatura. Ellos existen independientemente de ese deseo. Están allí, no pueden ser negados. Me atrevería a decir que dada la gran cantidad de problemas de esa índole que nos agobian, es una tradición que los escritores se dediquen a hacer incursiones desafortunadas en el mundo conturbado de Franz Kafka o hagan perfectísimos pastiches de William Faulkner. Y hago la aclaración de que no veo con malos ojos que la juventud se mire en esos nombres y los tome como guías. Es innegable que la técnica de estos ha llegado a un grado tal de perfeccionamiento que sería estulticia no aprovecharla para nuestras elaboraciones, pero, eso sí, con nuestros propios contenidos y nuestras propias respuestas. Es una verdad muy sabida que lo que se adapta en demasía se estanca; y esta verdad de sociología, lo es también para la literatura.

¿Qué debe ser el cuento en esta época? Señale su base y finalidad.

El cuento, a mi modo de ver y respetando las opiniones en contrario, que las hay de porrillo, es solo la descripción exhaustiva de un momento vital. En su brevedad debe llevarlo todo y agotarlo todo. Esta cualidad, de fácil apariencia, se ha prestado a muchas tergiversaciones por parte de quienes ve en él el camino más amplio. Visto un poco más seriamente, sin embargo, exige condiciones especiales, entre ellas una profunda experiencia vital. Porque no se puede pintar lo que no se conoce.

¿Cree usted que el cuento es un género literario que responde a las preocupaciones intelectuales del momento?

El género cuento, como cualquier otro, puede corresponder o no al momento, según el creador quiera o no darle esa finalidad. Muchos fueron los contemporáneos de Máximo Gorki que escribieron relatos; pero él se recuerda hoy entre los grandes, porque su labor tuvo mucho en común con las preocupaciones y los problemas del hombre y de su época. Gorki nos dio una visión exacta del alma rusa, el modo de ser del campesino, del vagabundo, de la prostituta. No temió decir nada, por vulgar que fuera, pues entendió que todo tiene su belleza y que el pecado y los vicios, que tanto espantan a

los moralistas, son parte de la naturaleza humana. El caso vuelve a repetirse en Estados Unidos cuando la Gran Crisis. Esta trajo como consecuencia un tipo de ficción basada en problemas reales; pero con el toque genial de los creadores para diferenciarlos de las crónicas más o menos reales, pero trascendentes.

¿Existe una tradición del cuento en nuestro país?

En un sentido riguroso, no. El cuento ha tenido en todas sus etapas de la historia literaria del país sus cultivadores; pero ha faltado una vigorosa línea de continuidad; de calidad también, como para asegurarle una tradición verdadera. Generalmente lo que más hemos tenido son realistas habilidosos en el lugar común de los cuentos navideños, los amores campesinos de falso hábito costumbrista. Esta modalidad ha sido la de mayor arraigo y su influencia en nuestros días es más perjudicial que benéfica.

¿Cuáles son para usted y en la actualidad los verdaderos exponentes en el género del cuento?

Se podrían citar varios nombres: pero, para evitar enojosas omisiones, se puede afirmar que entre la juventud hay un movimiento de revitalización del género, que corresponde por vez primera a las formas modernas del mismo. Ya esta circunstancia indica un paso hacia adelante y un afán de liberarse del punto muerto del lugareñismo sin dimensiones; sin que quiera decir que no deba usarse el venero regional. Abogo solamente por su más adecuada utilización con miras a universalizarlo.

¿A qué factores atribuye el desdén de nuestros literatos por los temas autóctonos?

Como ya lo he dicho, a un ingenuo anhelo de universalidad y también al hecho de que los escritores carezcan de personalidad. No hay nadie en Colombia que se atreva pensar diferente a como lo hace el director del periódico o la revista que le publica con determinada frecuencia los artículos. En este sentido es un mero asalariado de la gran prensa, un peón que piensa políticamente con el propietario y guarda la fidelidad que de él se exige. El escritor en Colombia, país de los derechos humanos y del civilismo, no tiene la libertad requerida para el cumplimiento de su misión; porque cuando no es el apéndice mendicante de un partido, se le hace imposible el acceso a los medios de divulgación, única manera de

salir del anonimato en nuestro medio carente de una industria editorial bien orientada.

SUS CUENTOS

La obra de Carlos Arturo Truque es breve pero interesante por la variedad de temas que abordó en sus veinticinco cuentos. Uno de los más señalados es la violencia y la guerra, donde hace muy evidente su posición ideológica, su visión de mundo y del país. Sin embargo, no deja de lado otros tópicos como el origen racial, sobre todo si se tiene en cuenta su condición de mestizo, la negritud, a través del cual recoge tradiciones de sus antepasados negros, la dificultad social, la cuestión afectiva, y finalmente lo religioso.

Desde el punto de vista de la violencia, son varios los cuentos en los que hace alusión a esta, como “Vivan los compañeros”, “Sangre en el Llano” “José Dolores arregla un asunto” y “La Diana” en los que recrea distintos momentos de la violencia y sus diferentes manifestaciones.

Uno de los cuentos que más ha llamado la atención a los antólogos es “Vivan los compañeros”. Es uno de los pocos que están escritos en primera persona y narra el desplazamiento de un grupo de guerrilleros por una trocha de los Llanos orientales, donde se habían reunido campesinos de otros lugares del país. La descripción de los personajes incluye al Estudiante, quien es el narrador, llegado de la ciudad y es el único letrado y al que se da como tarea enseñar a leer a Florito, gravemente herido. Ayala, en oposición, es descrito como un guerrillero de temer, sanguinario; sus actividades son las que el Gobierno conservador perseguía con saña; el bandolerismo. Además, aparecen otros personajes, todos guerrilleros de distinta procedencia y condición, lo que da una muestra del ambiente que se puede uno imaginar en las guerrillas del momento, y que ilustra un poco la situación vivida en combate.

Dos ejemplos de las diferentes prácticas de la violencia están consignados en “Sangre en el Llano” y “La Diana”. El primero relata otro episodio de las guerrillas del Llano y, muestra con claridad meridiana la cruenta práctica de la violación como arma de guerra, de la que es víctima la mujer de Luis Urquijo, el pro-

tagonista, quien rememora este acontecimiento y que lo mueve a cometer los actos que se describen como una venganza.

“José Dolores arregla un asunto” y “La Diana” tienen lugar durante la Guerra de los Mil Días”, ocurrida entre 1899 y 1902, la cual afligió al país luego de una serie de guerras civiles ocurridas en las últimas décadas del siglo XIX. En este caso la disputa partidista se dio entre el bando histórico de los conservadores y los liberales, y ha sido interpretada como una contienda fratricida que sumió al país en un deterioro moral y económico que conduciría a otras y prolongadas manifestaciones de violencias.

En el primer cuento, la guerra es vista desde el interior de la familia, cuando uno de sus miembros es reclutado a la fuerza para ir a combatir en un conflicto que desconocía. Un hombre y una mujer llegan hasta la casa para charlar con José Dolores. No se ubica el espacio, pero se percibe claramente que es el campo.

El segundo cuento describe la soledad de un pueblo que ha visto huir a sus habitantes en el momento en que es tomado por fuerzas del Gobierno en cabeza del coronel Ruperto García, que pese a ser legítimo representante del Estado, ingresaba artículos de contrabando por la frontera. El protagonista va a morir al toque de diana, otra de las formas de expresión de la crueldad, propia de los años de la Guerra de los Mil Días.

Por otra parte, como lo señalamos antes, como segundo tema recurrente en sus cuentos, hay una clara intención racial, al poner de manifiesto el tema de la negritud. En los cuentos “Sonatina para dos tambores”, “La aventura de Tío Conejo” “Fucú”, “El Pigüita” y “De cómo Jim empezó a olvidar” abordó el tema racial como un ajuste de cuentas con su origen mestizo: hijo de padre blanco y madre negra. También se nota la intención de reivindicar a todos los sectores marginados de una sociedad como la colombiana, de mentalidad oligárquica, racista y excluyente. En “Sonatina para dos tambores” la presencia africana es evidente; la historia transcurre a orillas del río Timbiquí, en un sitio denominado Santa Bárbara de Timbiquí, durante las fiestas en honor a Santa Bárbara del Rayo, la versión sincrética de la cosmogonía yoruba del dios Changó. Están de fiesta, y el tema de la tradición de los bailes, los sonidos, la música, las costumbres que enumera y mezcla con el relato de

la tragedia de Damiana que agoniza de enfermedad pulmonar, es muy evidente.

A lo largo del cuento se escuchan los instrumentos musicales de la tradición afroamericana (cununos, tambores) y se danza patacoré y juga, la contagiosa alegría del litoral Pacífico. De hecho, en varios párrafos del cuento, el ritmo de la prosa parece seguir el de los tambores: en la descripción de la angustia de Martín, el protagonista; en la evocación de los recuerdos; y en el relato de la fiesta.

En “La aventura de Tío Conejo”, el único cuento para niños del autor, retoma uno de los seres imaginarios que perduran desde épocas tempranas de la esclavitud. En este cuento Truque “respeta la estructura simple de los relatos de la oralidad afrocolombiana, trabaja con pocos personajes, y no precisa casi nunca el sitio donde sucede la acción. Tío Conejo, Guatín o Patecera son los nombres con los que se conoce en el territorio nacional. Es un personaje popular, a veces astuto, otras cándido, que vence o es vencido y sus historias hacen las delicias de los niños” (Truque, 2007).

“Fucú” es uno de los cuentos poco conocidos ya que su esposa Nelly lo rescató de los manuscritos en que trabajó cuando enfermó. En el litoral Pacífico la usan para indicar mal agüero, mala suerte. El ritmo que utiliza en “Fucú” hace que se pueda leer como un poema en prosa. Es la historia de una contravención a la creencia popular de los marineros de que si bautizan una embarcación con nombre de mujer o permiten que viaje con ellos acarreará mala suerte, como le sucedió al capitán Torreblanca, que verá como su balandra, *La Marianita* llamada así en honor a una mujer del mismo nombre que había conocido en una viaje, se oxida en la arena.

“El Pigüita” es la historia del hijo de una mujer negra que trabajaba en un café y del encuentro esporádico con un marinero blanco con quien tuvo un niño que abandonó y que creció en la holgazanería de la playa jugando fútbol con la pandilla que lo hizo blanco del apodo y que desde pequeño tuvo que dedicarse a vender periódicos. Aquí también explicita la mezcla racial cuando describe al Piguita con “ el pelo candela y los ojos azules”

“De cómo Jim empezó a olvidar” es una historia de desarraigo. Jim es un extranjero del que no se menciona su nacionalidad, que

llega a una tierra lejana, de lengua y cultura extraña, que siempre evoca a una mujer blanca, rubia, que es su pasado, y que, obviamente, no volverá a encontrar, porque se encontrará con “otra” y ese encuentro le permite empezar a olvidar.

En cuanto a las tensiones sociales, podemos empezar por decir, como dice Estanislao Zuleta en su célebre ensayo *Elogio de la dificultad*, que la vida sería muy aburrida si se viviera en un océano de mermelada. Claro, la dificultad impulsa. ¿A dónde? Depende de quién la esté viviendo y de sus códigos o valores. En este sentido varios de los cuentos de Carlos Arturo Truque se pueden leer bajo esta premisa. Las dificultades sociales de sus personajes en su obra, provengan de donde provengan, del campo o de la ciudad, o estén involucrados en luchas sociales, son el *leitiv motiv* de la narración, lo cual es muy claro en “La noche de San Silvestre”; “Lo triste de vivir así”; “Granizada”; “Porque así era la gente”; “Las gafas oscuras”; “Puntales para mi casa” y “El encuentro” cuento en el que se hace una clara alusión a 1928 y los inicios de la clase obrera en Colombia con las protestas de la zona bananera contra la United Fruit Company que desembocó, como se sabe en una cruenta masacre.

Así, en el primero, es evidente la falta de solidaridad, por la escasez de recursos, que sufre una pareja en la noche que le da título al relato, pues su hijo está agonizando, y ningún médico lo auxilia. En el segundo, el narrador-protagonista lleva seis meses sin trabajo. Está angustiado por el futuro de sus hijos y también por la incompreensión de su mujer, de tal forma que evade la situación mientras pasa los días en la banca de un parque conversando con otros hombres en igual situación. “Granizada” es uno de los que más se han incluido en antologías tanto colombianas como del exterior; muestra sin ambages la situación del minifundista, del precio que tiene pagar por defender su tierra de la voracidad del sistema financiero y de la violencia de la naturaleza que con una granizada se lleva las esperanzas de Anselmo, Eulalia y su hijo.

“Porque así era la gente” muestra la soledad del hombre desposeído que, en medio de la desesperación por encontrar refugio, rompe una vitrina para hacerse arrestar y de esta manera poder

dormir y hasta comer en la cárcel. “Las gafas oscuras” está escrito con la técnica del humor negro, y al decir del poeta Juan Manuel Roca debería ser incluido en las mejores antologías de ese género; resume la picardía de la delincuencia urbana. Finalmente, “Puntales para mi casa” plantea el inicio de la liberación femenina y la incursión de la mujer en política.

Otro de los temas que marcan su obra es la cuestión afectiva. El tema del amor como lo definiera Francesco Alberoni en *Enamoramiento y amor*, no es más que un movimiento colectivo de dos. En general los cuentos están atravesados por estas pasiones, incluso los que hemos expuesto para resaltar los asuntos antes mencionados.

Por otro lado, pareciera una incongruencia que un escritor que profesaba a voz en cuello su ateísmo, que se decía marxista-troskista, que leyó a Lenin y siempre decía “la religión es el opio del pueblo” hubiera escrito tres cuentos que suscitan cierta inquietud religiosa tales como “El milagro”, “Longinos” y “El collar”. Efectivamente se narran, en los dos primeros, hechos sobrenaturales que rayan con lo milagroso; por ejemplo, en el pueblo de Majagual, se roban un collar de esmeraldas que se hizo para la imagen de la virgen, el cual es restituido de manera extraña en una misa. “Longinos” narra la pasión de Cristo a través de la experiencia del centurión que lo traspasó con su lanza el día de su crucifixión. Es la historia del hombre que no deja sufrir al otro y que además es objeto de un milagro pues cuando cae en sus ojos agua mezclada con la sangre de Cristo recupera la vista. Pero está el otro lado de la visión religiosa, no ya del milagro sino el fanatismo, como lo muestra “El collar”, es el extremo al que llega la protagonista, quien muere de hambre cuando logra poner en la nueva imagen de la Virgen, recién adquirida por la iglesia, un pesado collar de oro que había adquirido, probablemente dejando de comer.

FUENTES:

AlvarezD'Orsonville, J. M. (1960). Entrevistas. Vol.III.

Donadío, A. (1968). Gobierno de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1958). En Gran Enciclopedia de Colombia. Bogotá: Círculo de Lectores.

Truque, S.N. (2007). Las travesuras del pícaro Tío Conejo. Bogotá: Tiempo de Leer

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

**DE LA VIOLENCIA COMO TEMA
EN LA OBRA DE CARLOS ARTURO TRUQUE**

Gustavo Adolfo Cabezas

No fue para Carlos Arturo Truque el tema de la violencia la herramienta capital para producir sus relatos, como ocurrió y ocurre todavía con otros escritores que creyeron que esta se contaba sola. Fue su maestría para abordar el tema la que le permitió darle estatura suficiente a tal violencia convirtiéndola en un telón que está de fondo en buena parte de la obra y la colorea pero sin banalizar las historias y sus protagonistas, haciendo uso racional de la técnica evitando convertirla en algún momento en el personaje principal, tal como lo menciona Mena en su artículo “Bibliografía anotada sobre el ciclo de la violencia en la literatura colombiana” cuando hace referencia a literaturizar la violencia elevándola a estructura literaria significativa de la realidad del país. Fijémonos entonces que el autor en ningún momento busca describir detalles de masacres, o cualquiera de las formas de generar muerte y horror, típicas de la ‘época de la violencia’ para generar un gancho o brillo en su narrativa, tampoco intenta hacer denuncia sobre Instituciones que, de una u otra forma tuvieron algo que ver con el fenómeno. De haber sucedido así, el elemento estético hubiese fracasado, pues queda claro que su búsqueda no se centraba en construir un testimonio, sino más bien en hacer literatura.

Autores como García Márquez, Álvarez Gardeazábal, Mejía Vallejo, entre otros, lograron darle dignidad literaria a la violencia como tema, haciendo de ella el elemento que temple el carácter de sus personajes, pues la sobreviven con arresto. En los relatos de Truque, los personajes principales resisten al fenómeno en todas sus dimensiones y no sucumben ante este, así, la podemos ver como la gran antagonista constante, que permite a los personajes convertirse en héroes, quitándole el corte naturalista que otros autores le han querido dar, aquí cabe citar a Laura Restrepo en una de sus válidas apreciaciones sobre el asunto que nos ocupa:

El punto de partida que aquí se ha escogido, para analizar en un primer intento de aproximación, algunas de las obras literarias de la “violencia”, es el de los diversos niveles de realidad que estas abordan, lo cual implica ver, por un lado, el esquema dentro del cual encuadran su visión de realidad que estas abordan, lo cual implica ver, por un lado, el grado de complejidad de las técnicas y recursos narrativos que utilizan para plasmar tal visión de la realidad (Restrepo.117).

Pero entonces, si la violencia no es el plano principal en la obra ¿por qué cobra tanta importancia? Pues bien, cabe decir que Truque se vale de este recurso para darle realce a la descripción de unos personajes que no descansaron con el favor o la gracia final que la muerte hubiese podido darles, pues deben rehacer de manera sistemática el padecimiento de la ausencia, el horror, la desesperanza y demás sentimientos propios que deja como estela de la violencia la muerte, la enajenación y la pérdida que tienen que sobrevivir, porque los que mueren no son los personajes que llevan el peso del tema en el relato sino sus seres queridos, la pérdida de la siembra por los estragos de la naturaleza y a pesar de todo esto no sucumben; aunque la desgracia se escuece en las heridas del cuerpo y del alma, el ser continua férreo, con la dignidad inquebrantable:

Lo levantó en sus brazos, desmadejado, con los bracitos colgando, bañada en lágrimas. Lo meció de un lado a otro, para ver si el aire lo revivía; todo inútil, porque estaba muerto.

Llegó el hombre y la vio con la criatura en los brazos. Comprendió y se quedó en el umbral, atontado, sin pensar en dar un paso. Ella no articuló una palabra; no le avisó que ya estaba muerto porque no podía decirlo y, además porque él ya lo sabía. Lloraban ambos con desconsuelo.

Y en ese instante sonaron las sirenas que decían adiós a la noche alocada de San Silvestre. Y ella al oírlas, obediente tal vez a una voz idéntica en tantas otras noches lejanas, que se había adherido al subconsciente como se pegan las lapas a los maderúmenes viejos, dijo, haciendo a un lado las greñas para que él viera las lágrimas que la enmarcaban:

—¡Feliz año, querido! (Truque: 70)

Hay un elemento fundamental del que se valió Carlos Arturo Truque no sólo para evitar que se sacralizara la violencia como tema en su obra, sino también para que esta fuera lo necesariamente caustica en la voluntad de los personajes que los atormente lo suficiente (incluso al lector) pero sin despojarlos de la vida: Se trata de la forma como el autor le da manejo al lenguaje, el cual le permite pasearse por los recovecos de los misterios de la condición humana, logrando ahí la tensión máxima, generadora de potencia en sus relatos. Truque devela al hombre de la lucha social de adentro hacia afuera, quebrando así cualquier orla de poder que este pueda ostentar, dejando al aire de esta manera su humanidad, pues son justo los enfrentamientos del ser con eventos violentos los que afloran diversos comportamientos y sentimientos poco habituales en él, siendo el desparpajo simple y a la vez magistral en el uso dado al lenguaje por parte del autor el que le encarna verosimilitud a la narración y eficacia al tema, definiendo el fondo de los planos tanto en los personajes como el contexto en que funcionan, llámese también violencia.

Supuse, por la vacilación, que no era usted hombre de andarse por las ramas, que me iba a pedir algo difícil. El tono de mando se le quebró, general, y oí su voz de hombre, de campesino bueno, la voz que la violencia le había arrebatado, vuelta de nuevo al alma verdadera, diciéndome:

—¿No ve...? Caramba, es que no puedo ni hablar. Eso pasa cuan-

do uno es tan bruto... ¿Ve...? ¿Por qué no te largás ahora? Esto no es pa' vos, hombre. ¿Qué hacés aquí? Ya que nos llevó el diablo, sálvate vos, pa' que algún día contés todo lo que hemos sufrido nosotros. (Truque: 48)

Un escritor es alguien que vive el lenguaje como un camino para crear obras perdurables, capaces de penetrar en los misterios de la condición humana; en última instancia, obras que puedan trascenderlo.

Refiriéndose al tema de la violencia de la granizada:

“Eulalia de pie, defendía del viento la llamita, empecinada en dejarse apagar. Ella no dejaba aun de creer que la salvación dependía del simple hecho de mantenerla con vida, porque su muerte no era el escueto apagarse de un trocito de fuego, sino el aniquilamiento de algo más profundo, no adherido a las fibras, incorpóreo, que flotaba dentro de cada uno, sin saberse donde...”. (Truque: 61)

Ya los hombres se habían alejado bastante cuando ella exclamó muy alto, como para que ellos alcanzaran a oírlo:

—¡Se apagó...! ¡Se apagó!

Y el cuerpo tenso se relajó; y eso que había construido de sueños y esperanzas se vino al suelo. Al suelo como un edificio de bases equivocadas. Y lo otro, lo que deseaba estallar, se volvió salmuerita en las pupilas desesperanzadas (Truque: 61).

Para darle más tono a esa amalgama de sentimientos surgidos por los estragos de la violencia de la naturaleza en los cultivos, podemos ver en el relato “Granizada” como esta se ensaña con la siembra, que es lo único que posee esta familia, al tiempo que se pone en evidencia la inclemencia del sistema financiero con los minifundistas, se hace necesario entonces, identificar la forma como el personaje mantiene su voluntad y su dignidad férrea a pesar de la desolación por el siniestro:

No comprendía muy bien el por qué Dios no los salvaba de la granizada, ni por qué el banco vendría a quitarles la tierra, que

no era muy grande que digamos. «Un pitico de tierra...» como al viejo le gustaba llamarla, que no valía maldita cosa. (Truque: 64)

Luego:

Anselmo lo vio perderse con deseos de gritarle que no se fuera; que se quedara allí cerca, a su lado, compartiendo una parte de su pena. Abrió la boca para llamarle, pero ningún sonido escapó de ella.

No supo cuánto tiempo duró su ausencia. Debió ser mucho pero para él ya no tenía importancia. Corrieran o no corrieran las horas, ¿a él qué? ¿Qué podrían dolerle? Ya no escuchaba el ruido del granizo sobre las hojas; el campo antes verde, semejaba una sábana blanca acabada de lavar. El frío cortaba y la noche se metía antes de turno. Percibió, distante, la silueta del mozo, marchando con desaire. No se movió. (Truque: 64)

Es clara la intención de Truque en lo que tiene que ver con el tratamiento de la violencia al ubicarla como telón de fondo, como accesorio del contexto en el que se desarrollan los sucesos, poniendo adelante toda la humanidad de los personajes. Aquí, por ejemplo podemos ver la forma como se niega a describir detalles atroces de muertes violentas, pero tampoco renuncia a mencionar los hechos (aunque sea de manera indirecta), puesto que ocultarlos u omitirlos sería un despropósito, en la medida que hacerlo, lo llevaría a desperdiciar la oportunidad de aprovechar tal recurso para acentuar el propósito del que nos venimos refiriendo:

—¿Y cómo fue el asunto?

—Unos bandidos —explicó ella— creyeron que teníamos plata y una noche...

—¡Y ya, ya! —comentó él.—

Y recordó casos leídos que tenían relación con la historia: unos bandidos, en la noche, un hombre amarrado que moría, una mujer violada (tal vez la habían violado a ella) y luego solo unos recuerdos y unos pedazos amarillentos del papel periódico que

los dolientes guardaban para no olvidarse del todo de la cara del muerto ni cómo había quedado de horrible después del «corte franela». (Truque: 79)

Probablemente es muy subjetivo querer hacer una relación entre la existencia del autor y su obra para intentar explicar el tema de violencia en sus escritos, pero, teniendo en cuenta que los eventos que matizaron su vida, no riñen con las situaciones que colocean este trabajo, podemos permitirnos establecer tal paralelo, de hecho, así lo hizo Sonia Nedezhda Truque¹:

Claro, la dificultad impulsa. ¿A dónde? Depende de quién la esté viviendo y de sus códigos o valores. En este sentido, varios de los cuentos de Truque se pueden leer bajo esta premisa. Las dificultades sociales de sus personajes de su obra, provengan de donde provengan, del campo o de la ciudad, o estén involucrados en luchas sindicales, son el leitmotiv de la narración... (Truque: 26)

Es evidente que si el sistema excluye a la inmensa mayoría compuesta por la clase menos favorecida haciéndola padecer los embates del entorno por su origen racial, filiación religiosa y las desigualdades sociales, no es la literatura la llamada a dar testimonio del fenómeno, tampoco pasará de largo ignorándolas. Es así como se hace pertinente dirigir la mirada hacia la obra de Carlos Arturo Truque como objeto de estudio en el trasmuto de tema a recurso, que por miopes, desperdiciaron ciertos autores.

¹ Sonia N. Truque, hija del autor, realiza el prólogo de la publicación *Vivan los compañeros* de la Biblioteca de literatura afrocolombiana, del Banco de la república.

BIBLIOGRAFÍA

Truque, Carlos Arturo. *Que vivan los compañeros*. Cuentos completos / Carlos Arturo Truque. Bogotá : Ministerio de cultura, 2010

Álvarez Gardeazábal, Gustavo. *La novelística de la Violencia en Colombia*. Colombia, Universidad del Valle (monografía de grado), 1970.

Mena, Lucila Inés, Bibliografía anotada sobre el ciclo de la violencia en la literatura colombiana, en: *Latin American Research Review*, vol. XIII, No. 3 de 1978.

Restrepo, Laura, *Niveles de realidad en la literatura de la 'Violencia' colombiana*, en: AA.VV. Once ensayos sobre la violencia, Bogotá, CEREC, 1985.

Osorio, Óscar, “Siete estudios sobre la novela de la Violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva”, Cali, en Poligramas Vol. XXV, Julio 2006.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

**BREVE MEMORIA DE UNA
LECTURA TEMPRANA**

José Zuleta Ortiz

Algún día de la infancia, tal vez en 1969, encontré en la biblioteca de mi padre un libro con el título: *Los mejores cuentos colombianos Tomo II*, aún lo conservo. Aunque no tiene fecha de impresión, es posible que su publicación haya tenido lugar en el año 1957. El libro hacía parte de una organización editorial continental llamada *Festivales del libro*, integrada por seis países y dirigida en Perú por Miguel Scorza, en Ecuador por Jorge Icaza, en México por Carlos Pellicer, en Venezuela por Juan Lizcano, en Cuba por Alejo Carpentier y en Colombia por Jorge Zalamea. La primera edición de la colección *2° festival del libro colombiano* la componen los siguientes títulos:

La Marquesa de Yolombó de Tomás Carrasquilla, *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón, *En medio del camino de la vida* de Germán Arciniegas, *Antología poética* de Porfirio Barba Jacob, *Los mejores ensayistas colombianos* (varios autores), *Los mejores cuentos colombianos* (2 tomos), y *El coronel no tiene quien le escriba* de Gabriel García Márquez. Dice en el pie de imprenta que se editaron 250.000 ejemplares.

En el índice del tomo II de *Los mejores cuentos colombianos* aparecen los siguientes cuentos: “Servicio militar” de Antonio

García, “Arrayanes” de Antonio Cardona Jaramillo, *Chanco* de Carlos Martín, “La cabra de Nubia” de Jesús Zarate Moreno, *Palo caído* de Manuel Mejía Vallejo, “El corazón del gato” *Ebenezer* de Pedro Gómez Valderrama, “Un día después del sábado” de Gabriel García Márquez, “El destierro de Antonio” Montaña, “No vino nunca el camarón azul” de Ramiro Montoya y “Vivan los compañeros” de Carlos Arturo Truque.

Leí este último cuento siendo un niño y lo recuerdo plenamente. Es un relato en el que, en tono menor y alternando la voz del narrador con diálogos naturales de una eficacia poco frecuente en la narrativa colombiana, se cuenta un episodio ocurrido durante una de las guerras de El Llano. El comandante de una guerrilla liberal lleva entre la tropa a un estudiante de medicina que se quiso unir a “la fiesta de la guerra” para que le enseñe a escribir. Sobre el lomo de un caballo llevan una pizarra y en medio de los trajines de la confrontación sacan tiempo para que el comandante aprenda las letras del alfabeto. La frase que logra el aprendiz al final de la historia es: *Vivan los muchachos*. Aún recuerdo la lectura de este cuento y su final sereno, natural como la muerte buscada por los muchachos que se unieron y murieron en esa causa. Más tarde supe que su autor había ganado con este cuento un premio en 1954.

Un domingo de 1973, llegó mi padre de comprar el periódico con un libro pequeño en la mano. Era de tonos naranja y negro, tenía el número 99 en el extremo superior derecho, se llama *El día que terminó el verano y otros cuentos* de Carlos Arturo Truque; al entregármelo dijo: “Es del mismo autor de aquel cuento que leímos sobre el soldado estudiante que enseñaba a escribir a su comandante en medio de la guerra”. Lo tomé, era una publicación del Instituto Colombiano de Cultura que circuló con los diarios más importantes de Colombia, recuerdo que valía tres pesos. En la contra carátula supe que el autor era Chocoano y que era conocido como cuentista en Colombia y en el extranjero.

En este libro leí “El día que terminó el verano”, el primer cuento de esa colección. Sentí una conexión con el autor, con la historia, con esa manera de contar tan natural, y profunda diría; no podía explicarme por qué me producía tantas cosas esta historia,

la releí y me gustó más todavía. En este cuento se van dosificando los precarios elementos que le dan vida, con destreza y pertinencia luminosas. La narración gira alrededor de dos ausencias: la del agua y la del hermano que se marchó de la parcela en busca de tierras más fértiles. En medio de la inclemente sequía aparece una mujer que dice ser la esposa del hermano ausente y trae la noticia de su muerte.

En medio de una tirantez producida por la desconfianza (¿vendrá a reclamar la parte de mi hermano?) y el deseo naciente, terminan por aguardar a que llegue la lluvia. En esa espera se va gestando algo que es a la vez deseo y desconfianza, hostilidad y seducción, hasta que llega la mañana en que se acabó el verano y todo se desencadena en el carnaval del agua el día que llegó la lluvia.

Después leí “Sonatina para dos tambores”: un relato, en el que habitan la música y el ritmo, en este cuento se logra una atmósfera genuina, y se respira vida de verdad, sin pretender nada, el relato está lleno de las mejores cualidades del arte de narrar. Recuerdo unos apartes:

“Después era la voz de la vieja Pola la que se quedaba arriba, solita en ese último “que se va a caé” serena como una cometa en el cielo tranquilo de los agostos de la infancia. Y desde allá bajando por las sordinas que le nacían de los cueros templados, de la copla bonita:

“Si el mar se volviera tinta y los peces escribanos, no alcanzarían a decirte lo mucho que yo te amo”.

Recuerdo este pasaje en el que describe el baile: “Después de arribar de una Juga ebrios de tapetusa, las carnes asadas en el patacoré “que se va a caé”, con los pies hinchados de marcar compases e irse de medio lado tras la hembra escurridiza, de ademanes de “quiero y no quiero”(…)

“Por allá volvieron a prender los cununos. Primero le fueron dando bajito, como ronroneando, tal como si al cununero le diera miedo lastimar el cuero. Luego subió el tono y marcó recio, porque empezaba la tambora grande y se prendía la marimba y se desgranaban los guasás: ¡Qué carajo! ¡quién estaba por dormir con ese prepre en la oreja! Y se fue incorporando lentamente. No era

cosa de permanecer quieto en esa oscurana, viendo y no viendo lo del otro lado. Era mil veces preferible estar en la azotea tendido en el fresco con la oreja abierta al ritmo de los patacorés. Por allá sonaba la voz de la vieja Pola, y esa marimba que le iba haciendo abrir la puerta sin ruido.

Así, sabroso, regustando el ritmo picante desgranado por los guasás; así, moviéndose en círculos, como sobre un tambor; así, con la sangre corriente, llevándole bien lejos, hacia atrás, adonde ni memoria había.”

En este libro leí también otros cuentos magníficos, recuerdo “Granizada”, un relato en el que lo que se teme ocurre. Y en el que la fe y la lucha son arrasadas por el destino. En este relato la tensión gira alrededor de algo que, de suceder, arruinará el trabajo de un año y llevará a la quiebra a una familia. Algo que está encima de ellos: nubes oscuras amenazan con desgranarse en forma de granizo y quemar la cosecha con la cual se librarían de perder la tierra hipotecada. Recuerdo la manera como describe la imposibilidad de hablar del personaje cuando sucede la tragedia: “algo muy duro se le atravesó en la garganta, no, no sabía qué, corrosivo, que destruía las palabras. Un aire demasiado pesado, semisólido, las hundía y no las dejaba respirar”.

Aquí como en todos los cuentos de Truque hay sencillez en los temas y grandeza en el tratamiento; el viejo secreto de los buenos cuentistas. Más adelante leí todos sus cuentos; admirado por la belleza de su prosa me quedé esperando toda la vida por un nuevo libro de Carlos Arturo Truque y eso nunca ocurrió. Entonces de cuando en cuando los releo, y ahora lo hago para apoyar el recuerdo de esa maravilla que fueron en mi infancia y en mi juventud, y encuentro, lleno de satisfacción, que después de cuarenta años están tan jóvenes y frescos como el muchacho que los leyó emocionado un día, en el fin de la infancia y recupero para mi memoria íntima su venturosa compañía en la tribulación del tránsito de una infancia luminosa a la oscura adolescencia.

Ahora, borrada ya la idealización de las tempranas lecturas, puedo decir que los cuentos de Carlos Truque tienen la fuerza de la buena literatura y de la gran poesía, en la que sentimos al leer que la verdad explota ante nuestros ojos. De tal modo que aquello

que hemos intuido se vuelve nítido y nos estremece. También sucede en ellos, que lo que no sospechábamos, de lo que estábamos ajenos e ignorantes, de pronto, gracias al poderoso enigma de la literatura, se nos revela y sentimos algo parecido a un milagro. Y entonces somos felices.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LOS AUTORES

Fabio Martínez. Cali, 1955. *Ensayista, cuentista y novelista.* Libros publicados: *Unhabitante del séptimo cielo, Fantasio. El viajero y la memoria. Un ensayo sobre la literatura de viaje en Colombia, Club social Monterrey, La búsqueda del paraíso. Biografía de Jorge Isaacs, Pablo Baal y los hombres invisibles, Del amor inconcluso, Balboa, el polizón del Pacífico, El fantasma de Ingrid Balanta, El tumbao de Beethoven, El escritor y la bailarina y El desmemoriado.* Obtuvo el Premio latinoamericano de Ensayo ‘René Uribe Ferrer’, 1999 y el Primer Premio Jorge Isaacs, 1999. En la actualidad se desempeña como Director de la Universidad del Valle Sede Pacífico en Buenaventura y es columnista de El Tiempo.

Enrique Cabezas Rher. Guapi, Cauca, 1942. En Cali y Bogotá estudió Administración de Empresas, Ciencias Políticas y Sociología. Fue profesor de la Universidad del Valle por más de treinta años. Es autor de las novelas: *Miro tu lindo cielo y quedo aliviado, La estrella de papel, Luisa o el infierno rosado, Los días que están dentro del espejo, El capitán del capitán o la próxima utopía y Estas otras palmeras.* Primer Premio en la Bienal de Novela de la Universidad del Valle. Primer Premio en el Concur-

so de Novela Ciudad de Pereira, Primer Premio en la Biental de Novela José Eustasio Rivera. Finalista en el Concurso de Novela Plaza y Janés.

José Luis Díaz Granados. Santa Marta, 1946. Poeta, novelista y periodista. Ha publicado *La fiesta perpetua*. Obra poética. Novelas: *Las puertas del infierno*, *El muro y las palabras*, *El esplendor del silencio*, *Ömphalos*, *La noche anterior al otoño* y *Los años extraviados*. Ha publicado varios textos para niños y un ensayo titulado *El otro Pablo Neruda*. Fue finalista del Premio “Rómulo Gallegos” en 1987, Premio Nacional de Novela “Aniversarios Ciudad de Pereira, 1994), y obtuvo la Medalla de Honor Presidencial “Centenario Pablo Neruda”, otorgado por el gobierno chileno en 2004. En 2008 fue escogido como poeta homenajeado del XVI Festival Internacional de Poesía de Bogotá.

Medardo Arias Satizábal. Buenaventura, 1956. Escritor y periodista. Ha publicado: *Luces de navegación*, *Esta risa no es de loco*, *Jazz para difuntos*, *Juego cerrado*, *De la hostia a la bombilla*, *el Pacífico en prosa*, *Las nueces del ruido* y *Palabra afroamericana*. En 1981 realizó una investigación sobre el origen del ritmo afrocaribe Salsa, la cual fue publicada en doce entregas en el Diario de Occidente de Santiago de Cali. Ha obtenido los siguientes galardones: Premio Nacional de Cuento Universidad de Medellín, Premio Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia, Premio Nacional Ciudad de Bogotá. Premio Nacional de Poesía Luis Carlos López. Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. Actualmente es columnista del diario El País de Cali y director del taller de creación Literario Relata en Buenaventura, Convenio suscrito entre el Banco de la República y Universidad del Valle Sede Pacífico.

Eduardo Delgado Ortiz. Pasto, 1950. Reside en Cali desde hace treinta y ocho años. Cofundador de Cali-Teatro y del grupo el Zahir. Libros publicados: *Como tinta de sangre en el paladar*, *Por los senderos del sur* (novela histórica sobre el Mariscal Sucre), *La geometría del crimen* y *Parecía un galán de cine, era Moreira*. Sus ensayos de autores vallecaucanos, sobre el cuento

norteamericano y latinoamericano, y sobre la novela negra, han sido publicados en diferentes suplementos y revistas literarias.

Delgado hace parte de las antologías: *Cuento colombiano al borde del siglo XXI*, *Veinte asedios al amor y a la muerte*, *Cuentos sin cuenta*, y *Cali-graftas. La ciudad literaria* (Edición bilingüe español-.francés).

Carlos A. Manrique. Bogotá, 1959. Antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Docente y gestor cultural. Ensayista y escritor. Co-autor del libro: *La teoría espiritual*, Panamericana Editorial, Bogotá, 2010 y *Hacia una antropología espiritual*. Editorial Académica Española, 2012. Dirige el Blog: www.antropologiaespiritual.blogspot.com

José Martínez Sánchez. Aguadas, Caldas, 1955. Poeta, narrador, ensayista y profesor de enseñanza secundaria. Ha publicado los libros: *El camino perdido* (1981-1990), *Las pequeñas desdichas* (1988), *Canción de soledad* (1997); *Informe de Cordillera* (Cuentos 1993-2008) en 2013. Ha sido finalista en concursos literarios, entre ellos, el Premio Nacional de Literatura Infantil (1990). Recibió Mención de Honor en el Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos de Nueva York en 1998.

Álvaro Morales Aguilar. Tamalameque, Cesar, 1939. Es licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Colombia. Entre sus libros están: *Vida y asombro de Don Ruma*, *La luna y el arca de cristal*, *Este pedazo de acordeón*, *Retozos pluviosos* y *Los peces de octubre*. Ha publicado artículos en *El Espectador*, *El Tiempo*, *El Diario del Caribe*.

Ómar Ortíz Forero. Bogotá, 1950. Abogado, poeta, gestor cultural, docente universitario. Dirige desde hace más de veinte años, la revista de poesía “Luna Nueva”. Libros publicados: *La tierra y el éter*, 1979; *Que junda el junde*, 1982; *Las muchachas del circo*, 1983; *Diez regiones*, 1986; *Los espejos del olvido*, 1991; *Un jardín para Milena*, 1993; *El libro de las cosas*, *La luna en el espejo*, 1999, *Los espejos del olvido*, *Antología*, 1983-2002;

Diario de los seres anónimos, 2002. En 1983 recibió el Premio Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia. En la actualidad es profesor y Director del Centro Cultural ‘Gustavo Álvarez Gardeazábal’ de la Universidad Central del Valle-Uceva.

Eduardo Pachón Padilla. Santa Marta el 17 de octubre de 1920 y falleció en Bogotá el 29 de octubre de 1994. Escritor, cuentista y crítico literario. Profesor universitario de literatura, jurado en varios concursos de literatura. Dirigió las secciones de cuentos en la Radiodifusora Nacional de Colombia, en el periódico El Siglo, en la Revista Bolívar y en la Revista Letras Nacionales.

Autor de cuatro Antologías del Cuento Colombiano, siendo la primera publicada en 1959 y la última en 1985. En estas realiza un estudio histórico y analítico, en las cuales contribuye en forma eficiente al conocimiento real del proceso evolutivo de la narrativa breve en Colombia.

Carlos Orlando Pardo. Líbano, Tolima, 1947. Licenciado en Español en la Universidad Pedagógica Nacional. En 1996 la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla le otorgó el doctorado Honoris Causa. Ha dedicado su vida a escribir, al periodismo y a la historia. Con su hermano, el escritor Jorge Eliécer Pardo, fundó Pijao Editores en 1972. Desde 1973 a 1975 fue comentarista de libros en la Radiodifusora Nacional de Colombia, del suplemento Estravagario del diario *El Pueblo* de Cali y El cronista de Ibagué. Editor de la revista Tolima, 1975-1990. En 1991 obtuvo el Primer Premio en el Concurso Nacional de Cuento de El Tiempo. En 1986 promueve la creación de la Academia de Historia del Tolima y ha sido directivo hasta hoy. Libros: *Novelas Lolita Golondrinas, Cartas sobre la mesa, La puerta abierta, Verónica resucitada y El beso del francés. Libros de cuentos: Las primeras palabras, Los lugares comunes, La muchacha del violín, El invisible país de los pigmeos, El último sueño, El día menos pensado, Un cigarrillo al frente y El último vuelo.*

Edgar Sandino Velásquez. Baraya, Huila. Ha publicado quince libros entre cuento, poesía, ensayo y teatro. Traducido al rumano. Entre sus textos se destacan: *Simijaca* (Libro de Honor IBBY, mejores cuentos para niños del mundo) y Premio Distrital como obra de teatro, en 2007 y los libros de poemas: *Palabras teñidas de noche para tu oído*, *Las palabras del amor* y *Bajo el signo de Acuario*.

Sonia Nadezdha Truque. Truque. Buenaventura, 1953. escritora, parte de su labor intelectual la ha dedicado a la crítica literaria. Residió por un tiempo en España. La Editorial Pijao de Ibagué, publicó en 1986 su libro de cuentos “La otra ventana”. Entre sus obras más conocidas se cuentan *País de versos. Antología de la poesía infantil*, publicado en Bogotá en 1991, por Tres Culturas Editores, con la coautoría de Carlos Nicolás Hernández. *Historias Anómalas*, publicado por Cooperativa Editorial Magisterio, en 1996, *Los perros prefieren el sol* y otros cuentos, publicado en 2006, Bordes, poesía, Colección Viernes de poesía No. 13, Departamento de Literatura, Universidad Nacional de Colombia en 2002. Había publicado ya en 1988 la selección “Elisa Mujica en sus escritos”, además de antologías como *Las travesuras del pícaro tío conejo*, Editorial Tiempo de leer, Fábulas colombianas, fábulas extranjeras en editorial Tiempo de Leer.

Gustavo Adolfo Cabezas. Nacido en Cali, Valle. Licenciado en literatura y Magister en Literatura colombiana y latinoamericana de la Universidad del Valle. Actualmente se desempeña como profesor del Programa de literatura de la misma institución y coordina el Proyecto para promover la permanencia en Educación superior con el sistema de regionalización y el ministerio de educación Nacional en el componente de lenguaje.

José Zuleta Ortiz. Bogotá, 1960. Desde 1981 reside en Cali. Ha ganado varios premios nacionales de poesía y cuento, entre ellos el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura en 2009, con el libro de cuentos *Ladrón de olvidos*. Ha publicado *Las alas del súbdito 2002*, *La línea de menta 2005*, *Mirar otro*

mar 2006, La sonrisa trocada (cuentos) 2008, Emprender la noche 2008, Las manos de la noche, Todos somos amigos de lo ajeno Alfaguara 2010 (Cuentos), *Esperando tus ojos* (Cuentos) La oración de Manuel y otros relatos, y *La mirada del huésped*. Su obra ha sido incluida en varias antologías nacionales e internacionales. Es asesor cultural de la Biblioteca Departamental 'Jorge Garcés Borrero'.



Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co